

Philip Roth

Patrimonio

Una historia verdadera





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Un agente de seguros jubilado, un hombre que fuera fuerte, lleno de genio y de encanto, lucha a sus ochenta y seis años contra un tumor cerebral. Este hombre es Herman, el mejor personaje creado por Philip Roth. Su padre.

Patrimonio. Una historia verdadera no solo es un portentoso acto de honestidad y sensibilidad, que habla de la vulnerabilidad del amor, de la relación padre e hijo, y de la muerte y el miedo que nos produce, sino un canto a la tenacidad del superviviente, al testarudo compromiso de Herman Roth con la vida. Su patrimonio.

Con esta obra, a Philip Roth se le concedió el National Book Critics Circle Award de 1991.



Philip Roth

**Patrimonio**

**Una historia verdadera**

*Para nuestra familia,  
los vivos y los muertos*

## BUENO, ¿QUÉ TE PARECE?

Mi padre había perdido casi por completo la visión del ojo derecho cuando cumplió los ochenta y seis, pero, por lo demás, su estado de salud podía considerarse fenomenal para una persona de su edad, hasta que contrajo lo que un médico de Florida diagnosticó, equivocadamente, como parálisis de Bell, una infección vírica que, por lo común, paraliza, con carácter temporal, un lado de la cara.

La parálisis se le presentó sin previo aviso, al día siguiente de haber realizado el vuelo entre Nueva Jersey y West Palm Beach, donde iba a pasar los meses de invierno en un apartamento subarrendado que compartía con una contable de setenta años, Lilian Beloff –vecina suya del piso de arriba, en Elizabeth–, con quien había establecido relación sentimental un año después de la muerte de mi madre, acaecida en 1981. Se sentía tan estupendamente al llegar al aeropuerto, que decidió no llamar a un maletero (que, además, le habría costado la propina) y acarrear él mismo las maletas, desde la recogida de equipajes a la parada de taxis. Luego, a la mañana siguiente, en el espejo del cuarto de baño, vio que la mitad de su cara había dejado de pertenecerle. Lo que el día antes era su propio aspecto, ahora se había trocado en un rostro de nadie: hinchado y caído el párpado inferior del ojo malo, dejando al descubierto la textura interior; suelta y sin vida la mejilla del mismo lado, como si, por debajo, le hubiesen rebanado el hueso; y los labios en diagonal, perdida la rectitud en la traza.

Se colocó la mejilla derecha en el sitio que aún ocupaba la noche antes, sujetándola en tal posición, con la mano, hasta contar diez. Lo hizo varias veces, aquella mañana –y todos los días subsiguientes–, pero la mejilla volvía a caerse

en cuanto la soltaba. Trató de convencerse de que todo era por una mala postura en la almohada, de que se le había arrugado la piel durante el sueño; pero lo que de verdad creía era que le había dado un ataque. Su padre se había quedado paralítico, a consecuencia de un ataque, a principios de los años cuarenta, y él, una vez alcanzada la vejez, me había dicho en repetidas ocasiones:

—No quiero morirme igual que él. No quiero quedarme ahí tirado. Es lo que más temo en este mundo.

Me contó que solía ir a ver a su padre al hospital, a primera hora de la mañana, camino de su oficina del centro de la ciudad, y luego otra vez, cuando iba de regreso a casa. Dos veces al día encendía cigarrillos y se los colocaba a su padre en los labios. A última hora de la tarde, se sentaba a su cabecera y le leía el periódico *yiddish*. Inmóvil y desamparado, sin más alivio que el tabaco, Sender Roth todavía duró casi un año; y, hasta que un segundo ataque acabó con él, a altas horas de una noche de 1942, mi padre siguió sentándose a su lado dos veces al día, mirándolo morir.

El médico que le diagnosticó la parálisis de Bell también le dijo que casi todo el daño facial, si no todo, desaparecería en poco tiempo. Prognosis que, en los días siguientes, y sólo en su sector del vasto inmueble de pisos propios en que residía, le confirmaron tres personas distintas, que habían padecido el mismo mal y se habían recuperado. Uno de ellos hubo de esperar casi cuatro meses, pero, al final, la parálisis desapareció tan misteriosamente como se había presentado.

No la de mi padre.

Al cabo de poco tiempo se quedó sin el oído derecho. El médico de Florida le miró el oído y calibró la pérdida de audición, pero le dijo que no tenía nada que ver con la parálisis de Bell. Era una de esas cosas que ocurren con la edad: lo más probable era que hubiera ido perdiendo la audición de ese oído tan gradualmente como había perdido la vista del ojo derecho, y que no se hubiera dado cuenta hasta ahora. Esta vez, cuando mi padre quiso saber cuánto tiempo más tendría que transcurrir antes de que desaparecieran los efectos de la parálisis, el médico le dijo que, en casos tan persistentes como el suyo, podía ocurrir que no desapareciese. Y añadió que ya podía dar gracias a Dios, porque, quitando el ojo ciego, el oído sordo y el rostro medio paralizado, estaba más sano que cualquier otra persona veinte años más joven.

Todos los domingos, cuando hablaba con él por teléfono, percibía el modo en que, por culpa de aquella boca descolgada, tendía a arrastrar las palabras; y resultaba difícil seguirle el hilo: a veces daba la impresión de estar escuchando a una persona recién llegada del dentista, antes de que se le pasara el efecto de la novocaína. Cuando fui a verlo a Florida, en avión, me impresionó mucho su aspecto, porque no parecía capaz de pronunciar una sola palabra.

—Bueno —me dijo en el vestíbulo del hotel donde los había citado a Lil y a él para comer juntos—, ¿qué te parece?

Fueron sus primeras palabras, mientras yo me inclinaba hacia él para darle un beso. Estaba hundido, junto a Lil, en un sillón tapizado de dos plazas, pero tenía la cabeza levantada directamente hacia mí, para que percibiera bien lo que estaba pasando. Llevaba más o menos un año poniéndose un parche en el ojo ciego, de vez en cuando, para protegerlo de la luz y de la irritación que le producía el viento; y, con aquel parche, con la mejilla, con la boca y con la cantidad de peso que había perdido, lo encontré espantosamente cambiado — desde la última vez que lo había visto, cinco semanas antes, en Elizabeth—, convertido en un anciano sin fuerzas. Se hacía arduo creer que unos seis años antes, en el invierno siguiente al fallecimiento de mi madre, cuando compartía el apartamento de Bal Harbour con su viejo amigo Bill Weber, no le había costado ningún trabajo convencer a las viudas ricas del edificio —que inmediatamente empezaron a congregarse, muy interesadas, alrededor de aquel nuevo viudo tan sociable, con su chaqueta de cloqué y sus pantalones de tonos pastel— de que apenas había cumplido los setenta, a pesar de que el verano anterior nos habíamos reunido toda la familia en mi casa de Connecticut a celebrar su octogésimo cumpleaños.

Mientras cenábamos en el hotel, empecé a hacerme cargo de hasta qué punto era un impedimento la parálisis de Bell, además de desfigurarle el rostro. No era capaz de beber sin utilizar una pajita; de otro modo, el líquido se le derramaba por el lado de la boca afectado por la parálisis. Y comer le suponía una lucha bocado a bocado, cargada de frustración y de vergüenza. A regañadientes, tras haberse manchado de sopa la corbata, toleró que Lil le anudase una servilleta al cuello, teniendo ya otra en el regazo, para protegerse, con mayor o menor éxito, los pantalones. De vez en cuando, Lil lo hacía refunfunar utilizando su propia servilleta para limpiarle algún trozo de comida que se le había salido de la boca, para luego quedársele pegado en la barbilla, sin que él se diera cuenta. Varias veces le recordó que cargara menos el tenedor y que tratara de no meterse en la boca tanta comida como tenía por costumbre.

—Sí —rezongaba él, mirando desconsoladamente el plato. Sí, claro.

Y, dos o tres bocados más tarde, volvía a olvidársele. Comer se le había convertido en una tortura deprimente, de ahí que hubiera perdido tanto peso y que tuviera todo el aspecto de no estar alimentándose suficientemente.

Tampoco contribuía a facilitar las cosas el hecho de que durante los últimos meses le hubieran aumentado las cataratas de ambos ojos, con lo cual, ahora, ya veía borroso hasta con el ojo bueno. David Krohn, mi oftalmólogo de Nueva York, llevaba años siguiendo el desarrollo de las cataratas de mi padre y tratándole el deterioro de los ojos; de modo que cuando volvió a Nueva Jersey, tras la desdichada estancia en Florida, una de las primeras cosas que hizo fue ir a Nueva York y pedirle encarecidamente a David que le quitara la catarata del ojo bueno. Como no podía hacer nada contra la parálisis de Bell, tenía verdadera

ansía por tomar las medidas necesarias para recuperar la vista. Pero aquella misma tarde, tras haber visto a mi padre, David me llamó por teléfono para comunicarme su resistencia a tocarle el ojo mientras no se hubieran efectuado las pruebas necesarias para localizar la causa de la parálisis facial y de la pérdida de audición. No estaba tan convencido de que aquello fuese parálisis de Bell.

Y con razón. Harold Wasserman, el médico de Nueva Jersey que atendía a mi padre, se ocupó de que le hicieran la resonancia magnética prescrita por David. En cuanto recibió los resultados del laboratorio, a primera hora de la tarde, me llamó por teléfono para comunicármelos. Mi padre tenía un tumor cerebral. «Un tumor masivo», lo llamó Harold, para añadir luego que por la resonancia magnética no cabía distinguir entre un tumor benigno y un tumor maligno, pero que, de un modo u otro, esos tumores lo matan a uno. El paso siguiente era consultar a un neurocirujano, para determinar exactamente el tipo de tumor y decidir en consecuencia, si es que se podía hacer algo.

—No soy optimista —me dijo Harold—, y tú tampoco deberías serlo.

Me las apañé para llevar a mi padre al neurocirujano sin comunicarle lo que acababa de poner al descubierto la resonancia magnética. Le menté, diciéndole que la prueba no había dado ningún resultado, pero que David, con lo meticulado que era, quería tener una última opinión sobre la parálisis facial, antes de proceder a extirparle la catarata. Mientras tanto, hice que enviaran las imágenes de la resonancia magnética al Hotel Essex House de Nueva York. Allí vivíamos Claire Bloom y yo, por el momento, mientras encontrábamos algo en Manhattan, tras diez años de repartir nuestra vida entre la casa que Claire tenía en Londres y la mía de Connecticut.

De hecho, sólo una semana antes de que llegaran al hotel, en un sobre de gran tamaño, las imágenes del cerebro de mi padre, junto con el informe del radiólogo, Claire había regresado a Londres para ver a su hija, para supervisar los trabajos de reparación de su casa y para estudiar con su asesor la situación en que se encontraba una ya larga negociación con el Fisco británico. Echaba muchísimo de menos Londres, y esta visita de un mes no sólo era para atender cuestiones de orden práctico, sino también para aliviarle un poco la añoranza. Supongo que si el tumor de mi padre hubiera aparecido en un momento anterior, estando conmigo Claire, mi preocupación no habría sido tan devoradora, y que, al menos por las noches, su dolencia no me habría deprimido tanto como me deprimía hallándome a solas. No obstante, ya en aquel momento me pareció que la ausencia de Claire —junto con el hecho de que, en mi situación de huésped de paso y sin casa propia, me resultaba imposible escribir— venía a ser una casualidad particularmente oportuna, porque así me encontraba libre de compromisos que me impidieran ocuparme de mi padre.

Estar a solas también me permitía experimentar a fondo mis sentimientos, sin tener que parapetarme tras una apariencia de virilidad, de madurez o de filosofía.

Así, cuando me apetecía llorar, lloraba, y nunca me vinieron más ganas de hacerlo que en el momento de extraer del sobre las imágenes del cerebro de mi padre; y no porque supiera identificar fácilmente el tumor que lo invadía, sino sencillamente porque era su cerebro, el cerebro de mi padre, el que lo llevaba a pensar del modo franco y abierto en que pensaba, a hablar con la energía que hablaba, a tomar las decisiones del modo impulsivo en que las tomaba. Ése era el tejido en que se habían fabricado sus interminables cuitas y que llevaba más de ocho decenios poniendo base a su testaruda autodisciplina, el origen de todo lo que me tuvo frustrado, como hijo suyo, durante la adolescencia, la cosa que rigió nuestros destinos mientras él poseyó todo el poder y pudo determinar nuestras intenciones; y, ahora, ese cerebro se veía comprimido y desplazado e iba a ser destruido por « una gran masa tumoral localizada principalmente en la región del ángulo ponto-cerebeloso derecho y la cisterna prepontina homolateral, con extensión al seno cavernoso derecho y compromiso de la arteria carótida. Aparentemente hay también destrucción de la punta del hueso petroso ». No es que yo supiera localizar el ángulo cerebelopontino homolateral ni las cisternas cerebelopontinas, pero leer en el informe del radiólogo que la arteria carótida se hallaba encajada en el tumor fue como leer la sentencia de muerte de mi padre. « También se observa deterioro evidente del ápex pétreo. Hay desplazamiento y compresión significativos del pons y del pedúnculo derecho del cerebelo por efecto del bulto... » .

Estaba solo y no tenía por qué controlarme, de modo que –con las imágenes del cerebro de mi padre, fotografiado desde todos los ángulos, esparcidas sobre la cama del hotel– no hice ningún esfuerzo. Puede que el impacto no fuera tan grande como el que me habría producido tener el cerebro de mi padre en el cuenco de las manos, pero por ahí se andaba. Así como la voluntad de Dios brotó de una zarza ardiente, del mismo modo, y con no menos milagro, Herman Roth había estado manando de aquel órgano bulboso durante muchos años. Acababa de ver el cerebro de mi padre: nada y todo me había sido revelado. El cerebro era un misterio al que poco faltaba para ser divino, incluso perteneciendo a un agente de seguros jubilado que no llegó a pasar del octavo grado en la Escuela de la Decimotercera Avenida de Newark.

Mi sobrino Seth llevó a mi padre en coche hasta Millburn, para que lo viera el doctor Meyerson, neurocirujano, en su consulta de las afueras. Fui yo quien dispuse que acudiera allí, en lugar de al University Hospital de Newark, porque pensé que el mero emplazamiento de la consulta del médico en aquel hospital – me habían dicho que estaba en el pabellón de oncología– bastaría para indicarle que tenía un cáncer, cuando no se había llegado a semejante diagnóstico y él ni siquiera conocía aún la existencia del tumor. De ese modo se evitaría un susto de muerte, al menos por un tiempo.

Y cuando algo más tarde, pero el mismo día, hablé con el doctor Meyerson por teléfono, éste me dijo que los tumores como el de mi padre, localizados frente al tallo cerebral, eran benignos en el noventa y cinco por ciento de los casos. Según Meyerson, el tumor quizá llevara ahí, en crecimiento gradual, tanto como diez años; pero la reciente aparición de la parálisis cerebral y de la sordera del oído derecho sugería que en «relativamente poco tiempo, la cosa se pondría mucho peor». No obstante, aún existía la posibilidad de extirparlo por medios quirúrgicos. Y añadió que el setenta y cinco por ciento de las personas operadas en tales condiciones salva la vida y experimenta mejoría, el diez por ciento se queda en el quirófano y otro quince por ciento muere después de la intervención, o empeora.

—Si sobrevive —le pregunté yo—, ¿cómo será la convalecencia?

—Difícil. Tendrá que pasar un mes, puede incluso que dos o tres, en un pabellón de convalecientes.

—Un infierno, por decirlo en otras palabras.

—Es duro —dijo él—, pero si no hacemos nada puede resultar mucho peor.

No iba a ser yo quien le transmitiera a mi padre por teléfono las novedades que acababa de comunicarme el doctor Meyerson; de modo que a la mañana siguiente, a eso de las nueve, cuando hablé con él, le anuncié que pensaba ir a Elizabeth a verlo.

—Tan malo es —dijo él.

—Espera que estemos juntos y lo hablamos.

—¿Tengo cáncer? —me preguntó.

—No, no tienes cáncer.

—¿Qué es, entonces?

—Ten un poco de paciencia, que estaré contigo dentro de una hora y te diré exactamente cuál es la situación.

—Quiero saberlo en este momento.

—Es cosa de una hora, menos de una hora —dije, en el convencimiento de que, por mucho miedo que le hiciera pasar, la espera siempre sería mejor que enterarse así, de golpe, por teléfono, y luego tener que esperar solo, en su casa, hasta que yo llegase.

Teniendo en cuenta lo que me aguardaba, no fue seguramente de extrañar que al abandonar la autopista, en Elizabeth, me saltara la salida que habría debido llevarme directamente a la Avenida North y, unas cuantas bocacalles más adelante, a casa de mi padre. El caso es que aparecí en el tramo de la carretera de Nueva Jersey que transcurre junto al cementerio en que siete años antes habíamos enterrado a mi madre. No percibí ningún ingrediente místico en aquel modo de llegar hasta allí, pero, de todas formas, era sorprendentísimo comprobar adonde habían ido a llevarme los veinte minutos de viaje desde Manhattan.

Sólo había estado dos veces en el cementerio: la primera, el día del entierro

de mi madre, en 1981; la segunda, al año siguiente, cuando llevé a mi padre a ver la tumba. En ambas ocasiones hicimos el trayecto desde la propia Elizabeth, y no desde Manhattan, de modo que yo ni siquiera sabía que pudiera llegarse al cementerio desde aquella salida de la autopista. Y si aquel día hubiese querido llegar al cementerio, lo más probable es que me hubiese perdido en los complicados desvíos del aeropuerto de Newark, Port Newark, Port Elizabeth y vuelta al centro de Newark. La mañana en que acudía a comunicarle a mi padre que tenía un tumor cerebral y que ese tumor iba a matarlo, no iba buscando aquel cementerio, ni consciente ni inconscientemente; pero el caso es que había recorrido, sin cometer un solo error, el camino que iba de mi hotel de Manhattan hasta la tumba de mi madre y el lote contiguo en que sería enterrado mi padre.

En modo alguno había sido mi intención que mi padre me tuviera que esperar más de lo estrictamente necesario, pero, encontrándome donde me encontraba, no fui capaz de seguir adelante como si nada hubiera ocurrido. No esperaba averiguar nada nuevo, aquella mañana, desviándome del camino para permanecer un rato ante la tumba de mi madre; no esperaba obtener consuelo ni fortalecerme el ánimo con su recuerdo, ni encontrarme mejor preparado, de algún modo, para confortar a mi padre en su aflicción; tampoco pensé que me debilitaría las fuerzas la visión de aquel espacio preparado para él, junto a la tumba de ella. Lo que me había llevado hasta allí era un giro accidental del volante, y lo único que hice, saliendo del coche y adentrándome en el cementerio a buscar la tumba, fue rendirme a la fuerza impulsora. Mi madre y los demás muertos se hallaban en el cementerio como consecuencia de la fuerza impulsora de un accidente aún más improbable: haber vivido.

Me parece a mí que delante de una tumba todos pensamos más o menos lo mismo, y que eso mismo, elocuencia aparte, apenas se distingue de las meditaciones de Hamlet ante la calavera de Yorick. No hay mucho que pensar ni que decir que no sea una variante de «mil veces llevéme a sus espaldas». Un cementerio, por lo general, sirve para recordarnos lo estrechas y triviales que pueden ser nuestras ideas al respecto. Sí, claro, podemos intentar hablar con los muertos, si creemos que ello va a ayudarnos; podemos empezar, como yo hice aquel día, diciendo «Bueno, mamá»... Pero es difícil no saber —si es que pasamos de la primera frase— que lo mismo nos daría entrar en conversación con la columna de vértebras que cuelga en la consulta del osteópata. Podemos prometerles cosas, podemos ponerlos al corriente de los últimos acaecimientos, pedirles comprensión, solicitar su perdón o su cariño; o podemos planteárnoslo de otro modo —el activo—, poniéndonos a arrancar malas hierbas, limpiar la gravilla, pasar el dedo por las letras talladas en la losa; podemos incluso agacharnos y situar las manos directamente encima de sus restos, tocando la tierra, su tierra; podemos cerrar los ojos y recordar cómo eran cuando estaban entre nosotros. Pero ningún resultado se deriva de tales reminiscencias, salvo el de hacer que los

sintamos aún más lejos, más fuera de nuestro alcance de lo que estaban diez minutos antes, mientras íbamos acercándonos en el coche. Si no hay en el cementerio nadie que nos vea, puede que llegemos a hacer cosas bastante disparatadas, en nuestro empeño por conseguir que los muertos no parezcan tan muertos. Pero, incluso si lo conseguimos, si nos esforzamos lo suficiente como para *sentir su presencia*, alguna vez tendremos que marcharnos de allí, sin ellos. Lo que demuestran los cementerios, al menos a las personas como yo, no es que los muertos estén presentes, sino que ya se han ido. Ellos se han ido y nosotros, por el momento, aquí estamos. Esto es fundamental y, por inaceptable que resulte, muy fácil de entender.

## MAMÁ, MAMÁ, ¿DÓNDE ESTÁS, MAMÁ?

Metropolitan Life le pasaba a mi padre una pensión de retiro más que suficiente para vivir a su modesto modo, sin florituras, como a él le parecía natural en alguien que se había criado en la pobreza, o poco menos, que había trabajado como un esclavo durante cuarenta años para proveer a su familia de un hogar sencillo, pero seguro, y a quien no podía atribuírsele el menor interés en el lujo, la ostentación o el consumo excesivo. Además de la pensión, que ya llevaba veintitrés años percibiendo, obtenía otros ingresos de la Seguridad Social, así como los intereses de su riqueza acumulada: unos ochenta mil dólares en cuentas de ahorro, certificados de depósito y bonos municipales. A pesar de su sólida situación financiera, con la vejez se había vuelto especialmente meticuloso en lo tocante a gastar algo en su propia persona. No vacilaba en hacer grandes regalos a sus dos nietos, cuando alguno de ellos necesitaba dinero, pero se pasaba la vida ahorrando cantidades insignificantes y privándose de cosas que le habrían sido necesarias o le habría gustado tener.

Uno de sus más deplorables ahorros consistía en negarse a comprar el *New York Times*. Adoraba ese periódico y le encantaba pasarse la mañana leyéndolo de cabo a rabo, pero ahora, en vez de comprárselo, era capaz de quedarse todo el día esperando a que alguien de su edificio, lo suficientemente insensato como desprenderse de treinta y cinco centavos, le cediera su ejemplar. También había dejado de comprar el *Star-Ledger*, un diario de quince centavos que, junto con el ya desaparecido *Newark News*, llevaba leyendo desde que yo era niño y se llamaba *Newark Star-Eagle*. Igualmente se negó a que siguiera viniendo una vez

a la semana la señora de la limpieza que en vida de mi madre le echaba una mano en las tareas de la casa. Ahora, la señora sólo venía una vez al mes, y el resto del tiempo era él mismo quien se ocupaba del piso. « No tengo ninguna otra cosa que hacer », decía. Pero el caso era que estaba casi ciego de un ojo, que, en el otro, la catarata seguía aumentando, y que ya no era tan ágil como él pensaba, de modo que los resultados de su trabajo, por mucho empeño que pusiese, eran más bien lamentables. El cuarto de baño olía mal, las alfombras estaban sucias y unos cuantos cacharros de cocina habrían tenido que pasar a situación de retiro forzoso si los hubiera visto algún inspector sanitario inasequible al soborno.

Era un piso de tres habitaciones, con muebles cómodos, más bien corriente y moliente, decorado sin estilo, pero sin incurrir tampoco en el mal gusto. La alfombra del salón era de un agradable verde aguacate y los muebles eran, en su mayor parte, copia de modelos antiguos; en la pared había dos reproducciones a gran tamaño de sendos paisajes de Gauguin (escogidos hacía unos cuarenta años por mi hermano, que por aquel entonces asistía a una escuela de arte), enmarcados en madera de ajenjo, así como un retrato expresionista que mi hermano le hizo a mi padre cuando éste andaba por los setenta y pocos años. Había plantas muy vigorosas junto a las ventanas que daban al sur, a una calle residencial, tranquila y con árboles en las aceras; había fotos en todas las habitaciones –hijos, nietos, nueras, sobrinos, sobrinas–, y los pocos libros de las estanterías del comedor eran todos míos, o de tema judío. Quitadas las lámparas –todas ellas con bastante ornamento de oropel y, sorprendentemente, muy poco características del remilgado gusto de mi madre, cuya estética consistía en tenerlo todo en su sitio– era una casa cálida y acogedora, cuyo primoroso aspecto, al menos mientras vivió mi madre, contrastaba en cierto modo con el deprimente portal y los no menos deprimentes pasillos del edificio de treinta y cinco años en que se encontraba, que tenían un aspecto de muy poco apetitoso desnudez y que producían una ligera impresión de ruina.

Cuando mi padre se quedó solo, solía ocurrirme, durante mis visitas, que al ir al cuarto de baño terminaba fregando el lavabo, limpiando la jabonera y enjuagando el vaso del cepillo de dientes, antes de volver a sentarme en el salón. Se empeñaba en lavarse la ropa interior y los calcetines en el cuarto de baño, por no tener que desprenderse de los cuatro cuartos que le habría costado utilizar la lavadora/secadora del servicio de lavandería del sótano; cada vez que iba a verlo me encontraba con esas prendas grisáceas, en perchas de alambres que colgaban de la barra de la ducha y de los toalleros. Él presumía de ir siempre impecablemente vestido, y siempre le encantó llevar alguna nueva chaqueta deportiva de muy buen corte, o algún terno de Hickey-Freeman (especialmente si lo había comprado en rebajas); pero le había dado por ahorrar en cualquier cosa que no estuviese a la vista de los demás. Daba la impresión de que sus pijamas y sus pañuelos, igual que su ropa interior y sus calcetines, llevaban sin

renovar desde la muerte de mi madre.

Cuando llegué a su piso, aquella mañana –tras la imprevista visita a la tumba de mi madre–, lo primero que hice fue pedir perdón y encerrarme en el cuarto de baño. Antes me había equivocado de salida en la autopista, y ahora, en el cuarto de baño, me tomaba unos cuantos minutos más, para ensayar por última vez el mejor modo de abordar el tumor. Allí, delante de la taza del inodoro, sus prendas interiores colgaban a mi alrededor, como esos trapos que ponen los agricultores para espantar a los pájaros. En las estanterías de encima del váter había todo un surtido de medicinas, así como su Polident, su vaselina y su Ascriptin, sus cajas de papel tisú, sus bastoncillos de algodón; entre todo aquello vi el cuenco de afeitar que antaño perteneció a mi abuelo: en él dejaba mi padre la navaja y el tubo de crema de afeitar. El cuenco, de porcelana, era de color azul pálido; en la parte de delante, un delicado diseño floral enmarcaba un rótulo blanco en cuyo interior iban inscritos en letras góticas, doradas y ya algo mustias, el nombre –S. Roth– y la fecha –1912–. Este cuenco era parte de nuestra herencia familiar; en lo que a mí se me alcanzaba, el único objeto tangible, además de un rimero de fotos antiguas que alguien se había molestado en conservar y que databan de los primeros años de inmigración, en Newark Me venía intrigando desde el día mismo en que murió mi abuelo, cuando me faltaba un mes para cumplir los siete años, y el objeto había ido a parar, en los tiempos en que mi padre aún se afeitaba con brocha y jabón, a nuestro cuarto de baño de Newark.

Sender Roth fue para mí, de pequeño, una presencia remota y misteriosa, un hombre ahusado, con la cabeza más pequeña de lo que correspondía a su estatura –el antepasado al que más se parece mi propio esqueleto–, y de quien todo lo que yo sabía era que se pasaba el día fumando, que sólo hablaba *yiddish* y que no era demasiado aficionado a hacerles carantoñas a los nietos norteamericanos cuando los domingos nos presentábamos en su casa, con nuestros padres. Tras su muerte, el cuenco de afeitar del cuarto de baño hizo que para mí adquiriera mucha más vida que antes, aunque no en su condición de abuelo, sino –lo que entonces me resultaba mucho más interesante– como un hombre más entre los hombres, un cliente de la barbería donde le guardaban el cuenco en una balda, junto con los cuencos de los demás inmigrantes del vecindario. De niño, me tranquilizaba la idea de que en su casa –donde, según todo el mundo decía, nunca sobró el dinero– todas las semanas se reservaran diez centavos para que él pudiera ir a la barbería a que le hiciesen el afeitado del Sabbath.

Mi abuelo paterno había estudiado para rabino, en la Galitzia polaca, en una localidad no lejana de Lemberg, pero cuando llegó a Estados Unidos en 1897, solo, sin su mujer y sus tres hijos (mis tíos Charlie, Morris y Ed), entró a trabajar en una fábrica de sombreros, con intención de ganar dinero y traerse a su familia; y allí siguió trabajando durante casi toda su vida. Siete hijos le nacieron

entre 1890 y 1914, seis niños y una niña, y todos ellos, menos los dos pequeños y la única niña, abandonaron los estudios en octavo grado y se pusieron a trabajar para contribuir al sustento de la familia. Fue como si el cuenco de afeitarse marcado «S. Roth» hubiera liberado a mi abuelo –aunque sólo fuera momentáneamente, sólo durante los minutos que pasaba sentado en el salón de la barbería, a última hora del viernes, mientras lo afeitaban– de las rigurosas exigencias que lo tenían atrapado y que, me figuraba yo, explicaban su naturaleza austera y poco comunicativa. Aquel cuenco tenía un aura de hallazgo arqueológico, de artefacto que sugería un inesperado nivel de cultura, de refinamiento, de sorprendente superfluidad en una existencia que, por lo demás, no era más que estrecheces y vías sin salida. En nuestro vulgar cuartito de baño de Newark, me producía el mismo efecto que una vasija griega en que se pintaran los orígenes míticos de la raza.

Ya en 1988, lo que verdaderamente me sorprendía del cuenco era que mi padre no lo hubiese tirado o regalado. A lo largo de los años, siempre que pudo hacerlo se había ido desembarazando de casi todas las cosas «inútiles» a que nosotros quizá habríamos podido otorgar algún valor sentimental. Aquellos arrebatos de generosidad tenían, en conjunto, una admirable motivación, pero a veces revelaban cierta falta de sensibilidad ante los derechos innatos de propiedad. Tan ansioso estaba de poner remedio a las necesidades (reales o imaginarias) del prójimo, que a veces se le olvidaba tener en cuenta el efecto que su impulsividad podía tener en el involuntario donante de la dádiva.

Así, por ejemplo, mis dos álbumes de sellos, que yo había ido llenando con mucha aplicación, durante los últimos años de escuela primaria –una colección parcialmente inspirada en el ejemplo del más famoso filatélico del país, Franklin Delano Roosevelt, y financiada con la mayor parte de mis posesiones terrenales–, se la regaló a un sobrino nieto el año mismo en que yo salí de casa para cursar estudios en el *college*. No lo supe hasta diez años más tarde, cuando se me ocurrió la idea de utilizar mis descubrimientos colegiales de coleccionista de sellos en un episodio de un relato que entonces estaba escribiendo, y fui a Moorestown, a casa de mis padres, a buscar los álbumes en el desván. Mi madre me dejó buscar inútilmente en todas las cajas de cartón que tenía allí almacenadas, y al final, a regañadientes –y sólo cuando ambos nos quedamos a solas–, me explicó el motivo de la desaparición. Me aseguró que había tratado de impedirlo, que le había dicho que mis sellos no eran suyos y que no podía disponer de ellos a su antojo, pero que no quiso hacerle caso. Le dijo que yo era mayorcito, que estaba en el *college* y que los sellos ya no me «servían para nada», mientras que Chickie, su sobrino nieto, podía utilizarlos en el colegio, etcétera, etcétera, etcétera. Podría, supongo, haberme enterado de si quedaba algo de mi colección en alguna parte, preguntándole a Chickie –pariente que para mí era virtualmente un desconocido y que por aquel entonces acababa de

casarse—, pero tomé la decisión de dejarlo estar. Me enfadé terriblemente cuando supe lo que había hecho mi padre —recordando, además, lo mucho de mí que había puesto de niño en aquella colección, reunida con verdadero esfuerzo—, pero había pasado ya tanto tiempo desde que la había regalado, y andaba yo en tales problemas, mucho más difíciles de resolver (me hallaba en mitad de una enconada separación matrimonial), que no le dije nada. Y, aunque hubiera querido, tampoco me habría resultado más fácil echárselo en cara a los veintiocho años de lo que me habría resultado a los dieciocho o a los ocho, porque sus más descaradas faltas de consideración partían invariablemente del impulso espontáneo de ayudar, de atender, de rescatar, de salvar, propulsado por el convencimiento de que lo que estaba haciendo —regalar mis sellos, por ejemplo— era generoso, práctico y eficaz, tanto desde el punto de vista moral como del educativo.

Creo que —más difícil de comprender y de nombrar— había otra motivación actuando en su interior cuando volvimos de enterrar a mi madre, en mayo de 1981, y, mientras la casa se iba llenando de parientes y amigos, mi padre desapareció en el dormitorio y se puso a vaciar los cajones de la cómoda de mi madre y a revisar la ropa de su armario. Yo seguía a la puerta, con mi hermano, recibiendo a los visitantes que nos habían seguido desde el cementerio, de modo que no me habría enterado de lo que estaba haciendo si la hermana de mi madre, la tía Millie, no hubiera acudido corriendo desde el dormitorio, por el pasillo abajo, pidiendo socorro.

—Más vale que hagas algo, cariño —me susurró al oído. Tu padre está tirándolo todo.

No bastó que yo abriese la puerta y entrara en el dormitorio y le dijese, con firmeza: «¿Qué estás haciendo, papá?»: siguió a lo suyo. La cama ya estaba cubierta de vestidos, chaquetas, faldas y blusas procedentes del armario; y ahora andaba en la tarea de sacar las cosas que había en un rincón del cajón inferior de la cómoda y meterlas en una bolsa de la basura. Le puse la mano en el hombro y lo agarré con fuerza.

—La gente está aquí por ti —le dije. Todos quieren verte y hablar contigo...

—¿Para qué sirve todo esto ya? No me hace bien que esté ahí colgando. Todo esto puede servir de ayuda a los judíos... Está nuevo...

—Para, por favor... Déjalo ya. Ya habrá tiempo para todo. Luego lo haremos juntos. Deja de tirar cosas —insistí. Tranquilízate. Vente al salón, que es ahí donde haces falta.

Pero no necesitaba tranquilizarse. No parecía aturdido, ni presa de un ataque de histeria; estaba, sencillamente, haciendo lo que toda su vida había hecho: superar la dificultad siguiente. Media hora antes habíamos enterrado el cuerpo de mi madre; ahora tocaba deshacerse de sus cosas.

Lo escuché del dormitorio al salón, y, una vez entre quienes estaban ahí para

presentar sus condolencias, inmediatamente se puso a hablar, diciéndole a todo el mundo que se encontraba bien. Yo volví al dormitorio para sacar de la bolsa de la basura el montón de recuerdos que él ya había descartado y que mi madre se había pasado años guardando y ordenando cuidadosamente. Entre ellos, mi llave de Phi Beta Kappa, que tanto le había apetecido tener, en un diminuto sobre de color marrón; una colección de programas para los ejercicios de graduación familiar; tarjetas de cumpleaños de mi hermano y mías; unos cuantos telegramas con buenas noticias; recortes de prensa relativos a mi persona y mis libros que los amigos le habían enviado; fotos especialmente apreciadas de sus dos nietos cuando eran pequeños. Cosas, todas ellas, a las que mi padre no lograba atribuir función alguna, ahora que ya no estaba quien las había ido atesorando; recuerdos sentimentales de una persona cuyos sentimientos acababan de quedar sofocados para siempre dos noches antes, en una marisquería a la que habían ido a cenar con unos amigos, como solían hacer todos los domingos. A mi madre le acababan de servir sopa de almejas, uno de sus platos favoritos, cuando, para general sorpresa, comunicó: «No me apetece la sopa»; y ésas fueron sus últimas palabras. Un momento más tarde había muerto a consecuencia de una trombosis coronaria.

Fue el primitivismo de mi padre lo que más sorprendido me dejó. Allí solo, vaciando los cajones y los armarios de mi madre, parecía impulsado por un instinto que quizá pudiera considerarse natural en una fiera o en un salvaje, pero que iba en contra de todos o casi todos los ritos mortuorios que la sociedad ha ido creando para mitigar la sensación de pérdida en quienes sobreviven a la muerte de un ser querido. Y, sin embargo, también había algo casi admirable en esta resolución despiadadamente realista de admitir, al instante, que ahora ya era un viejo que vivía solo y que las reliquias simbólicas en modo alguno podían sustituir a quien había sido su auténtica compañera durante cincuenta y cinco años. No me pareció que fuera por miedo al poder espectral que pudieran poseer las cosas de mi madre por lo que quería desembarazar de ellas su casa, sin dilación –enterrarlas ya–, sino más bien porque se negaba a eludir el más brutal de todos los hechos.

Nunca en su vida, que yo supiera, había sido de esos que tratan de esquivar la fuerza de un golpe terrible; y, sin embargo, luego me enteré de que no se enfrentó con el cadáver, la noche en que murió mi madre. De hecho, no fue en el restaurante donde murió: la declararon muerta ya en el hospital, tras los vanos intentos por reavivarla que hicieron los sanitarios durante el trayecto en ambulancia desde el restaurante a la sala de urgencias. En el hospital, metieron la camilla en un cubículo, y cuando mi padre, que había seguido en coche a la ambulancia, fue a ver a mi madre, no fue capaz de soportar lo que vio y salió corriendo. Estuvo meses sin poder hablar de ello con nadie; y cuando habló no fue conmigo ni con mi hermano, sino con Claire, quien, como mujer, podía darle

la absolución de mujer que le era necesaria para sobrellevar su vergüenza.

Él no estaba equipado para explicar las razones de semejante huida, pero yo no pude dejar de preguntarme si no tendría algo que ver con el hecho de que quizá creyera haber contribuido al ataque cardíaco, porque aquella misma tarde había obligado a mi madre a caminar más allá del límite de su resistencia. Llevaba algún tiempo con dificultades respiratorias y, sin yo saberlo, de sofocos. Durante el invierno anterior también había soportado largos asedios de dolores artríticos que la dejaron terriblemente desmoralizada. Durante todo este invierno se dio por contenta con estar cómodamente sentada en un sillón, pero el día de su muerte hizo un espléndido tiempo mayal y, aprovechando que por fin se hallaba al aire libre, haciendo un poco de ejercicio, fueron andando hasta la farmacia, que estaba a tres bocacalles, y luego, porque mi padre se empeñó en que le sentaría bien, también volvieron andando a casa. Según la tía Millie —con quien mi madre estuvo hablando por teléfono antes de salir a cenar—, al llegar a la farmacia ya estaba totalmente extenuada. «No me creí capaz de volver», le dijo a mi tía, pero, en vez de llamar a un taxi o esperar el autobús, descansaron un rato en un banco cercano y a continuación él la hizo levantarse para emprender el camino de regreso.

—Ya sabes cómo es tu padre —me dijo la tía Millie. Le dijo que podía.

Mi madre pasó en cama lo que quedaba de tarde, tratando de recuperar fuerzas para la cena de aquella noche.

Dio la casualidad de que más o menos una hora antes de que salieran a dar aquel paseo llamé yo desde Inglaterra, como hacía todos los domingos, y le dije, de broma, que el verano siguiente, cuando vinieran a vernos, la haría andar toda una milla por el camino rural de delante de mi casa. Ella me contestó: «No sé si será tanto como una milla, cariño, pero lo intentaré». Sonaba muy despierta y tranquila, por primera vez en meses, y tampoco cabe descartar que aquella tarde se echara a la calle con la intención de ir poniéndose en forma para el paseo estival.

De hecho, cuando llegué a Estados Unidos al día siguiente y fui directamente en taxi del Kennedy a Elizabeth, lo primero que mi padre me dijo al llegar fue «No va a ser posible ese paseo, Philip». Estaba en su sillón reclinable, decrepito el cuerpo, maltrecho el rostro, como sin vida. Yo pensé (con razón, como luego hubo de comprobar): «Éste es el aspecto que tendrá cuando esté muerto». Mi hermano, Sandy, y su mujer, Helen, habían llegado ese mismo día de Chicago y estaba en la casa cuando aparecí yo. Sandy ya había pasado por la funeraria para concertar el entierro del día siguiente. Antes, mi padre había hablado por teléfono con el director de la funeraria, un hombre de edad avanzada, que fue compañero de clase de mi madre en el instituto Battin de Elizabeth, hacia finales de la primera guerra mundial. Mi padre, con lágrimas en los ojos, le dijo: «Cuida bien su cuerpo, Higgins, cuidalo bien». Luego se pasó el resto del día llorando,

allí, en aquel sillón en que mi padre solía tenderse después de cenar, buscando alivio para su artritis, mientras veían las noticias juntos.

—Ella pidió la sopa de almejas a la Nueva Inglaterra —me dijo mi padre, cuando me arrodillé a su lado, todavía con el abrigo puesto, y le cogí la mano—, y yo pedí Manhattan. Cuando se la trajeron, dijo: «No me apetece la sopa», y yo le dije: «Vamos a cambiar, tómate la mía». Pero ya no estaba. Se desplomó hacia delante. No llegó a caerse. No molestó a nadie. Como siempre lo hacía todo.

Una y otra vez me contó la pura prosa de los segundos anteriores al fallecimiento de mi madre, mientras yo pensaba sin cesar «¿Qué vamos a hacer con este anciano?». Proveer a las necesidades de mi madre, si ella hubiera sido la sobreviviente, nos habría parecido muy natural y factible: ella era la depositaria del pasado familiar, la historiadora de nuestra niñez y crecimiento y —ahora me daba cuenta— alrededor de su tranquila y eficaz presencia se había sostenido durante decenios la cohesión familiar, desde que mi hermano y yo salimos de casa. Mi padre era un ser más difícil, mucho menos seductor y maleable: los puntos de vista rotundos y coriáceos, que sólo ligeramente se apartaban de sus propios sesgos predominantes, constituían, de hecho, una de sus más desconsideradas actividades. Aún de rodillas a su lado, con su mano en la mía, comprendí lo mucho que íbamos a tener que ayudarle, pero no comprendí, en cambio, cómo conseguiríamos llegar a él.

Su obsesiva terquedad —su terca obsesividad— habían estado a punto de provocar el hundimiento de mi madre, en los últimos tiempos: desde su jubilación, a los sesenta y tres años, la casera y briosa independencia de mi madre había llegado casi a extinguirse, ante la autoritaria y dominante tendencia al ordeno y mando de mi padre. El hombre se había pasado años pensando que estaba casado con la perfección en persona, y no se equivocaba en mucho: mi madre fue una de esas devotas hijas de inmigrantes judíos que convirtieron el cuidado del hogar en un arte de primera magnitud. (Que no nos expliquen, ni a mí, ni a nadie de mi familia, en qué consiste la limpieza: la hemos visto en su máximo esplendor). Pero luego mi padre se jubiló de una de las oficinas que tenía la Metropolitan Life en la zona sur de Nueva Jersey, donde dirigía un equipo de cincuenta y dos personas, y la rotunda y eficaz división del trabajo que tanto había contribuido a definir el éxito de su matrimonio empezó a venirse abajo poco a poco —por él. Él no tenía nada que hacer y ella tenía todo que hacer; y así era imposible.

—¿Sabes en qué me he convertido? —me dijo tristemente el día de su sexagésimo quinto cumpleaños. En el marido de Bessie.

No estaba preparado para ser sólo eso, ni por temperamento ni por experiencia. De modo que, tras un par de años de trabajo voluntario —temporadas en el Hospital de Veteranos de East Orange, en grupos judíos de ayuda y en la

Cruz Roja—, e incluso de trabajo subalterno en la ferretería de un amigo, acabó instalándose en el cargo de jefe de Bessie. El único inconveniente era que mi madre no necesitaba ningún jefe, porque llevaba siéndolo de sí misma desde el día en que creó su propia compañía de gerencia doméstica y maternidad, allá por 1927, cuando nació mi hermano.

El verano anterior a su muerte, con ocasión de un fin de semana que pasaron en Connecticut, estando ella y yo solos en la cocina, tomándonos un té, me comunicó que estaba dándole vueltas a la posibilidad de divorciarse. Oír la palabra « divorcio » de labios de mi madre era casi como si hubiera soltado una grosería espantosa. Pero lo cierto es que el entretejido interior de la vida en común del padre y la madre, las dificultades y las desilusiones y las tensiones permanentes, se quedan para siempre en el misterio, sobre todo, quizá, cuando uno ha recibido una educación de buen chico —y, al mismo tiempo, de buena chica, en un hogar seguro y ordenado. No siempre nos damos cuenta de hasta qué punto nos educaron para ser buenas chicas a los hijos pequeños amamantados y acostumbrados al ajó al nene por madres tan expertas como la mía en las tareas del hogar y la crianza. Durante una temporada muy larga y muy impresionable, el varón que no está en casa en todo el día resulta más remoto y más mítico que la mujer tangible de hechicera eficacia y firmemente anclada —durante los decenios de mi juventud— en la olorosa cocina, donde su jurisdicción era absoluta y su autoridad era divina.

—Pero, mamá —le dije—, ya es tarde para el divorcio, ¿no? Tienes setenta y seis años.

Ella se echó a llorar, muy lastimeramente. Lo cual también me dejó atónito.

—No escucha lo que digo —dijo—. Siempre me interrumpe para hablar él de cualquier otra cosa. Lo peor es cuando estamos fuera de casa. No me deja decir ni una palabra. Si empiezo a hablar, me cierra el pico. Delante de todo el mundo. Como si yo no existiera.

—Dile que no lo haga —le dije.

—No serviría de nada.

—Pues se lo vuelves a decir y, si sigue sin hacer caso, levántate y dile que te vuelves a casa. Y vete.

—No, cariño, no sería capaz. No puedo hacerle pasar esa vergüenza. No estando con gente.

—Pero dices que él te hace pasar vergüenza a ti, estando con gente.

—No es lo mismo. Él no es como yo. Él no lo soportaría, Philip. Se vendría abajo. Se moriría.

Tres meses después de la muerte de mi madre, en agosto de 1981, me acerqué desde Connecticut para llevar a mi padre al Plaza de la Federación Judía de West Orange, donde echaríamos un vistazo a los alojamientos para retirados y

personas de edad avanzada. Nos había recomendado el Plaza un viejo amigo de mi hermano, de los tiempos de Newark, que ejercía como abogado en Nueva Jersey y que era miembro de la junta directiva de la Federación. Quien también nos dijo que quizá pudiera hacer algo para conseguir que le concedieran un apartamento a mi padre sin demasiada demora, si le interesaba. Los residentes del Plaza vivían en apartamentos propios de dos o tres habitaciones, pero la vida diaria, en general, era marcadamente comunitaria: cenaban juntos todas las noches, en el comedor, sin tener que prepararse la comida ellos mismos, y se les permitía fácil acceso a todas las actividades de grupo de la muy activa YMHA<sup>[1]</sup> del edificio de al lado. West Orange seguía siendo una de las zonas agradables de las afueras de Newark, y el Plaza, a juzgar por la descripción que de él me habían hecho, se encontraba en una ladera verde, junto a una carretera principal, a cuatro pasos de un centro comercial y del templo B'nai Abraham, que, al igual que la YMHA, había sido trasladado desde la decaída Newark y hacía las veces, para los ancianos, tanto de centro cultural como de sinagoga. En conjunto, el Plaza me dio la impresión de ser un sitio en el que no le faltaría compañía a mi padre, y ello me hizo abrigar la esperanza de que, una vez lo hubiéramos visitado juntos, le pareciera atractiva la idea de mudarse allí. Me daba miedo que se empeñara en permanecer en el piso de Elizabeth y acabara muriéndose literalmente de soledad. Sus comidas, cuando se sentaba de veras a comer, consistían, más que en ninguna otra cosa, en salchichas hervidas y frijoles de la marca Heinz, y cuando lo llamaba por teléfono en pleno día no eran pocas las veces en que me lo encontraba durmiendo, si no llorando.

Me pareció evidente, cuando llegué aquel día a su casa, que había estado llorando solo en su sillón, quizá desde primera hora de la mañana, nada más levantarse de la cama; o también durante toda la noche. Acababa de pasar unas semanas con nosotros en Connecticut, en junio, y luego otra vez en julio, y durante esa temporada nos dio la impresión de haber superado lo peor de su pena; pero ahora que había vuelto a su casa, sin mi madre, estaba otra vez totalmente desamparado. A pesar de que en el exterior hacía un espléndido día de agosto, él estaba ahí sentado, con las persianas bajadas y sin prender las luces. Observé que su ropa, aunque limpia, no hacía juego, como si al salir de la cama se hubiera puesto lo primero que le vino a mano. Cuando quise saber qué había desayunado, me contestó:

—Nada. Cualquier cosa. No me acuerdo.

—Mira lo que te traigo —encendí la luz y le enseñé la bolsa de plástico que llevaba conmigo. Justo lo que siempre has querido. Cierra los ojos.

Me sorprendió que obedeciera, como niño que espera un regalo, pero no pude discernir en su mirada la más leve expectación que le iluminase el rostro.

—Mira.

Extraje de la bolsa el cepillo de inodoro y la botella de Lysol que había

comprado en el almacén local, antes de salir de Connecticut, hacía tres horas. También traía un frasco de Valium de 2 miligramos. La idea era quitarle ya las tabletas de 5 miligramos que venía tomando desde la muerte de mi madre para poder dormir.

—Venga —le dije—. Te voy a enseñar algo que nunca te enseñaron en el colegio de la Décima Tercera Avenida.

Me siguió al cuarto de baño, donde había varios pares de su grandes calzoncillos puestos a secar en dos perchas de alambre, y allí le enseñé cómo limpiar la taza con el cepillo.

—Ya que te empeñas en hacer tú mismo de asistenta... —empecé, pero él me cortó abruptamente.

—¿Por qué voy a pagarle a nadie, pudiendo hacerlo yo? Me levanto a las cinco y paso el aspirador. Me lo juré, me juré a mí mismo, cuando murió tu madre, que iba a mantener este sitio como lo tenía ella.

Estas palabras bastaron para que se echase de nuevo a llorar.

En el salón le di el nuevo frasco de 2 miligramos de Valium y le dije que si le hacía falta se tomase una tableta por la noche y que tirara todas las demás por el sumidero. Esto último no lo discutí, aunque antes era de los que habrían puesto el grito en el cielo ante la sola idea de tomar una simple aspirina. No tuve tanta suerte cuando le recordé que nos esperaban en el Plaza de la Federación Judía a la una en punto de la tarde. Me dijo, desdeñosamente, que no estaba interesado.

—Al diablo con eso —dijo—. Estoy muy bien aquí. Todo está muy bien.

—¿De veras?

—Al diablo con eso, Phil... No quiero ir.

—Mira, así no vale, ¿sabes? No estás siendo justo. En lugar de tratarme como a un miembro de tu familia, haz como si todavía fueras director de sucursal de una compañía de seguros, por favor. Si alguien te viniera, en la Metropolitan, con una propuesta que a él le pareciera buena para ti, no le impedirías argumentar su caso. Te sentarías a escuchar lo que tuviera que decirte, y luego te lo pensarías, y al final tomarías una decisión. Seguro que no dirías, después de haberlo invitado a que te contara la cosa, seguro que no le soltarías «al diablo con eso», sin haberlo escuchado siquiera. Lo único que te estoy proponiendo es que vayamos a echarle un vistazo al sitio ese, como acordamos hace ya una semana. No es un hogar de ancianos, ni un asilo, ni nada que se le parezca: es un nuevo complejo de viviendas donde la gente hace cola para conseguir meterse, y está pensado para hacerles la vida cómoda y dar compañía, entre otras, a personas, hombres y mujeres, que se encuentran en la misma situación que tú. Puede que te valga, puede que no, pero no habrá modo de saberlo si tú no pones nada de tu parte. Haz el favor de comportarte como buen director de una compañía de seguros, en vez de comportarte como lo que sea que te estás comportando, y a lo mejor conseguimos sacar algo en limpio hoy.

No fue sólo que funcionara mi discurso, fue que funcionó de un modo verdaderamente espectacular.

—¡Muy bien! —dijo, con mucha decisión, levantándose del sofá con gran energía. Vamos allá.

Que yo recordara, jamás en mi vida lo había convencido, antes, de hacer algo que no quisiera hacer. Ni siquiera estoy seguro de haber sido tan tonto como para intentarlo alguna vez.

—Eso está mejor —le dije. Aunque será mejor que te ocupes de los calcetines, antes de salir. Llevas cada uno de un color. Y no sé si esa camisa a cuadros va bien con los pantalones escoceses. O te pones una cosa, o te pones la otra.

—¡Caray! —dijo, inclinando la cabeza hacia abajo para mirarse—. ¿En qué estaré yo pensando?

Aunque la publicidad no mentía y, en efecto, estaba en lo alto de una bonita pradera en cuesta, sobre la Avenida Northfield, el complejo en si no era tan hogareño ni tan acogedor como yo esperaba. El Plaza Federación era nuevo y estaba muy bien cuidado, pero tenía un aspecto más institucional que residencial, una mezcla de colegio mayor universitario y prisión de mínima seguridad. Teníamos cita con una señora llamada Isabel Berkowitz, una de las residentes, que se había ofrecido a enseñarnos las instalaciones. Sabíamos el número de su apartamento, pero, como el acceso al edificio era un laberinto, paré a dos señoras muy ancianas que iban charlando por el camino principal, el que conducía a la Avenida Northfield, y les pregunté si sabían cómo llegar al apartamento de Isabel Berkowitz.

—Yo también me llamo Berkowitz —dijo una de ellas. Hablaba con un acento *yiddish* que, combinado con su vestimenta y con su modo de comportarse, hacía que uno la situara más en la generación de mis abuelos que en la de mi madre y mi padre y sus amigos. Me figuré que mi padre estaría pensando lo mismo, que él no pertenecía al mismo tipo de ancianos al que pertenecía esa señora, y que aquello no era sitio para él.

—¡Soy la otra Berkowitz! —nos dijo ella, muy contenta.

—¿De los Berkowitz de dónde? —le preguntó mi padre.

—¿De dónde va a ser? De Newark.

A mi padre no le costó más allá de unos cuantos segundos descubrir que había conocido al difunto marido de la señora Berkowitz, antiguo dueño del Central Paper Supply de la Avenida Central y que ella, a su vez, había conocido al hermano de un amigo suyo, un tal Feiner, y así sucesivamente.

Antes, en su casa, había estado huraño y enfadado, para luego hacer todo el camino hasta West Orange en taciturno silencio; pero ahora acababa de

encontrarse con alguien que había conocido a alguien que él había conocido en Newark, y de pronto, olvidado de todos sus males, se volvía hablador, estaba lleno de energía, le encantaba la gente, muy en la línea del contundente hombre de seguros cuyos años en Newark como agente y como segundo de a bordo del director sirvieron para familiarizarlo con todas o casi todas las familias judías de la ciudad.

Olvidado, ahora, no ya sólo de sus males, sino incluso de la razón por la que nos encontrábamos allí, fue haciéndole a esta otra señora Berkowitz una lista de todos los comerciantes cuyas tiendas estaban en las cercanías del almacén de su marido en la Avenida Central, cuarenta años atrás.

Yo aguardé a que diera por terminada su exhibición de memoria ante aquellas damas y, en seguida, volví a preguntarle a la anciana si sabría indicarnos cómo ir a donde queríamos ir. Resultó que no, que no sabía. Nada más intentarlo se quedó como aturrida, como incapaz de enfocar la mente.

—Ya ven ustedes —dijo, tras un gran esfuerzo de concentración—: tengo una cabeza de chorlito; pero puedo enseñarles dónde vive.

La otra señora no dijo nada. Caminando tras ellas, mientras nos conducían hasta la puerta de acceso al pasillo donde vivía Isabel Berkowitz, me di cuenta de que había sido víctima de una apoplejía. Mi padre también se dio cuenta y, de nuevo, sin tener siquiera que comunicarme tal descubrimiento, se puso a insistir en que él no era un viejo así. «No», pensé, «pero teniendo en cuenta cómo eres, ¿qué va a ser de ti en la soledad?».

La señora Berkowitz en cuya búsqueda íbamos resultó ser —para gran alivio mío—, una señora aguda y atractiva que representaba diez años menos de los setenta que tenía. Su apartamento de dos habitaciones, aunque algo cúbico, era muy luminoso y tenía las paredes cubiertas de pequeños cuadros que su dueña había reunido al cabo de los años. Entre ellos incluso había uno que era obra suya, un bodegón muy colorido; a su alrededor había una muestra de los bordados que hacía Isabel, también enmarcados. Pareció alegrarse muchísimo de vernos e inmediatamente nos ofreció algo frío de beber; y a los cinco minutos escasos de haberla conocido, nada más quedarnos solos un momento, mi padre se dio la vuelta y me dijo: «¡Menuda mujer!». Isabel —que empezó su vida profesional como enfermera, en Brooklyn, y la terminó como funcionaria pública del sistema de sanidad de Nueva York— tenía quizá un poco más de mundo que mi madre, pero su combinación de vitalidad extrovertida y de bondadoso refinamiento me recordaba mucho el modo de ser de mi madre durante mis años de formación. Puede incluso que fuera este parecido lo que llevó a mi padre —mientras, ya en el pasillo, esperábamos a que ella terminara de cerrar el apartamento y nos llevara a dar una vuelta por las instalaciones— a anunciarme espontáneamente, como si todos sus problemas se hubieran esfumado de pronto:

—¡Me encanta! ¡Es tremenda!

Isabel nos contó que se había instalado en el Plaza nada más inaugurarse, en octubre, y que aún tenía problemas de «adaptación». Había sido un gran cambio en su vida. Con su marido —un hombre vigoroso, de los que se han hecho a sí mismos, con un currículo muy parecido al de mi padre—, vivía en Jersey City, en un piso espacioso, desde cuyas ventanas se veía la Estatua de la Libertad. Pero decidió dejarlo y venirse al Plaza, porque últimamente había tenido problemas de salud y porque quería estar cerca de las Berkowitz.

Mi padre me sorprendió diciendo:

—Sí, son una maravilla de familia.

Hasta ahora no había dado indicación alguna de que conociera a las Berkowitz de Isabel, y tampoco a las restantes Berkowitz. Pero puede que sólo estuviera tratando de caerle bien a esa mujer que parecía atraerlo de un modo evidente, con un súbito y sorprendente tirón de sentimiento.

Íbamos por el pasillo adelante cuando Isabel Berkowitz me dijo:

—De modo que es usted Philip Roth. Tengo mucha risa que agradecerle.

Y, dirigiéndose a mi padre, añadió:

—Vaya sentido del humor que tiene su hijo.

—Los chistes —dije yo— son de mi padre.

—¿Ah sí? —dijo ella, sonriente; y, dirigiéndose de nuevo a mi padre—: Cuéntame un chiste, Herman.

Lo había calado. «Conoces el de los dos judíos... Conoces el del tío que se despierta una mañana... Conoces el de un tipo de Florida que se pone enfermo...».

Hacía años que no lo veía tan animado, y mucho menos desde la muerte de mi madre. De hecho, tan ocupado estaba en la presentación de todo su repertorio de chistes judíos, que apenas se molestó en echar un vistazo a las instalaciones que Isabel empezaba a enseñarnos. Pasamos por el comedor —sencillo y aseado— y por un recinto grande con aspecto de cantina de colegio; observamos la cocina desde una de las puertas (vimos un mobiliario inmaculado y resplandeciente y a una señora negra sentada a una larga mesa, troceando metódicamente la lechuga para los varios cientos de ensaladas que servirían en la cena); pasamos del Plaza a la YMHA y vimos unos cuantos salones donde en aquel mismo momento se celebraban reuniones y se jugaba a las cartas; y, a pesar de mi esperanza de que empezara a reaccionar, aunque sólo fuera por un poco de curiosidad, a la vida que tenía alrededor, de que empezara a ver en ella —si no ahora mismo, sí al menos en los próximos días— la solución de su soledad, el caso era que él no tenía ojos más que para Isabel, a quien ahora contaba historias, no totalmente desconocidas para mí, de su infancia en la Newark de la inmigración.

En la YMHA tenían en marcha un campamento de día, y al llegar al gimnasio pudimos ver a unos treinta niños pequeños sentados en el suelo, en

círculo, mientras dos de sus monitores les explicaban un juego nuevo.

—¿A que son guapisimos nuestros niños judíos? —dijo Isabel; pero si lo que pretendía era que mi padre viese lo que tenía delante de los ojos, el intento no funcionó: sin mirar siquiera en la dirección que ella le indicaba, siguió con su descripción del Newark de 1912.

Cesó temporalmente en sus reminiscencias cuando nos hallábamos en el despacho del director de la YMHA, para contar a éste y a su ayudante que el director de la YMHA de Elizabeth, en la que pasaba ratos matinales todas las semanas, era un incompetente: nunca iba al club de salud a charlar con la gente, no tenía ni idea de lo que ocurría en la institución y, además —lo soltó sin ningún tapujo—, a él le caía fatal.

—Es que ni me molesto. Monté un grupito especial de *alte kockers*, los Roth Raiders, y nos lo pasamos estupendamente por nuestra cuenta. Que se vaya al diablo.

—Es usted la clase de persona que necesitamos aquí —le contestó el director, pero su velada invitación no obtuvo respuesta.

En el pasillo, frente a la puerta del director, nos encontramos con Bleiberg, presidente de la organización social del Plaza, que tenía unos setenta y cinco años y que padecía de esclerosis múltiple. Isabel nos presentó.

—Bleiberg... Bleiberg... Lo recuerdo. Bleiberg —le dijo mi padre—. Tenía usted una joyería en la calle Green.

En efecto: Bleiberg había sido dueño de una joyería en la calle Green.

—¿Se encuentra usted a gusto aquí, señor Bleiberg? —le pregunté yo.

—Estoy encantado —dijo Bleiberg, mientras mi padre seguía a lo suyo:

—Sí, la calle Green. Voy a decirle quién más había en la calle Green.

Y eso fue lo que hizo.

Luego, ya en el coche, sugerí que siguiéramos un poco más adelante para ver el centro comercial, donde había una librería, un banco y un café, y adonde, según acababa de decirnos Isabel, iban de vez en cuando a comer los residentes del Plaza. Luego, añadí, podíamos ver el nuevo B'nai Abraham.

—No hay nada que ver.

—Pero ¿no quieres echarle una ojeada al templo? En Elizabeth asistes a los servicios del viernes por la noche.

—Vámonos a casa.

—Bueno —dije, cuando ya habíamos dado media vuelta y bajábamos por la Avenida Northfield, alejándonos del centro comercial y del templo—, ¿qué te ha parecido?

—Nada.

—¿Nada en absoluto?

—No es para mí.

—Bueno, puede que estés en lo cierto. Pero es una primera impresión. Déjalo

madurar un poco. Espero que aceptes la invitación de Isabel.

Isabel le había propuesto, cuando nos íbamos, que volviera dentro de unos días y que fueran juntos a ver una de las películas que proyectaban en la YMHA dos noches por semana.

—Yo pongo las palomitas —dijo, con una sonrisa encantadora. En ese momento, dio la impresión de que mi padre encontraba atrayente la perspectiva: le pidió a Isabel el número de teléfono y le dijo que la llamaría; pero ahora, como si la ocurrencia hubiera sido verdaderamente ridícula, me dijo:

—Venga allá, no voy a hacerme todo este camino nada más que para ir al cine.

El director le había entregado un calendario de actividades sociales de la YMHA para los meses de agosto y septiembre, que se le cayó al suelo del coche; pero al llegar a Elizabeth ni siquiera se molestó en recogerlo. Yo tampoco, la verdad. Una vez dentro de la casa, hice una ronda de levantar persianas, para que entrara la luz, mientras él iba al cuarto de baño. Por encima del ruido que hacía al orinar, le oí llorar:

—Mamá, mamá, ¿dónde estás, mamá?

Pasó su primer verano de viudez al norte de Miami Beach, en Bal Harbour, con su viejo amigo Bill Weber, que allí tenía un piso. Cuando yo era pequeño, Bill y su ahora difunta mujer, Leah, vivían no lejos de nuestra casa de la calle Leslie, nada más cruzar el límite de Newark, en Irvington. A principios de los cuarenta, junto con su hijo pequeño, Herbie, que era de la edad de mi hermano, compartían con nosotros y otras dos familias —todas ellas de amigos de mi padre de antes de la guerra— una pequeña casa de verano situada en la costa de Jersey. Bill se dedicaba a la instalación y mantenimiento de hornos de petróleo y quizá fuera el único amigo íntimo de la familia que trabajaba con las manos —en vez de vender cosas o trabajar en una tienda— y, al final de la jornada, volvía sucio del trabajo. Hizo la primera guerra mundial en el cuerpo de Marines y estuvo acuartelado en Guantánamo, Cuba, donde tocaba la trompeta en la banda de su destacamento; y ahora, a los ochenta y tantos, algo duro de oído, pero, por lo demás, en bastante buena forma decía oír por los dientes las melodías que antes tocaba con la banda de los Marines.

—No es posible —le decía mi padre, categóricamente.

—Pues lo oigo, Herman —decía Bill—. Lo estoy oyendo en este mismo momento.

—No lo puedes estar oyendo.

—Lo estoy oyendo. Es como si tuviera una radio encendida dentro de la boca.

Yo acababa de hacerme el viaje Londres-Florida en avión para ver a mi padre, y estábamos los tres sentados en la cocina del apartamento de Bill,

comiéndonos los sándwiches de salchicha de Bolonia que mi padre había preparado para comer.

—¿Qué oyes exactamente?—le pregunté a Bill.

—¿Esta noche? El himno de los Marines —dijo—. «From the halls of Montezuma...» —se puso a cantar.

—Imaginaciones tuyas —insistió mi padre.

—Herman, es tan verdad como que tu Philip está sentado en la cocina.

Mi padre me parecía haber recuperado toda su vieja energía y todo su brío durante los meses que llevaba en Florida, y lo veía maravillosamente rejuvenecido. Unos años antes, a consecuencia de una operación, había perdido la musculatura abdominal y había echado tripa; pero, por lo demás, habida cuenta de su edad, era un hombre de mediana estatura con un aspecto estupendo, un hombre cuya virilidad espontánea y sin pretensiones y cuyo decoro espiritual lo habían hecho inmediatamente atractivo para todas las viudas de los alrededores. De joven fue impresionantemente robusto de brazos y pecho, y algo de esta solidez aún era discernible en la parte superior de su torso, y más aún ahora, con el resurgimiento de la vitalidad que estaba experimentando. Podía ser algo desmedido en el modo de expresarse y dominar la conversación con sus hervorosas diatribas contra el Partido Republicano, pero también era una persona de buen ver, y aunque la terrenal franqueza que irradiaba no tenía nada de extraordinario, lo cierto era que muchas personas de todas clases la percibían como algo encantador. Si hubiera dispuesto de tiempo o instinto para ello, o le hubiera hecho falta, puede incluso que hubiera sido guapo, a su anónima manera; pero «guapo» no era factor que se tuviese en cuenta en el terreno donde él libró sus batallas, y ya desde hacía muchos años había optado por presentar un aspecto que despertara la confianza de la gente, no su envidia ni sus alabanzas. Ahora, claro, en el poco pelo que le quedaba sólo había un ligero toque castaño; y la cara, aunque sin arrugas, se le había aflojado a lo largo del mentón, creando la pronunciada papada familiar; y parecía como si le hubieran tirado un poco las orejas, como de un caramelo blando, y se las hubieran alargado. Sólo sus ojos seguían siendo verdaderamente «bonitos», y era algo de lo que sólo podía darse cuenta quien estuviera a su lado cuando se quitaba un momento las gafas. En tales ocasiones podía uno percibir cuánto gris había en sus ojos, cuánto verde, incluso; pero, sobre todo, de más cerca, lo que se percibía era su calma y su gentileza, como si ellos solos llevaran existiendo desde 1901, más allá de las resonancias de esa dinamo rudimentaria, imperfecta, hecha en casa, cuyas terca expresión habían logrado que mi padre superara la carrera de obstáculos que la vida entera fue para él.

Su recuperación floridense quizá tuviera algo que ver con el hecho de haber encontrado en Bill Weber un aceptable sustituto de mi madre: un compañero de buen corazón, de carácter templado, de los que no crean problemas, y cuyos

fallos y defectos mi padre podía dedicarse a corregir sin pausa ni descanso. Lo pillé en su tarea de mejorar a Bill nada más llegar a Bal Harbour. Cuando salí del ascensor, en su piso, los vi que iban por el pasillo abajo, a seis o siete metros de distancia, y, en vez de llamarlos, los seguí en silencio, escuchando mientras mi padre reprochaba a Bill sus defectos sociales.

—Invítala al cine, invítala a cenar. No te quedes ahí sentado noche tras noche.

—No quiero salir con ella, Herman. No quiero salir con nadie.

—Eres un antisocial.

—Si quieres llamarlo así, seré un antisocial.

—Vives como un ermitaño.

—Muy bien.

—No, nada de muy bien. Tienes que alternar más con la gente. Aquí hay mujeres que se están muriendo por que alguien les haga compañía. No estoy hablando de mujeres con malos rollos. No todas las mujeres pretenden poseerte. No todas te quieren echar el diente.

—No quiero ninguna mujer. No hay nada que yo pueda hacer por una mujer. Tengo ochenta y seis años, Herman.

—Venga allá, por el amor de Dios, no me refiero a eso. Me refiero a cenar agradablemente con alguien, a tratar con las personas, como un ser humano.

—A ti se te da bien. A mí, no. Así que me quedo en casa.

—No te entiendo, Bill. No entiendo que me llesves la contraria de ese modo, cuando lo único que estoy haciendo es tratar de ayudarte.

La noche de mi llegada, cuatro vecinos del mismo edificio, que habían formado un conjunto de música de cámara más o menos al empezar la temporada, iban a interpretar un programa musical. La gente a quien mi padre me presentó por la tarde, en la piscina, me dijo que el director del conjunto, un anciano violinista de origen ruso, había «estudiado en Viena». También me dijeron que no dejara de asistir, si me gustaba la música; el concierto se celebraría a continuación de la reunión semanal del Galahad Hall Social Club, y a él asistirían todos los residentes del Galahad Hall que fuesen capaces de trasladarse por sus propios pies, e incluso —como más tarde tendría ocasión de comprobar— varios en silla de ruedas o con andador y acompañados de sus cuidadores. Había función diaria —una proyección de diapositivas, una conferencia—, con un pequeño refrigerio. Me garantizaron que lo pasaría muy bien.

Después de cenar —judías y perritos calientes preparados por mi padre mientras Bill, con mucho esmero, ponía tres platos en la mesa—, mi padre le dijo a Bill que se pusiera una chaqueta, que se calzara y que viniera a la «función musical» con nosotros. El hombre lo único que quería era quedarse en casa y ver el partido de la liga profesional de baloncesto que daban por la tele, pero mi padre no hacía más que hablar de lo incapaz que era Bill de tratar con la gente,

de hacer amigos, de salir por las noches y pasárselo bien, de modo que se vio obligado a ceder un poco y prometernos que asistiría al pequeño refrigerio, después de la música. Pero con «después» no bastaba, y diez minutos más tarde mi padre seguía empeñado en no dejarlo solo en casa, de modo que Bill sacó una chaqueta del armario y se puso unos zapatos, y los tres juntos bajamos en ascensor hasta la sala de reunión del vestíbulo, donde la función ya estaba en marcha.

Al entrar nosotros, la directora del Fondo Matzoh, que había solicitado donativos con que aprovisionar para la Pascua a los judíos pobres de South Miami Beach, estaba comunicando a los demás a cuánto ascendía el total recogido durante la campaña del Fondo. Hablaba sin levantar la cabeza de sus notas, lo que dio lugar a que varios de los presentes le gritaran: «¡No se te oye! ¡No se te oye, Belle!» . Cuando alzó la vista, algo confusa ante la batahola, un señor de la última fila, que debía de ser su marido, hizo bocina con una mano y le dijo: «Haz como si me estuvieras hablando a mí, cariño. ¡Aúlla!» . Todo el mundo rió, y Belle más que nadie, para luego proclamar con voz bien sonora que el Fondo había cubierto su objetivo de recolectar dos mil dólares, tanto como decir diez dólares por cada residente del edificio; y el público aplaudió.

En la fila de delante de la nuestra estaba la gente que mi padre acababa de presentarme aquella misma tarde, en la piscina: el antiguo fabricante de bañadores, con su mujer, el antiguo importador de té y café, con su mujer, y una viuda reciente que durante años había sido jefe de compras en Nueva York y que era quien mi padre tenía elegida como pareja de Bill Weber. Todos ellos se dieron la vuelta y saludaron con la mano, mientras nos sentábamos detrás de ellos. Nuestros asientos de la última fila eran prácticamente los tres únicos que quedaban libres en las quince filas, más o menos, que tenía el local. En la parte de delante habían dispuesto, en semicírculo cerrado, cuatro atriles y otras tantas sillas, y en el ala más distante, cerca ya de la puerta, había una mesa larga preparada para el pisco-labis. Encima aguardaban las vituallas, platos repletos de galletas y de rebanadas de tarta, todos ellos cubiertos con láminas de polivinilo.

Una vez concluido el informe sobre el Fondo Matzoh, el presidente del club felicitó a la directora por el éxito de la campaña. Era un setentón muy atildado y muy curtido por el sol —apasionado del golf, según me habían contado aquella misma tarde— que, tras retirarse de su profesión de fabricante de productos de cuero y material de viaje, que ejerció con buen éxito, pasó a ocupar un cargo en la financiera Merrill Lynch e hizo una segunda fortuna gestionando su propio dinero.

—Señoras y caballeros —dijo—, antes de que empiece la música quiero decirles que acaba de entrar un joven a quien deseo presentarles. ¿Nos hace usted el favor de ponerse en pie, joven?

Me faltaba un año para cumplir los cincuenta, pero era a mí, sin duda alguna,

a quien señalaba, de modo que me puse en pie.

—Señoras y caballeros, les presento a Philip Roth, el escritor, hijo de nuestro Herman Roth.

Aplaudieron, ni más ni menos de lo que acababan de aplaudir al Fondo Matzoh, y yo, tras aceptar la recepción con un saludo, volví a sentarme.

Pero el presidente me dijo:

—Señor Roth, ¿puedo hacerle una pregunta?

Le dirigí una sonrisa, hice ademán de volver a levantarme, sin completar el gesto y le contesté:

—No, de veras, vamos a dejar las preguntas. Yo estoy aquí como un mero invitado.

—Sólo una. ¿Puede usted hablarnos un poco de su padre?

—Le aseguro —dije, apoyando una mano en el hombro de mi padre— que no tiene usted más que preguntarle a él. Ya verá cómo les cuenta todo lo que quieran saber. Y mucho más, incluso.

A mi padre le pareció graciosísima mi frase, y lo mismo a sus amigos de la fila de delante. El antiguo fabricante de trajes de baño se volvió para decirle: « Tu hijo te tiene calado, Herm ». Antes, en la piscina, había dicho, tomándole el pelo, que mi padre era el « comandante en jefe del edificio »; pero luego, mientras mi padre nadaba, me confió: « Tu padre es un gran tipo. Aquí es él quien anima a todos los demás » .

—Una pregunta más... —dijo el presidente.

Lo interrumpí:

—No, en serio, es mejor que no me pregunte nada. Yo estoy aquí para disfrutar de la música. Así que, venga, que empiece la música.

Obtuve otra ración de aplausos y me senté.

Bill, que ocupaba la butaca contigua a la mía, me guiñó un ojo y me susurró, muy ufano:

—Eso es ponerlos en su sitio.

—Tú ya sabes que yo siempre encuentro el modo de tratar a la gente, Bill.

—Éste es mi Philip —dijo Bill; luego me cogió la mano y me la retuvo en la suya, mientras aparecían los músicos con sus instrumentos a cuestras, se sentaban y empezaban a afinar. Bill no me cogía de la mano porque creyera que yo aún tenía siete años, sino porque me conocía desde esa edad y tenía derecho a cogerme la mano, por muchos años que yo hubiera cumplido desde entonces.

Durante la media hora siguiente llegué a entender —como nunca lo había entendido antes, siendo Perlman o Yo-Yo Ma los intérpretes— la cantidad de esfuerzo muscular que exigen los instrumentos de cuerda.

En mitad del primer movimiento empecé a preguntarme si sería buena idea que el viola siguiera adelante con su interpretación. Debía de andar por los ochenta y era un hombre grande y pesado, con un rostro severo y carente de

expresión: según crecía en intensidad la música, se iba poniendo cada vez más pálido, y me di cuenta de que empezaba a quedarse sin aliento. La interpretación era tan alarmante como heroica, igual que si aquellos cuatro ancianos estuvieran tratando de desatascar un automóvil del barro, empujando con todas sus fuerzas; y la música no siempre sonaba, desde luego, a cuarteto de cuerda de Haydn, pero al final del primer movimiento todo el mundo aplaudió entusiasmado, y varios amigos de los músicos prorrumpieron en ¡bravos!, y el público se levantó, con intención de trasladarse a la mesa de los refrigerios.

—¡No, no! —avisó el presidente del club, saltando de la primera fila y volviéndose hacia la gente—. ¡Por favor, que todavía falta!

Los músicos, tras enjugarse el sudor y pasar una página de la partitura, esperaron pacientemente a que todo el mundo volviera a sentarse y se quedara quieto. No habían avanzado muchos compases del segundo movimiento cuando empezó el abrir y cerrar de bolsos y el murmullo de las parejas cotorreando. La señora de delante de mí, que iba muy bien vestida y que tenía un bastón a los pies y un manojo de facturas, cuidadosamente ordenadas, en el regazo, se estaba dedicando a cumplimentar cheques, prender cada uno de ellos a su correspondiente factura, con un clip, y meterlos en un sobre. Se había traído hasta un pliego de sellos. Era mucho mejor que cumplimentar las facturas en casa, ella sola.

Bill, que seguía con mi mano cogida, se inclinó para decirme al oído:

—Esto no es para este público, Philip.

—Puede que tengas razón —le contesté.

—Un poco de Víctor Herbert —prosiguió él, en un susurro—, un poco de Gershwin... Un clarinete, un oboe, un cuerno. Así, lo único que se oye es el chirrido del violín.

En otras dos ocasiones, al final de cada movimiento, varios de los asistentes pensaron que aquello había terminado, y se ganaron la correspondiente regañina cuando ya encaminaban sus pasos hacia el café y las tartas, y tuvieron que volver a ocupar sus asientos; y cuando llegó al fin el brioso final, y aquello se había acabado, de verdad, de una vez por todas, los asistentes, puestos en pie, rompieron en una estruendosa ovación que no tuve más remedio que interpretar como una manera de felicitar a sí mismos por el aguante que habían tenido, y a los músicos por su resistencia física. Había habido algo propio de personas de buen carácter y mejor autodisciplina en el modo en que regresaron a sus asientos, algo que me recordó a la gente sentada en la sinagoga, durante las plegarias, cuando yo era pequeño; cuando, tras la lectura de la Torá, la cosa seguía y seguía y seguía, y la gente ya no tenía ni idea de qué estaba leyendo quién, pero seguía en sus bancos, *por respeto*. Por supuesto que en la sinagoga siempre había unos cuantos que estaban encantados y que allí habrían seguido para siempre, pero tal no parecía haber sido el caso en el concierto del Galahad

Hall.

El presidente del club fue de músico en músico, dándoles la mano a todos – para aquel entonces, el viola apenas si podía levantar la cabeza, no digamos ya la mano, y yo seguí preguntándome si no sería oportuno que algún médico hiciera algo por él–, y al final se volvió en dirección al público y saludó con los brazos alzados y moviendo las manos, pidiéndonos que aplaudiéramos más fuerte aún.

—Eso es, señoras y caballeros. Todos los artistas, sean quienes sean, necesitan saber que el público aprecia su trabajo. ¡Hagamos que lo perciban!

—¡Bravo, bravo!

Los aplausos se habían trocado en un golpeteo rítmico, a un nivel acústico que no habría cabido esperar de un público tan atemperado; pero así de grande era el alivio de los asistentes una vez liberados. Quienes aplaudían con más vigor eran los que habían permanecido atados a sus asientos y ahora se agolpaban, de dos en fondo, frente a la mesa de las vituallas.

—¡Bravo!

Así continuó la cosa hasta que la voz del presidente anunció en triunfo, imponiéndose al tumulto:

—¡Señoras y caballeros! ¡Señoras y caballeros! ¡Buenas noticias! ¡Los músicos van a ofrecernos un bis!

Temí que se organizara un motín. Temí que de la mesa de las vituallas salieran platos volando por los aires. Temí que alguien se acercara al chelo y le propinase un buen puntapié. Pero no: eran todos gente como Dios manda, que llevaban muchos años en este mundo y que ya habían tenido que vivir y soportar su cuota de sufrimiento; judíos nacidos en aquellos tiempos en que la cultura, incluso entre personas carentes de ella, seguía poseyendo un marchamo religioso; y que, por consiguiente, sentían una admiración sencillamente irrefragable por cualquiera que fuese capaz de sostener en las manos un arco y un violín –en vez de un arco y una flecha. A pesar de lo espantable que les resultaba la perspectiva, supieron guardar para sí mismos su padecimiento y regresar de nuevo a sus localidades, muchos de ellos con tazas de café y platos de tarta en las manos, para luego situárselos sobre las rodillas, en precario equilibrio, o colocarlos a sus pies, en el suelo, mientras la esposa del primer violín, una mujer menuda, con el pelo blanco, que en la actuación anterior había ocupado un asiento de primera fila, se apartaba del público, muy decidida, y se sentaba frente al piano que había junto a los integrantes del cuarteto. El viola, el violonchelista y el segundo violín parecían extenuados, pero el primer violín, hombre de admirable resistencia, para su edad, se unió a su esposa en la interpretación de un dúo de Fritz Kreisler, sonriéndole cada vez que sus ojos coincidían; lo que dio lugar a que varias de las mujeres de mi alrededor intercambiasen miradas y susurraran, llenas de admiración: « Está mirando a su mujer » .

Mi padre se había dormido casi todo Haydn, pero al concluir el vehemente bis se puso en pie, al mismo tiempo que los demás, y dijo:

—¡Precioso, precioso!

—Herman —le dijo Bill, levantándose lentamente de su asiento contiguo al mío—, te has aburrido a morir.

—Hombre, no soy precisamente un amante de la música. Pero eso no quiere decir que no haya sido precioso.

—No ha sido precioso —dijo Bill, tristemente—. Ha sido un espanto. Hasta el propio Jack Benny tocaba mejor. Me subo a casa.

—Por el amor de Dios, Bill, ¿otra vez con ésas? ¿Otra vez con la tele y el helado? Está aquí Estelle —dijo mi padre, señalando hacia donde se veía a la exjefe de compras charlando animadamente con la mujer del primer violinista, que seguía sentada al piano, tocando algo que nadie oía. Los asistentes no se atrevían a escuchar. Ni siquiera aplaudieron el bis, no fuera a ser que provocasen otro.

—Hazme el favor de hablar con Estelle, anda —imploró mi padre a Bill.

—Herman, me subo a casa.

—Bill, que ya eres mayorcito, que tienes ochenta y seis años. Ya puedes hablar con una mujer.

Pero Bill, diciéndome adiós con la mano, se acercó a la mesa de las vituallas, cogió un trozo de tarta y lo envolvió en una servilleta, para llevárselo a casa y comérselo con el helado, mientras veía el partido.

—¿Qué puedo hacer yo con este hombre? —me preguntó mi padre, mientras nos introducíamos entre la muchedumbre que nos separaba de la mesa de vituallas.

—¿Por qué no pruebas a no hacer nada? —le sugerí, como quien no quiere la cosa.

—¿Para verlo morir en las garras de la soledad? ¿Para que se pase las noches solo en su sofá? Ni hablar del asunto.

Había encontrado un Bill a quien ayudar y unas cuantas mujeres a quienes hacer la corte, y las relaciones que tuviese con ellas —cuyos detalles sexuales no alcancé a establecer— parecían tener origen en su rejuvenecimiento y, al mismo tiempo, ser causa de que se produjera éste. En mis primeros días de estancia me llevó a tomar copas a casa de tres viudas judías muy acomodadas, entre los sesenta y cinco y los setenta y cinco años, todas ellas elegantes y atractivas y, según mi padre, ansiosas de llevar un paso adelante la relación. Mientras caminábamos hacia sus casas, mi padre me iba contando a qué se dedicaban en vida sus maridos, cuántos hijos había tenido la pareja y qué exitosos negocios habían emprendido, su estado de salud, las tragedias de sus vidas, cuánto valía el piso; y luego, al volver a casa, me preguntaba:

—Bueno, ¿qué te parece?

Yo siempre le respondía lo mismo, con idéntica sinceridad:

—Muy agradable. Me ha caído muy bien.

A lo cual él replicaba:

—Quiere que el otoño que viene hagamos un crucero juntos.

O:

—¿Sabes lo que me dice? Que ese piso es el doble de lo que necesita. Se pasa el día recorriéndolo, hablando sola.

—¿Y? —le preguntaba yo.

—Y nada. Yo me limito a escuchar, sin decir nada, Phil. Es demasiado pronto...

Y en ese punto rompía a llorar, y aunque ya no sollozaba con el inquietante abandono de los primeros meses posteriores a la muerte de mi madre, el torrente emocional seguía siendo muy considerable.

—Yo no sabía que estuviese tan enferma —me decía. Si se me hubiera pasado por la cabeza...

—Nadie lo sabía —le aseguraba yo. No hay nada que hubiéramos podido hacer.

—Bessie —lloraba él—, Bessie, Bessie, no lo sabía, no me di cuenta...

Luego, salíamos a cenar juntos, y cuando ya se había tomado un vodka Gibson con el cóctel de gambas, yo le sugería que no sería ningún crimen que se fuese al crucero de otoño con Cora B... o que compartiera piso, el año siguiente, con Blanche K.; y él, a su vez, me contaba historias ejemplares sobre lo modesta, humilde, leal, valiente, eficaz y digna de toda confianza que era mi madre... Luego volvíamos andando a casa, donde nos encontrábamos a Bill viendo la tele en calzoncillos, y ello daba lugar a que mi padre le echara otra vez la bronca por pasarse las noches ahí solo.

### ¿ME QUEDARÉ ZOMBI?

De manera que, recién llegado a su casa, procedente de la tumba de mi madre, me metí en el cuarto de baño y, sin perder de vista su cuenco de afeitarse, me puse a ensayar por quincuagésima vez lo que iba a decirle. Luego volví al salón y lo vi derregado en un rincón del sofá, aguardando el veredicto. Lil esperaba en la otra esquina del sofá.

—¿Quieres que salga, Philip?—me preguntó.

—Desde luego que no.

—Herman —le dijo a él—, ¿quieres que me quede?

Pero mi padre ni siquiera la oyó. Y a partir de ese momento Lil se quedó tan callada que igual podría no haber estado allí.

—Bueno —dijo él, muy lentamente, en tono lúgubre—, ¿cuáles son las tristes nuevas?

Me senté en una silla, frente a él, con el corazón saliéndoseme del pecho, como si hubiera sido yo quien estaba a punto de que le contaran algo horrible.

—Tienes un problema grave —comencé—, pero hay tratamiento. Tienes un tumor en la cabeza. El doctor Meyerson dice que, dado el emplazamiento, la probabilidad de que sea benigno es del noventa y cinco por ciento.

Había pensado ser igual de franco que el doctor Meyerson y describir la situación con detalle, pero no fui capaz. Mi padre ya tenía suficiente con la mera existencia del tumor. Aún no había acusado el golpe, seguía ahí sentado, sin expresión en la cara, esperando que yo siguiese adelante.

—Está afectando el nervio facial, y de ahí la parálisis.

Meyerson me había comunicado que estaba *envolviendo* el nervio facial,

pero eso tampoco pude decírselo. Mi modo de evadirme me hizo recordar el suyo durante la noche en que murió mi madre. A las doce, hora de Londres, me dijo que mi madre había sufrido un grave ataque al corazón y que más valía que lo arreglase todo para venir a casa, porque no era seguro que sobreviviese. « Las perspectivas no son buenas, Phil », me dijo. Pero, una hora más tarde, cuando lo llamé yo para comunicarle mi plan de viaje de la mañana siguiente, se echó a llorar y me reveló que había muerto en el restaurante, mientras cenaban, hacía ya unas horas.

—No es parálisis de Bell —dijo.

—Es un tumor. Pero no maligno, y es operable. El médico puede operarlo, si nos parece lo más adecuado. El doctor Meyerson quiere hablar contigo de la operación. Creo que será buena idea volver a hablar con él, ahora que sabemos lo que ocurre. Creo que debemos reunimos todos en su consulta y ver si la operación es factible. En última instancia, la decisión es tuya.

Añadí, sin fuerza:

—Meyerson dice que es una operación de rutina.

El médico, en efecto, había empleado tal expresión, cuando terminábamos de hablar por teléfono, la noche antes; y yo había pensado: « Sí, claro, de rutina *para tí* ».

—¿Se me pondrá bien la cara si me opero?

—No. Sólo servirá para que no haya más deterioro.

—O sea que voy a quedarme así.

—Me temo que sí —dije yo. No me habían hecho falta ni dos minutos para aprender a hablar como un cirujano.

—Ya veo —dijo él, y a continuación cayó en el silencio, y a continuación se le vio perdido, solo y perdido, y no me habría sorprendido si se hubiera muerto en aquel mismo instante. Sus ojos miraban a ninguna parte, a la nada, como los de una persona a quien acaban de pegar un tiro. Estuvo así, ausente, durante un minuto. Luego, una vez absorbido el golpe, se reincorporó al lugar del combate, para valorar el alcance de sus pérdidas:

—¿Y el oído?

—Lo dañado por el tumor no puede recuperarse. La operación, tal como yo la entiendo, no hará otra cosa que impedir que el proceso siga adelante.

A no ser que sirviera precisamente para lo contrario... Pero en eso no entré. Dejaría que el doctor Meyerson le hiciera ver los riesgos y también que le detallase el tamaño del tumor y el recubrimiento del nervio facial.

—¿Volverá a crecer? —preguntó él.

—No lo sé. No creo, pero tendrás que preguntarle al médico. Prepararemos una lista de todo lo que quieres saber. Pones por escrito las preguntas, te las llevas a la consulta y allí se las haces todas al médico.

—¿Me quedará zombi?

—No creo que Meyerson nos propusiera la operación si pensara que ése puede ser el resultado —pero ¿acaso estaba excluida la posibilidad? Dentro de ese quince por ciento de pacientes que, según reconocía el propio Meyerson, quedaban peor después de pasar por el quirófano, ¿no los habría que se quedaban como zombis, o algo bastante parecido a lo que mi padre entendía por zombi?

—¿Dónde lo tengo? —me preguntó.

—Delante del tallo cerebral. En la base del cráneo. El médico te lo indicará exactamente. Tienes que apuntar en un papel las dudas que tengas, para repararlas todas en la consulta, el lunes que viene. Le he pedido cita para el lunes, así nos vemos todos y hablamos a fondo de la cuestión.

Y lo que a él se le ocurrió fue sonreír: una media sonrisa sardónica, en realidad, la sonrisa de quien está al corriente de todo y tiene roto el corazón y está pensando: «Claro, por supuesto» .

Se puso la mano en la base del cráneo y, en vista de que no notaba nada raro, volvió a sonreír:

—Bueno, cada cual abandona este mundo a su manera.

—Y —repliqué yo— cada cual lo vive a su manera. A cada persona le toca una lucha diferente, una lucha que jamás termina. Va a ser una prueba muy dura, pero si a todos nos parece que la intervención quirúrgica es lo más adecuado, dentro de dos meses estaremos aquí sentados, charlando, y tú ya no tendrás esa cosa dentro, presionándote el nervio.

Me resultaba espantoso no ser capaz de creer mis propias palabras, pero no sabía qué otra cosa decir. Pensé: «Dentro de dos meses estará en una clínica para convalecientes y apenas podrá llevarse la cuchara a la boca para comerse los cereales que le pongan. Dentro de dos meses será un zombi en lo alto de una cama, lo alimentarán por vía intravenosa, conmigo sentado al lado, como él se sentó antes al lado de su padre. Dentro de dos meses estará en el cementerio al que fui a parar esta mañana» .

Entretanto, él había ido al cuarto de baño y, al volver, tratando de ocultarse con la mano la mancha de orina que se había hecho en la pernera del pantalón, se puso a hablar de su apendicetomía de 1944, cuando, contra todo pronóstico, logró sobrevivir a un terrible episodio de peritonitis. Se estaba acordando de cómo yo, también, sobreviví a una rotura de apéndice y una peritonitis en 1968. Luego se remontó a 1942, para recordar mi operación de hernia de cuando tenía nueve años: fue él quien me llevó al médico de cabecera, porque me había estado quejando de muchos dolores durante un paseo dominical en coche, con toda la familia. Era la segunda vez en un mes que teníamos que ir al médico por una molestia mía.

—Le dije al médico, insistiendo mucho: «Este chico no es ningún quejica, de modo que tiene que pasarle algo» . Y el médico nos dijo que no, que no le pasaba nada, pero yo insistí e insistí, hasta que al final descubrieron que tenía razón. Le

dije al doctor Ira, que en paz descanse... ¿Te acuerdas de nuestro médico, Ira Flax?

—Claro que me acuerdo. Me caía muy bien.

—Pues le dije: «Ira, éste es un chico juguetón, que anda siempre corriendo para arriba y para abajo, y jugando a la pelota, y si le pasa algo quiero que lo curéis».

Nunca me olvidaré de él, la noche en que tú naciste, bajando las escaleras del hospital Beth Israel. Eran las tres de la madrugada. La escalera principal del hospital. Ira iba con su bata blanca. Yo le dije: «¿Qué es, Ira, una Phyllis o un Philip?». Y él me dijo: «Un Philip, Herman. Otro niño». Nunca me olvidaré. Y mi hermano Charlie muriéndoseme en los brazos. Un chico tan guapo, tan lleno de fuerza, cuatro hijos, y murió en mis brazos, el hermano mayor que yo adoraba. Y Milton, mi hermano Milton. ¿Te acuerdas de Milton?

—No —dije yo—. Milton murió el año antes de que yo naciera. Por él me persisteis el segundo nombre.

—Milton... —dijo él—. Diecinueve años, magnífico estudiante, el que nos iluminaba a todos con su resplandor, ya en el último curso del *college* de Ingenieros de Newark...

Y así sucesivamente, recordando las enfermedades, las operaciones, las fiebres, las transfusiones, los comas, las vigiliás, las muertes, los entierros... Su mente, como de costumbre, intentaba arrancarlo del penosísimo aislamiento de un hombre al borde del olvido, poniendo en conexión el tumor cerebral con una historia de mayor alcance, colocando su padecimiento en un contexto donde él ya no era una persona sola con una aflicción horrible y peculiarmente propia, sino el miembro de un clan cuyos males se sabía de memoria y aceptaba y no tenía más remedio que compartir con todos.

Así, habiendo domeñado su terror, consiguió almorzar; y aquella noche, según puso en mi conocimiento a la mañana siguiente, por teléfono, durmió seis horas seguidas antes de despertarse, cubierto de sudor, a las cinco de la madrugada.

No tuve yo tanta suerte, incapaz de descubrir *ningún* contexto que contribuyera a empequeñecer mis malos presentimientos. La idea de que se viera obligado a pasar por semejante operación, a los ochenta y seis años, me resultaba insoportable. Incluso en el supuesto de que saliera con éxito del quirófano, la perspectiva del proceso de recuperación... Y si algo salía mal durante la operación... No logré dormir seis minutos seguidos y, a primera hora de la mañana siguiente, tras haberme pasado varias horas incorporado en la cama, tratando de leer, llamé por teléfono a mi amigo C. H. Huvelle, quien, hasta dejar la consulta, unos años antes, me había ayudado a sobrellevar ciertas dolencias físicas, en su condición de médico de cabecera. Le hablé del tumor cerebral y de la operación quirúrgica que nos proponían.

—Mira —me dijo, tras haberme escuchado—, la cosa puede resumirse así. Si muere en la mesa de operaciones... Bueno, habrá muerto a los ochenta y seis años, que no es la peor edad para morir. Si sobrevive y la operación es un éxito, lo cual, según te dice el médico, ocurre el setenta y cinco por ciento de las veces, pues también muy bien. Lo único malo que puede resultar, según yo lo veo, es que se produzca un nuevo déficit neurológico como consecuencia de la operación. No es lo más probable, pero es posible, y tienes que tenerlo en cuenta.

—También tengo que tener en cuenta lo que pueda ocurrir si no hacemos nada. El neurocirujano me asegura que puede empeorar a muy corto plazo. Supongo que se refiere a lo mismo que tú cuando hablas de déficit neurológico.

—A eso se refiere, sí. Hay muchas cosas que pueden salir mal.

—Entonces —dije yo—, el resultado puede ser horrible lo miremos desde el lado que lo miremos. La operación puede poner en marcha un tipo de desastre y la no operación, otro tipo de desastre.

—Pero de la operación —dijo él— hay más probabilidades de que resulte algo que, en última instancia, pueda considerarse una evitación del desastre total.

—Pero es que no quiero que pase por esa operación así por las buenas. A los cuarenta ya sería una hazaña recuperarse de ella, de modo que a los ochenta y seis no cabe ni pensarlo. ¿Es así?

—Mira, Philip, busca una segunda opinión y luego, si quieres, vuelve a llamarme y lo hablamos un poco más. Pero ten en cuenta, primero, que no tienes modo de impedir que tu padre muera alguna vez, y tampoco de impedir que sufra. He visto a cientos de personas pasar por esto mismo con sus padres. Tú te lo ahorraste con tu madre, y ella también se lo ahorró. Con tu padre no parece que vaya a resultar tan fácil.

A eso de la diez, tras haber intentado dar un paseo por Central Park y obligarme a pensar en otras cosas, volví a telefonar a mi padre, por segunda vez en la mañana. «Zombi» —palabra que no creía haber vuelto a oír desde los tiempos en que mi hermano y yo, de niños, íbamos a ver películas de terror en el cine Rex de Irvington— seguía evocándome los más espantosos panoramas clínicos, y cuando volví al hotel, tan desconcertado como cuando salí de él camino del parque, lo llamé por teléfono para preguntarle si le apetecía dar una vuelta en coche. Imaginándolo en casa, sentado en un rincón del sofá, con la radio apagada y las persianas bajadas, no tenía sentido que yo anduviese dando vueltas por Nueva York, ni que almorzase con algún amigo, ni que me metiese en algún cine, para olvidar durante unas horas a mi padre y su tumor masivo, los dos juntos, en Elizabeth, haciéndose compañía.

No, no quería dar una vuelta en coche.

Pero si hacía un día estupendo de primavera. Podíamos ir a las montañas Orange. Podíamos comer en Grunings.

No, estaba mejor en casa.

Le dije que iría a que diésemos un paseo andando.

No, no quería dar un paseo.

Le dije que iba a comprar salmón ahumado y *bagels*<sup>[2]</sup> y que me acercaría a Elizabeth y que así comíamos los tres juntos, Lil, él y yo, en su casa. ¿Andaba por ahí Lil?

Está en el piso de arriba.

Pues dile que baje y comemos juntos.

No hacía falta.

«Puede que a ti no», pensé, «pero a mí sí». De modo que seguí adelante y compré salmón y *bagels* y queso cremoso en una tienda de la Sexta Avenida, y me metí en el coche y puse rumbo a Jersey.

Esta vez, al tomar el desvío, me concentré en lo que hacía, no fuera a equivocarme y acabar otra vez camino del cementerio. No iba a sacar nada en limpio adquiriendo semejante hábito, aunque tampoco lamentaba mi equivocación del día anterior. No alcanzaba a explicarme en qué aspecto me podía haber beneficiado —no me había servido ni de confortación ni de consuelo; en todo caso, me había confirmado en mi noción del destino—, pero ello no me impedía alegrarme de haber ido a parar allí. Me pregunté si mi satisfacción no procedería del hecho de que aquella visita al cementerio resultaba correcta desde el punto de vista *narrativo*: paradójicamente, cabía percibirla como algo no enteramente fruto del azar, no impredecible; y así, al menos, me proporcionaba una especie de extraño alivio ante el impacto de todo lo espantosamente imprevisto.

Al llegar lo encontré como me lo había imaginado, sentado a solas en el sofá, con un aspecto lamentable. Las persianas estaban bajadas, la radio no emitía música, y daba la impresión de que ni siquiera se había molestado en pedirle prestado el periódico de ayer a alguno de sus vecinos más dispendiosos. Mientras desenvolvía las cosas de comer, me dijo que no tenía hambre; cuando le sugerí que en vez de comer en seguida podíamos salir a dar una vuelta, hizo un ruido para indicar que no le apetecía.

—¿Dónde está Lil? —le pregunté, encendiendo una luz, cuando no eran más que las once de la mañana.

—En el piso de arriba.

—¿No quieres verla?

Se encogió de hombros: le daba igual verla que no verla.

Pensé que ojalá no se hubiera peleado, aunque habría sido muy propio de él, incluso en este momento de máxima necesidad, ponerse a trabajar, lo primero de todo, en uno o más de los fallos de Lil cuya supresión se había puesto por meta. Comía demasiado y estaba un poco gorda; era una agarrada y no soltaba un cuarto; se pasaba horas hablando por teléfono con una hermana suya que él no soportaba; siempre andaba con prisas: que si a un baratillo a comprar

porquerías, que si a otro baratillo a comprar otras porquerías; arriesgaba estúpidamente el dinero que él le recomendaba invertir en certificados de depósito; no conducía el coche a satisfacción de él... La lista era larga, puede que interminable, aunque, claro, al principio de la relación le ocurrió lo que nos ocurre a todos. En el 82 y el 83, durante su segundo y tercer invierno de viudez en Florida, cuando ella aún seguía en su puesto de trabajo de Nueva Jersey, mi padre le escribía a diario, más que ninguna otra cosa, una miscelánea de pequeños boletines de noticias relativas a sus horas de vigilia, compuestos en fragmentos que iban cubriendo el transcurso del día. Eran cartas de un romanticismo desvergonzado, brioso, juguetón; descaradamente amorosas, tímidamente sexuales, embellecidas a veces con ripios optimistas (tanto plagiados como de cosecha propia) y adornado con dibujos de palotes de él y ella cogidos de la mano, abrazándose y besándose, o tendidos juntos en la cama; cartas que empezaban « Mi dulce Lilum» y « Hola, pequeña» y « Mi querida, queridísima Lil...». Una « corriente continua» —como él mismo describe en una ocasión esta correspondencia, medio en serio, medio en broma, pero con cierto orgullo— « de predicación, filo... filosofía, poemas y arte». Y ternura. « Espero», escribe, « que el invierno no sea duro, por favor, ten cuidado al ir y venir del trabajo...». « Otro día monótono, sin ti...». « Ahí va mi mano, para apretarte con verdadera fuerza». « Pensando en ti todo el día...». « Vi la sonrisa de tu cara bonita, cuando te llamé, también la dicha en tu voz, y, bueno, he de confesar que yo también sonreí». « Lo que alguien canta en la radio es “Are you lonesome tonight<sup>[3]</sup>” ¿Lo estás tú? Yo sí...». En un solo sobre normal le metía fotocopias de las primeras páginas de las partituras de *Love Somebody*, *Love Makes the World Go 'Round*, *Love Is a Many-Splendored Thing*, *L-O-V-E* y *Where Do I Begin*, de la película *Love Story*. Le contaba todos los días, con todo detalle, lo que había comido, a qué hora había ido a la piscina y cuánto tiempo estuvo nadando, por dónde había paseado y hasta dónde, con quién había jugado a las cartas y con quién había hecho de mirón, cuántos días le faltaban exactamente para volver a verla, incluso la ropa que llevaba puesta. « Todo vestido de blanco, zapatos, calcetines, pantalones y camisa. En cuanto a la chaqueta, vamos a ver. O la roja y blanca que tú dices que no te gusta, o la blanca y negra. Ya ves, cariño, no te tengo aquí para ayudarme a elegir, de modo que tendré que tomar yo mismo tan trascendental decisión. Me las probé las dos y la que mejor me queda es la roja y blanca. Pero opté por la otra, porque voy a estar la mayor parte del tiempo sentado, y ésta es más ligera, de modo que ya está...». Varias veces por semana le imploraba que lo creyese (ella, al parecer, no lo creía), que esas viudas acomodadas y encantadoras que había conocido durante su primer invierno en Florida ahora ya no pasaban de amigas platónicas, y que rara vez las veía (en lo cual sólo mínimamente se apartaba de la verdad); que era ella, y sólo ella, su « hermosa dama». Y también la mantenía al corriente de su lucha diaria por

ensancharle los horizontes a Bill Weber. « Bill es un judío de esos de carne con patatas, y nada más, no consigo ni llevarlo a un chino... ». « Por fin conseguí convencer a Bill de que fuéramos a comer a un chino... ». En aquella época no había absolutamente nada que no le apeteciera contarle a ella. En aquella época era perfecta: hasta sus defectos eran bonitos. Sí, en aquella época, sus proporciones físicas venían caracterizadas en términos mucho más halagüeños de los que ahora habría utilizado para describirlas.

—Es como del pintor ese —me dijo un día—, ¿sabes a quién me refiero?

Yo aún no había visto a Lil, pero me arriesgué:

—¿Rubens?

—¡Ése! —dijo él.

—Bueno, las *zafitig*<sup>[4]</sup>, también tienen su encanto —le dije.

—Philip —me dijo él—: estoy haciendo cosas que no hacía desde la adolescencia.

—Ojalá tengamos todos la misma suerte —le dije yo.

Pero lo que marcaba el destino de Lil no era tanto su peso como su docilidad, una paciencia bovina (o propia de alguien que tiene madera de santo, si entiendo bien la expresión) para tolerar que le estuvieran echando en cara y recordando constantemente sus defectos. Había, desde luego, momentos en que tanta crítica resultaba excesiva incluso para ella: entonces le sobrevenía, cogiendo a mi padre por sorpresa, un breve estallido de cólera, muy amargo, y se retiraba al piso de arriba y se pasaba un día sin volver, o incluso dos. En tales ocasiones, mi padre, diciéndose « al diablo con ella, tengo cientos de mujeres, no la necesito », agarraba el teléfono y llamaba a alguna viuda de las de Bal Harbour. Más arriba, en el Plaza de la Federación Judía, también estaba Isabel Berkowitz, que de vez en cuando venía a hacerle una visita, mientras Lil andaba en uno de los viajes turísticos que hacía dos veces al año con su hermana, con quien hablaba por teléfono todas las semanas (y cada vez que mi padre y ella se peleaban). Pero el hecho era que esas mujeres a quienes acudía mi padre eran más ricas y más refinadas que Lil: mujeres habituadas, como viudas que eran de muy exitosos hombres de negocios, a vivir con más desahogo del que Lil pudo permitirse nunca, y capaces de inspirar en mi padre una admiración social más acentuada. En pocas palabras: señoras menos maleables que la mujer por quien él se había decidido; señoras que no necesariamente le habrían tolerado que les estuviese corrigiendo los defectos cien veces al día.

Lil, hasta que se jubiló —lo cual hizo porque mi padre logró convencerla, no porque pensara que fuese lo mejor para ella—, trabajó en las oficinas de una casa de suministros para automóvil cuyo propietario resultó ser un amigo mío de juventud, Lenny Lonof, que vivía en la casa de enfrente de la mía cuando ambos íbamos a la escuela primaria. Poco después de la muerte de su marido —y un año después de la muerte de mi madre—, Lil se mudó al edificio de apartamentos

donde residía mi padre y allí vivía con uno de sus dos hijastros, Kenny, cuya sagacidad financiera no estaba a la altura de las exigencias de mi padre. A éste no sólo no le parecía bien el modo en que Kenny llevaba sus asuntos, sino que tampoco tenía en gran aprecio la gestión de Lenny Lonof al frente de la casa de suministros para automóvil. Cuando se lo dijo a Lil, ella, en lugar de contestar que mi padre no sabía de qué estaba hablando y que maldita la falta que le hacía su opinión, se quedó sentada, escuchándolo, sin contestarle; y, a mi modo de ver, esta mansedumbre contribuyó más a seducirlo que la rubensiana amplitud que mi padre pronto empezó a considerar consecuencia de que Lil siguiera comiendo demasiado, haciendo caso omiso de sus incansables regañinas, cada vez que se sentaban a la mesa, con cada plato, con cada porción que se llevaba a la boca. Comer constituía su única revancha, y, como el tumor, era algo que mi padre no podía detener, por mucho que se empeñara.

Nunca fue capaz de comprender que una capacidad de renuncia y de férrea autodisciplina como la que él poseía era algo absolutamente extraordinario, que no estaba al alcance de todo el mundo. Se figuraba él que si un hombre con todas sus carencias y limitaciones podía hacerlo, todos los demás también podían. Lo único que se necesitaba era fuerza de voluntad –como si la fuerza de voluntad creciera en las ramas de los árboles. Él consideraba inquebrantables sus deberes para con las personas que tenía bajo su responsabilidad, y ello lo llevaba a reaccionar ante lo que percibía como defectos de tales personas del mismo modo visceral en que atendía lo que consideraba –no necesariamente equivocándose– sus necesidades. Y porque la suya era una personalidad imperiosa, y porque muy en lo hondo de su ser había también una prehistórica veta de ignorancia total, ni siquiera se daba cuenta de lo inútiles, enloquecedoras e incluso, en ocasiones, crueles que podían resultar sus continuas admoniciones. Como él mismo habría dicho, se puede conducir un caballo al abrevadero y hacer que beba: basta con ponerse lo suficientemente pesado. (Él empleaba «hock», un verbo tomado del *yiddish* que, en este contexto, significa dar la lata, doblegarle la voluntad a alguien, dejarlo aturrido a base de advertencias y órdenes y quejas; en pocas palabras: usar las palabras a modo de barrena para abrirle a uno un agujero en la cabeza).

En diciembre, hallándose ya en West Palm Beach con Lil, mi padre le escribió a mi hermano una carta de dos folios de bloc, escritos por ambas caras con su laboriosa letra. Sandy le había recomendado, en nombre de la paz doméstica, que cuando estuvieran solos en Florida intentara ser un poco menos crítico con Lil, sobre todo en lo tocante a la comida. De paso, Sandy le había dicho también que no se empeñara tanto con Jonathan, su hijo pequeño, que en aquel momento empezaba a ganar el primer dinero de su vida, como vendedor de Kodak y a quien mi padre llamaba y escribía todas las semanas, aconsejándole, con su habitual implacabilidad, que ahorrara mucho y gastara

muy poco.

Querido Sandy

Creo que hay (entre las personas) dos tipos de Filosofía. Hay quienes se preocupan y hay quienes no se preocupan, hay quienes hacen las cosas y quienes lo dejan todo para más adelante y jamás *hacen* nada, ni *ayudan* a nadie.

Erais vosotros muy jóvenes. No me encontraba bien aquel día, cuando llegué a casa del trabajo. Mamá hizo la cena. Yo no me senté a comer, lo que hice fue quedarme en el salón. No había pasado una hora cuando ya estaba en casa el doctor Weiss, porque lo llamó mamá. Éste era el panorama. Me preguntó que qué me pasaba. Le dije que tenía un dolor en la zona del corazón, me estuvo examinando y al final me dijo que no me detectaba nada malo. A continuación me preguntó que si hacía algo en exceso. Le dije que lo único que podía ser era que fumaba mucho. Me dijo que por qué no lo reducía a tres cigarrillos al día, en vez de 24. Yo le dije que mejor ninguno y antes de una semana se me había quitado el dolor y había dejado completamente el tabaco. *Mamá se preocupó, el doctor Weiss me aconsejó, yo escuché.* Hay muchos consejeros en este mundo, también personas que *se preocupan* y que *hacen* cosas, personas que escuchan. Muchas veces, así se salva alguna vida, y también hay personas demasiado blandas, que fuman demasiado y beben demasiado y toman drogas, y comen de un modo compulsivo. Dependiendo de cada caso, todo ello puede dar lugar a enfermedades, cuando no algo peor.

Querías una casa. Yo me eché a la calle y te conseguí el dinero para comprarla. ¿Por qué? Porque me importaba. Phil tuvo que operarse la hernia, yo lo llevé al médico, y lo operaron. Lo mismo con mamá, con todo lo que tuvo que padecer durante 27 años. Porque me preocupo y porque soy de los que hacen las cosas. Supongo que también sus padres se preocuparían, pero yo sentí el dolor de ambos, y me ocupé del asunto, *no lo dejé para más tarde.* Se lo digo a Jon y le doy la paliza. Utilizó toda clase de frases hechas, como no hay como un tonto para gastarse el dinero en tonterías (lo que no has gastado, eso tienes ganado) (algún día tendrás algún viejo dependiendo de ti), y cuando me pregunta qué viejo, le digo tú mismo), etc. Y no se lo digo sólo una vez, se lo digo todo el tiempo, le doy la paliza continuamente. ¿Por qué? Porque se olvida, como los bebedores compulsivos, como los drogadictos. ¿Por qué sigo dando la paliza? Me doy cuenta de que es un latazo terrible, pero a las personas por quienes me preocupo siempre

trato de curarlas, aunque se opondan o no quieran disciplinarse (disciplinarse) incluido yo. Yo sostengo muchas batallas con mi conciencia, pero combato mis ideas equivocadas. *Me preocupo* por la gente, *a mi manera*.

Perdona la letra y las faltas que haya. Nunca fui muy bueno escribiendo, pero ahora es peor, ahora, encima, *no veo bien*.

El Latazo, mal llamado,  
porque debería ser El Cuidador.  
Con cariño,  
Papá.

Nunca dejaré de dar la lata y preocuparme.

Así soy yo con las personas a quienes tengo cariño.

—¿Os habéis peleado Lil y tú? —le pregunté al entrar, viéndolo solo.

—Da lo mismo, porque nunca está. Siempre anda de un sitio para otro. Cuando se puso enferma, bien que la cuidé, puse los cinco sentidos en ocuparme de ella. Al diablo con ella. Que se vaya. Yo estoy muy bien solo, no necesito a nadie.

—No tengo por qué meterme —dije yo—, pero ¿crees que es éste el mejor momento para una pelea?

—¡Yo no me estoy peleando con nadie! —me contestó—. Yo nunca discuto. Si le digo lo que le digo, es por su propio bien. Si no quiere escucharme, allá ella.

—Mira, ponte un jersey y los zapatos de andar, mientras yo llamo a Lil, a ver si le apetece que demos una vuelta los tres juntos. Hace un día estupendo y no puedes quedarte ahí sentado, dentro de casa, con las persianas bajadas.

—Estoy estupendamente así.

Entonces le dije una frase que nunca en mi vida le había dicho:

—Haz lo que te estoy diciendo. Ponte un jersey y los zapatos de andar.

Y la frase funcionó. Yo tengo cincuenta y cinco años, él tiene casi ochenta y siete, y estamos en 1988: « Haz lo que te estoy diciendo », le digo; y lo hace. Es el fin de una era, el comienzo de otra.

Mientras él iba al vestidor y se ponía un jersey de color rojo brillante y las Adidas blancas, yo llamé por teléfono a Lil y le pregunté si se venía a dar una vuelta con nosotros.

—¿Tu padre va a salir a dar una vuelta? —dijo—. ¿De verdad?

—De verdad. Vente con nosotros.

—Yo le digo que salgamos a dar una vuelta, que le sentará bien, y se me tira al cuello. No es por criticar, Philip, pero te estoy diciendo la verdad. Eres el único a quien escucha.

Me reí:

—Y a lo mejor tampoco a mí me sigue escuchando durante mucho tiempo.

—Ahora bajo —dijo ella.

Recorrimos cuatro manzanas, hasta el bazar, pasados los viejos y los nuevos edificios de pisos que se alzaban en el espacio antes ocupado por las últimas y opulentas casas victorianas de Elizabeth. Era el mismo recorrido que resultó excesivo para mi madre, en el día de su muerte. Lil y yo íbamos sujetando a mi padre, cada uno por un brazo, porque el hecho de caminar se había convertido para él en una actividad muy poco segura, dado lo mal que veía. Unos pocos meses antes, aún esperaba pacientemente a que madurara la catarata de su ojo derecho, para que pudieran quitársela. Ahora, en lugar de tener por delante una operación de escasa importancia que le devolviera la visión y, con ella —así lo esperaba él, plenamente confiado—, su robusta independencia, lo que le esperaba era una operación de cráneo que bien podía matarlo.

Mientras caminábamos, empezó con sus recuerdos, de un modo un tanto aleatorio.

—Ya no tengo memoria —nos explicó.

Pero no era exactamente así. El encadenamiento parecía fruto del azar, con frecuencia, y el enfoque resultaba borroso, a veces; pero es que, en general, la lógica de sus recuerdos nunca era fácil de captar, ni siquiera en sus mejores momentos. No le costaba ningún trabajo, desde luego, recordar el nombre de personas que llevaban veinte, treinta y hasta cuarenta años muertas, ni dónde vivían, ni con quién estaban emparentadas, ni qué le habían dicho o qué les había dicho él a ellas en ocasiones no necesariamente dignas de recordación.

Por parte de mi abuela paterna pertenecíamos a un vasto entramado familiar que, en 1939, a comienzos de la segunda guerra europea, acabó adoptando la forma de asociación familiar. Durante mi infancia y adolescencia, integraban la asociación unas ochenta familias de la zona de Newark y otras setenta de la zona de Boston. Se celebraban reuniones anuales y excursiones veraniegas; se publicaba una revista trimestral, había himno, sello y papel de escribir de la familia; todos los años, cada miembro de la familia recibía un elenco con los nombres y direcciones de todo el mundo; había un Fondo de Atención para enfermos y convalecientes, y un Fondo de Enseñanza para contribuir a la formación de los hijos en la universidad. En 1943, Herman Roth fue el quinto miembro familiar, segundo de sus hermanos, que salió elegido presidente. Su vicepresidente primero fue Harold Chaban of Roxbury, de Massachusetts. El tal Harold Chaban era hijo de Max Chaban e Ida Flaschner, y sobrino de Sam Flaschner, pionero de la familia en Estados Unidos. Su vicepresidente segundo era Herman Goldstein, residente en Nueva York. A Goldstein, sombrerero, igual que a Sender Roth, le gustaba jugar a las cartas con Liebowitz, y estaba casado con Berta, la sobrina que antes vivió con la familia en la calle Rutgers, cuando

llegó con su hermana Celia, procedente de Europa, en 1913. La tesorera adjunta era su mujer, Bess —mi madre—, cuya secretaria era mi cuñada Byrdine, la mujer de Bernie; su historiadora adjunta era su hermana menor, Metty... todo esto nos contaba a Lil y a mí mientras dábamos media vuelta y emprendíamos el camino de vuelta a la calle North Broad.

—En aquellos tiempos —decía—, nuestra asociación familiar era una de las más extendidas y más fuertes de su tipo en Estados Unidos.

Era el mismo tono que en otros tiempos utilizaba conmigo, durante mi adolescencia, para comunicarme que la Metropolitan Life era una de «las mayores instituciones financieras del mundo». Puede que fuéramos gente corriente, pero nuestras afiliaciones no carecían de grandeza.

De pronto, sin motivo aparente, se le ocurrió decir:

—Antes no había más que judíos en esta zona de Elizabeth, cuando mamá y yo nos vinimos de Newark. No cuando ella vivía aquí, de pequeña, desde luego. Eran sobre todo irlandeses. Todos católicos. Ahora ya no. Hispanos, coreanos, chinos, negros. El rostro de Estados Unidos está cambiando sin parar.

—Eso es verdad —dije yo. Un amigo mío le llama la Quinta Avenida del Tercer Mundo a la calle Catorce de Manhattan.

—Cuando mi padre puso en venta la casa de la calle Rutgers —siguió él—, fue una familia italiana quien se la compró.

—¿Sí? ¿Cuánto le dieron? ¿En qué año fue?

—Yo nací en 1901, nos mudamos a la calle Rutgers en 1902, allí vivimos trece años, luego tuvo que ser en 1916. Seis mil dólares le dieron. Los italianos le pagaron en monedas de cinco, de diez y de veinticinco centavos. Costó una semana contarlas.

Cuando nos acercábamos a la Avenida Salem, señaló el edificio de la esquina:

—Ahí es donde vivía Millie.

Eso lo sabía yo, por supuesto: ella y su marido, Joe Komisar, y mi prima Ann, se instalaron allí hacía muchos años, estando yo en el *college*. Millie era una de las dos hermanas pequeñas de mi madre; sólo hacía unos meses de su fallecimiento, a los setenta y ocho años, y mi padre, señalándonos su casa, no nos indicaba el sitio en que vivió, sino el sitio en que ella, que ya no vivía, había dejado de vivir. Su marido y ella yacían en el cementerio a un lado de mi madre, y al otro lado estaba la sepultura propiedad de mi padre. Allí era donde Millie vivía ahora.

—Mi padre —siguió él, cuando nos acercábamos al bazar hasta el que llegó mi madre en el último paseo largo de su vida—, mi padre le tuvo que pegar a Ed, mi hermano mayor, para evitar que se casara con una mujer mundana. Le tuvo que pegar.

Mi tío Ed fue un muchachote de muy poca correa, que me llevaba al fútbol cuando yo era pequeño. Sus manazas, su nariz partida y su carácter áspero y

discutidor me tenían encandilado durante un par de horas, y me hacían apreciarlo mucho, pero, al final de nuestras salidas en común, siempre acababa alegrándome de que fuese padre de mi prima Florence, y no mío.

—Eso nunca me lo habías contado —dije. ¿El abuelo llegó a pegarle?

—No tuvo más remedio. Lo salvó. Lo salvó de aquella mujer.

—¿Qué edad tenía Ed entonces?

—Veintitrés.

Me había contado esa historia por primera vez cuando yo tenía dieciséis años y estaba en el último curso del instituto. No recuerdo por qué la contó, pero fue durante la coña, al final, y yo pegué un salto y me levanté de la mesa, lleno de rabia; salía disparado del comedor cuando lo oí terminar: « Es una disciplina de la que ya no hay ». Mi madre acudió a mi dormitorio e intentó convencerme de que volviera y me tomase el postre; me rogó que perdonara a mi padre por lo que fuese que hubiera dicho y que tanto me había ofendido. « Por favor, cariño, hazlo por mí. Tu padre no tiene instrucción... ». Pero yo, sin dar mi brazo a torcer, me negué a meterle la cuchara a un plato de gelatina mientras tenía sentada delante a una persona para quien el hecho de quitarle a golpes el amor por una mujer a un hombre de veintitrés años —aunque este hombre fuera un cabezota como mi tío Ed— constituía un encomiable acto de disciplina.

Sin duda que mi padre había tenido en el olvido aquel incidente, igual que yo, hasta aquel momento de treinta y nueve años después en que, por alguna oscura razón, decidió volverme a contar la historia.

Pero ahora no me enfurecí con el narrador. Al contrario: fui yo quien dije, esta vez, con mucha filosofía:

—Es una disciplina de la que ya no hay.

—No. Mi hermano Bernie, descanse en paz, ¿sabes lo que me contestó cuando le dije que no se casara con Byrdine Bloch? Por supuesto que el tiempo me dio la razón, porque después de veinte años de matrimonio, con unos hijos preciosos que tenían, se vio metido en aquel divorcio tan espantoso y se quedó sin familia. Pero cuando yo lo puse sobre aviso, en lo tocante a Byrdine, cuando le dije « Esa chica parece lo suficientemente vieja como para ser tu madre. ¿Es eso lo que verdaderamente quieres? », ¿sabes lo que me contestó, a mí, a su hermano mayor, que lo único que quería era advertirle? Me dijo « ocúpate de tus propios asuntos ». Estuvimos meses sin hablarnos.

—¿Cuándo fue eso? —le pregunté.

—¿Eso?... Debió de ser... En 1927. Mamá y yo nos casamos en febrero, y Bernie se casó con Byrdine en julio.

—No sabía yo que os hubierais casado el mismo año.

Volvíamos ahora por donde habíamos subido. Mi padre calló un momento. Luego, como si hubiera descubierto la solución de algún problema inextricable, tras largo y penoso esfuerzo, empezó a decir: « Sí... Sí... ».

—Sí, ¿qué? —le pregunté yo.

—Llevo muchos años viviendo.

—Tú has trabajado en los seguros y ya conoces las estadísticas. Según los gráficos actuariales, has alcanzado una edad muy elevada.

—¿Dónde está el tumor? —me preguntó, por segunda vez en lo que llevábamos de día.

—Delante del tallo cerebral. En la base del cráneo.

—¿Has visto las imágenes?

No quería llevarlo a pensar que hubieran estado pasando demasiadas cosas sin él saberlas, de modo que le mentí:

—No. Tampoco sabría interpretarlas, si me las enseñaran. Pero, mira, puede operarse. Eso es lo que tienes que recordar.

Pero eso era precisamente lo que no podía olvidar, lo que más miedo le daba.

—Si entre todos decidimos que es eso lo que hay que hacer —proseguí—, entonces el médico se pondrá al asunto y te lo quitará. Y, tras una breve convalecencia, volverás a ser tú mismo.

—No estaría nada mal disponer de unos cuantos años más.

—Vas a tenerlos —le dije.

El domingo siguiente, por la mañana, cogí el coche y volví a hacerle una visita: tenía preparado, para que me lo llevase, un juego de vasos de jerez, envueltos individualmente en sendas páginas del dominical del *Star-Ledger* de la semana pasada, y todos ellos metidos con calzador en una caja de zapatos. Me dijo que nunca los utilizaba, que no le hacían falta, que le apetecía que Claire y yo disfrutáramos de ellos en el campo.

Desde la muerte de mi madre, cada vez que venía a Connecticut a pasar una temporada con nosotros nos traía algo en una bolsa de papel o de la compra o en una maletita normal y corriente que llevaba a su lado durante las tres horas que tardaba en traerlo el conductor local que, por encargo nuestro, lo recogía en Elizabeth. Dejando aparte los vasos de jerez, por lo general eran regalos que les había hecho yo a mi madre y a él, o que les habíamos hecho Claire y yo, y que ahora, años más tarde, nos iba devolviendo, como si sólo se los hubiéramos dejado en préstamo, o a título de depósito. « Ahí van las servilletas ». « ¿Qué servilletas? ». « Las de Irlanda ». ¿Irlanda? Eso había sido en 1960, el año de mi beca Guggenheim. Mi mujer de entonces y yo hicimos un alto en Irlanda, de camino a casa, para darnos una vuelta por el Dublín de James Joyce. « También va un mantel », añadía « de España ». 1971. La Barcelona de Gaudí. O: « Ahí van los salvamanteles. Creo que mamá no llegó a utilizarlos ni dos veces. Los tenía como algo especial, sólo para las visitas ». « Ahí van los cuchillos para cortar carne ». Y « ahí va el jarrón » y « ahí van las jarras de café ». Al principio,

cuando yo aún me resistía, explicándole « Pero si son tuyos, son regalos que te hicimos », él replicaba, sin pasárselo siquiera por la cabeza que pudiera haber una brizna de insulto en su descarga de objetos: « Y ¿para qué diablos los quiero yo? Mira qué reloj. Un reloj precioso, regalo de alguien. Debió de costar una fortuna. ¿De qué me sirve a mí? » .

El reloj había costado unos doscientos dólares, en la Hungría de 1973. Se lo había regalado yo a mi madre: un relojito de porcelana, de un diseño floral que a ella le gustaba mucho, que compré en un anticuario de Budapest, cuando iba de regreso a casa, en primavera, tras haber estado en Praga visitando a unos amigos. Pero lo acepté sin decir nada. Poco a poco, fui recogiendo todo, sin que dejara de sorprenderme, en cada ocasión, la poca relevancia que para él tenía el valor sentimental —y material, también— de unas cosas que le habían entregado las personas a quienes él más quería, como muestra de su afecto. Resultaba extraño, me decía yo, descubrir esta laguna concreta en un hombre para quien, al mismo tiempo, las obligaciones familiares constituían una tiranía emocional; o quizá no hubiera de qué extrañarse: ¿cómo podían esos objetos, meras representaciones, llevar dentro, para él, la todopoderosa fuerza de los vínculos familiares? Cosa por cosa, lo fui recogiendo todo, como un encargado del departamento de devoluciones de unos grandes almacenes de primera clase a quien han dado instrucciones de no rechistar, pero preguntándome si lo que él pensaba, en realidad, mientras envolvía los regalos en periódicos viejos y los metía en cajas de todo tipo, era que así no tendríamos tantas posesiones suyas de que ocuparnos después del entierro. Mi padre podía ser despiadadamente realista, pero yo también podía serlo, en no poca medida, porque no en balde era su hijo.

Esta vez, en lugar de aceptar en silencio los bienes que me devolvía, le recordé que aún estaba de paso en un hotel de Nueva York y que ignoraba cuándo volvería a Connecticut, de modo que me vendría mejor que él guardara los vasos.

—Cógelos —insistió. Quiero librarme de ellos.

—Papá —le dije, mientras colocaba la caja de zapatos en la estantería donde supuse que habrían permanecido los vasos durante todos estos años—, estos vasos son la menor de tus preocupaciones.

Pero es que recorriendo la casa en busca de qué desembarazarse la próxima vez, encontrando los vasos, envolviéndolos en papel de periódico, encontrando la caja de zapatos, había logrado, por un momento, que aquel día tuviera una finalidad, había obtenido un poco de alivio para todas aquellas brutales frustraciones. Ahora, lo único que le quedaba era volver a tener miedo. De pronto, lamenté no haberlo dejado que se saliera con la suya, no haberme limitado a aceptar los malditos vasos y llevármelos al hotel. Pero yo también estaba empezando a agotarme.

—He sido así toda mi vida —dijo él, dejándose caer, con mucha pena, en su

sitio del sofá.

—Así, ¿cómo?

—Impulsivo.

No estaba yo acostumbrado a eso, semejantes autocríticas, y me quedé dudando de si aquello sería una novedad tan maravillosa. A los ochenta y seis años, con un tumor en la cabeza, era mejor que continuase llevando, a ambos lados de la brida, las anteojeras que le habían permitido seguir tirando de su carga, siempre hacia delante, toda su vida.

—Yo no me haría mala sangre por eso —le dije. No eres sólo impulsivo. También eres cauteloso y prudente. Vas de un extremo a otro. Como todo el mundo.

Pero algo lo estaba corroyendo por dentro y le impedía aceptar mi consuelo.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté.

—He regalado mis tefelines. Me deshice de ellos.

—¿Por qué?

—Estaban ahí, en un cajón.

Los tefelines son dos cajitas de cuero que contienen ciertos pasajes de la Biblia y que los judíos ortodoxos llevan atadas, una a la frente y la otra al brazo izquierdo, durante los rezos matinales de los días de culto<sup>[5]</sup>. Pero cuando mi padre era empleado de una compañía de seguros, sobrecargado de trabajo, el hecho de ser judío, para él, no tenía mucho que ver con el culto ordinario, y, como casi todos los miembros de la primera generación de padres norteamericanos de nuestro barrio, sólo ponía los pies en la sinagoga con ocasión de las fiestas mayores y, si era menester, para asistir a alguna ceremonia fúnebre. Y en casa no había en realidad ningún ritual que él observara. Desde su jubilación, sin embargo, y sobre todo en el último decenio de la vida de mi madre, ambos empezaron a asistir juntos a las ceremonias, más que nada los viernes por la noche, y aunque no llegaba tan lejos como a ponerse los tefelines por la mañana, su judaísmo se había centrado en la sinagoga y el culto y el rabino, con más claridad que en cualquier momento de mi niñez.

La sinagoga se hallaba a unos cien metros, cuesta abajo, en una pequeña bocacalle de North Broad, en una casa antigua que tenía alquilada la pequeña congregación de ancianos y lugareños, cubriendo con gran esfuerzo los costes de mantenimiento. Para sorpresa mía —y quizá porque no podían permitirse a ningún otro— el cantor ni siquiera era un judío, sino un búlgaro que trabajaba en una casa de subastas de Nueva York durante la semana y para este pequeño cónclave de judíos de Elizabeth cuando llegaba el Sabbath. Una vez concluida la ceremonia, a veces los deleitaba con canciones de *Yentl* y de *El violinista en el tejado*. A mi padre le gustaba mucho la voz profunda que poseía el búlgaro, y tenía a éste por amigo; también tenía en gran estima al alumno de la *yesibá* que se trasladaba todos los fines de semana desde Nueva York, para presidir las ceremonias: un

chico de veintitrés años a quien mi padre llamaba «rabino» con mucho respeto, dirigiéndose a él como si hubiera sido una especie de sabio.

Aunque humildes en sus manifestaciones, estas ansias de religión formal que le entraron a la vejez tenían su inspiración en algo muy alejado de la hipocresía y del decoro convencional; de hecho, la confortación que parecía derivársele de la regular asistencia a la sinagoga —la sensación de unidad que ello confería a su larga vida, y la comunión con su padre y con su madre que en el recinto sagrado, según me dijo, llegaba a sentir— hacía que su «desembarazarse» de los tefelines constituyera uno de los casos más enigmáticos en su costumbre —ya tan larga como su propia vida— de ceder, en lugar de guardarlos, los tesoros del pasado. Dado que la fe judía parecía proporcionarle, ahora, un vínculo sentimental entre el aislamiento de la vejez y esa vida de lucha, tan compartida con otras personas, que ya se le había quedado atrás para siempre, yo lo que habría imaginado es que los tefelines, en vez de provocar que se deshiciera de ellos, podían dar lugar a que descubriera, sólo con mirarlos, una parte de su fuerza como fetiches.

Pero ponerme a imaginar a aquel anciano acariciando, meditativo, esos tefelines a los que llevaba tanto tiempo sin hacer ningún caso, era un exceso de *kitsch* sentimental por mi parte, una escena como sacada de una parodia judía de *Fresas salvajes*. El modo en que mi padre se deshizo de sus tefelines pone de manifiesto una imaginación mucho más osada y misteriosa, inspirada en un símbolo mitológico personalizado, tan extravagante como de Beckett o Gógol.

—¿A quién le has dado los tefelines? —le pregunté.

—¿A quién? A nadie.

—¿Los has tirado a la basura?

—No, claro que no los he tirado a la basura.

—¿Los has entregado en la sinagoga?

Tampoco es que yo supiera qué se hacía con los tefelines cuando uno dejaba de quererlos o de necesitarlos, pero daba por supuesto que tenía que haber algún procedimiento religioso para desecharlos, bajo supervisión de la sinagoga.

—¿Conoces la YMHA? —me preguntó.

—Claro.

—Tres o cuatro veces a la semana, cuando aún podía conducir, me acercaba por allí a nadar un rato, a hacer de mirón mientras la gente jugaba a las cartas...

—¿Y?

—Bueno, pues ahí fui. A la YMHA... Llevaba los tefelines en una bolsa de papel. El vestuario estaba vacío. Los dejé en una taquilla...

El titubeo con que me reveló los detalles, el desconcierto que él mismo parecía sentir al recordar ahora el original sistema que se le había ocurrido para desembarazarse de los tefelines, me hicieron esperar un poco antes de seguir preguntándole.

—Lo que me gustaría saber —dije al fin— es por qué no acudiste al rabino y

que él los recogiera de tus manos.

Se encogió de hombros, y entonces lo comprendí: no había querido que el rabino supiera lo que tenía en mente, por miedo a lo que aquel joven de veintitrés años, a quien él tanto respetaba, pudiera pensar de un judío dispuesto a tirar por ahí sus tefelines. ¿O también en este punto me equivocaba? Bien podía ser que en ningún momento hubiera pensado en el rabino; bien podía ser que se le hubiera presentado, como una súbita revelación, el conocimiento de que en aquel lugar secreto en que los judíos permanecían desnudos, sin avergonzarse unos de otros, le era posible dejar sus tefelines para que allí descansaran, libres de todo riesgo; la noción de que el sitio donde sus tefelines no sufrirían daño alguno, donde nadie los profanaría ni los sometería a mancilla, donde incluso podía ser que les restituyeran la santidad, era entre aquellas barrigas y aquellos testículos judíos, tan familiares. Quizá lo que su acción significaba no era que le diese vergüenza comparecer ante el joven educando de rabino, quizá fuera una especie de declaración por su parte de que el vestuario de hombres de la YMHA se hallaba, con respecto al corazón del judaísmo a que él se había atendido su vida, más cerca que el despacho del rabino en la sinagoga, de modo que nada podría haber resultado más artificioso que acudir con los tefelines al rabino, ni aunque éste hubiera tenido cien años y una barba hasta los pies. Sí, el vestuario de la YMHA, donde se desnudaban, donde sudaban («schvitz», en *yiddish*), donde expandían su mal olor, donde —hombres entre hombres, sabiéndose de memoria cada rincón y cada ranura de sus cuerpos gastados y deformes— alternaban contándose chistes verdes y donde, antaño, habían cerrado sus acuerdos comerciales... Ése era su templo, y allí era donde seguían siendo judíos.

No le pregunté por qué no me los había dado a mí. No le pregunté por qué, en lugar de devolverme todas esas servilletas y todos esos manteles y salvamanteles, no me había dado los tefelines. No los habría utilizado para rezar, pero sí que los habría tratado con especial deferencia, sobre todo después de su muerte. Pero ¿cómo iba él a saber eso? Seguramente pensó que me habría mofado de él ante la mera idea de que me pasase sus tefelines... Y cuarenta años atrás habría tenido razón.

No le pregunté, porque me di cuenta de que hacerlo equivalía a volvernos a situar, ambos, en el mismo escenario cursi del que no parezco capaz de liberarme. No habría resultado fácil predecirlo, pero, en lo tocante a sus tefelines, era mi imaginación la que se precipitaba una y otra vez hacia lo más predecible y sensiblero, mientras él se sostenía en la integridad de un talento auténticamente anómalo, impulsado por el sentimiento elemental que puede prestar intensidad de rito incluso a los actos más bobalicones.

—Bueno —le dije, cuando tuve claro que ya no iba a contarme nada más—, alguno de tus amigos de la YMHA se habrá llevado una buena sorpresa al volver de la piscina. Lo habrá tomado por un milagro. Él había dejado sus zapatillas de

ducha al fondo de la taquilla y las encuentra convertidas en tefelines por arte de birlibirloque. Una prueba no sólo de la existencia de Dios, sino de su infinita munificencia...

Ni siquiera sonrió ante lo que acababa de decirle, quizá porque no lo entendiera, quizá porque lo entendiera demasiado bien.

—No —replicó, muy serio—, la taquilla estaba vacía.

—¿Cuándo lo hiciste?

—En noviembre. Un par de días antes de que nos marcháramos a Florida.

De modo que... Lo más probable es que su idea fuera ésta: «Si muero en Florida, si no regreso... No, no, los tefelines no deben acabar en la basura».

—Luego, el 30 de noviembre cogimos el avión y nos fuimos a West Palm. Llevé mis maletas desde la recogida de equipajes a la parada de taxis. Figúrate si me encontraría bien. Y a la mañana siguiente, mi primera mañana en Florida, me desperté y esto había ocurrido mientras dormía.

Una vez más se subía la mejilla con la punta de los dedos, a ver si se le quedaba en su sitio.

—Me miro al espejo, me miro la cara y comprendo que mi vida ya nunca será la misma. Ven aquí —dijo—, vamos al dormitorio.

Lo seguí por el pasillo adelante, desde el salón, pasando junto a las fotos ampliadas de los hijos de mi hermano, tomadas unos veinticinco años atrás, cuando eran pequeños e iban de vacaciones a Fire Island. Por qué no se le había ocurrido darles los tefelines a Seth o a Jonathan era más fácil de comprender que por qué no se le había ocurrido dármelos a mí. Mis sobrinos, educados en los valores seculares, sin conocimiento del judaísmo, sólo de nombre eran judíos; mi padre —igual que mi madre— los adoraba, se preocupaba por ellos, los alababa, era muy pródigo dándoles dinero —y más consejos de los que a ellos les apetecía oír—; pero no iba a engañarse hasta el extremo de pensar que los chicos fueran a saber qué eran los tefelines, y menos aún que pudieran sentir el más leve deseo de poseerlos.

En lo que respecta a mi hermano, mi padre seguramente lo supuso tan poco receptivo como yo a un legado semejante; a mí, en cambio, me parece que a Sandy le habría causado impresión un recuerdo así, no por su significado religioso, sino en su calidad de sólida pieza de nuestro pasado, de algo que él, lo mismo que yo, recuerda haber visto durante años y años, guardado con toda pulcritud en una bolsa de terciopelo, en un cajón de la estantería del comedor, en el piso donde transcurrió nuestra niñez. Pero esto no cabía esperar que lo comprendiera nuestro padre, precisamente por ser nuestro padre. Él, como todos nosotros, lo único que comprendía era lo que comprendía; eso sí: muy extremadamente.

Se me había hecho imposible entrar en el dormitorio de mi padre sin recordar

la noche inmediatamente posterior a la muerte de mi madre —recién llegado de Londres, aquella misma tarde—, cuando dormí con él en la cama de matrimonio. Sandy y Helen se fueron a dormir a una casa que tienen en los alrededores de Englewood Cliffs, en la que seguían viviendo Seth y Jon, ya jóvenes trabajadores, pero que Sandy tenía intención de vender pronto, porque su trabajo había vuelto a situarlo en Chicago.

En mayo de 1981, a los setenta y nueve años, mi padre gozaba de una salud excelente y de un vigor impresionante, pero veinticuatro horas después de la muerte de su mujer en aquella marisquería su aspecto era tan malo como el que presentaba ahora, desfigurado por el tumor. Aquella noche que pasamos juntos, antes de irnos a la cama, le di 5 miligramos de Valium y un vaso de leche tibia para bajar la tableta. No le gustaban nada los tranquilizantes ni las pastillas para dormir y criticaba con toda vehemencia a cualquiera que confiase en unos u otras —en vez de apelar a la fuerza de voluntad, como él hacía—; pero, a partir de aquella noche, y durante varias semanas, estubo aceptando el Valium, sin rechistar, cuando yo le decía que le vendría bien para dormir (aunque luego, tal vez para apaciguarse la conciencia, solía decir que lo que había tomado era Dramamine). Hicimos turno para el cuarto de baño y luego, cada cual con su pijama, nos tendimos uno al lado del otro en la cama en que sólo dos noches antes había él dormido con mi madre, y que era la única de la casa. Tras apagar la luz, extendí el brazo y le cogí la mano, como le coge uno la mano a un niño a quien da miedo la oscuridad. Estuvo sollozando durante un par de minutos. Luego me llegó la respiración pesada e irregular de quien duerme muy profundamente, y me di la vuelta en la cama para descansar un poco yo también.

Media hora más tarde, a falta de Valium, seguía con los ojos abiertos de par en par cuando sonó el teléfono que había en la mesilla de noche de mi lado. Lo agarré rápidamente, para que no alterara el sueño de mi padre, y oí que alguien se reía a carcajadas al otro lado del hilo.

—¿Quién es? —pregunté, pero sólo me respondieron unas risotadas aún más enloquecidas. Colgué, preguntándome si habría sido una mala casualidad, alguien que se hubiera equivocado al marcar, o, por el contrario, una llamada intencionada, obra de algún demonio devorador de cadáveres que se dedicara a seguir las necrológicas de la prensa local (donde aquella misma mañana se había comunicado la muerte de mi madre) para luego llamar por la noche a la familia del difunto y divertirse un rato. Cuando, apenas transcurrido un minuto, volvió a sonar el teléfono —el reloj luminoso de la radio sólo señalaba las once y veinte—, supe que no se trataba de un inocente número equivocado. Ahí estaba otra vez la depravada risa de alguien que acaba de obtener un triunfo sobre su enemigo, el jubiloso sadismo de un vengador victorioso.

Puse a un lado el auricular, salí de la cama y corrí a la extensión del salón, para descolgar también allí antes de que el teléfono sonara por tercera vez. Así

dejé ambos aparatos hasta eso de las seis de la mañana, que fue cuando me levanté y volví al salón a colocar el auricular en su sitio, para que a mi padre no se le ocurriera preguntarme nada. Estaba en el cuarto de baño, a eso de las siete, cuando volvió a sonar. Contestó mi padre. Yo salí y le pregunté que quién había llamado a esas horas, y él me contestó: «Nadie»; pero estaba perfectamente claro lo que había ocurrido.

—¿Quién era? —insistí; y esta vez me describió la risa que acababa de oír.

—Algún majareta —dije yo, absteniéndome de mencionar las llamadas de por la noche.

—Es Wilkins —replicó él.

—Y ¿quién es Wilkins?

—El de enfrente.

—¿Cómo sabes que es él?

—Lo sé, y ya está.

—¿Qué tiene contra ti? —le pregunté.

—Es un perro fascista. De los que odian de verdad a los judíos. Vive solo. No tiene un amigo en el mundo. Sólo un chucho. Lo único que le gusta es el pistolero Reagan y la muñeca Nancy y ese asqueroso perro. Nos llena la lavandería de pegatinas del pistolero Reagan. *Nuestra* lavandería. No pregunta: se viene para acá y las pone.

—Y tú le dijiste que no las pusiera.

—Las veo y, claro, le digo que no las ponga. Y al día siguiente pone más. Cuando las vi, las arranqué todas. Lo llamé por teléfono. Le dije que la lavandería no estaba para eso. Estaba para que la gente lavara su ropa en paz, y no para hacer propaganda política.

—¿Qué más le dijiste?

—Le dije lo que pensaba del pistolero Reagan. Le dije, por si no se había enterado, lo que habían tenido que sufrir los judíos durante estos últimos dos mil años.

—¿Estás seguro de que es él?

—Es Wilkins, sin duda alguna. Se va a enterar —dijo, casi para sí mismo—. Se va a enterar el muy hijo de puta.

—No te molestes, papá. Por lo que dices, ya está pagándolo. ¿Tú sabes qué castigo es para un hombre el hecho de reírse del padecimiento ajeno? Olvídalo. Y empieza a arreglarte, que tenemos un día enorme por delante.

Enterramos a mi madre a las doce del mediodía, mi padre empezó a vaciar el armario del dormitorio y la cómoda a eso de la una, y a las diez y media ya estábamos de regreso en la cama de matrimonio. Y a las once y media, mientras mi padre dormía y yo tampoco esta vez conseguía pegar un ojo, dándole vueltas a qué iba a ser de él y queriendo imaginar dónde podía estar mi madre, volvió a sonar el teléfono. Las carcajadas se pusieron en marcha nada más descolgar.

Permanecí largo rato escuchándolas, con el auricular pegado al oído. Y luego, sin que el hombre hubiera dejado de reír ni colgado el teléfono, dije con mucha suavidad apantando el auricular con la mano, para no despertar a mi padre:

—Wilkins: si vuelves a hacer esto una sola vez más, una sola, me voy a plantar delante de tu puerta con un hacha en la mano. Tengo un hacha muy grande, Wilkins, y sé dónde vives. Te echaré la puerta abajo con el hacha y me meteré en tu casa y te partiré en dos como si fueras un tronco para leña. ¿Tienes un perro, por casualidad? Pues voy a hacer salchichas con él. Lo único que necesito es el hacha. Luego te meteré las salchichas por el culo arriba y por la garganta abajo, hasta que tu persona se confunda con la del chuchó. Llama a mi padre una sola vez más, de día o de noche, *una sola vez*, y cuando haya terminado contigo, loco asqueroso, psicópata necrófago, majareta de mierda, cuando haya acabado contigo...

Mi corazón bombeaba sangre como para diez cuerpos como el mío, y tenía el pijama empapado de un sudor como de quien ha pasado una noche entera con malaria; y, al otro lado, la línea estaba muerta.

En el dormitorio —cuyos muebles de caoba ya no resplandecían de puro limpios, como cuando era mi madre quien se ocupaba de la casa, y en cuya superficie, ahora cubierta de polvo, se podía escribir con el dedo—, mi padre me enseñó, en el centro del cajón alto de la cómoda, la pequeña caja metálica donde guardaba su testamento, su póliza de seguros y sus libretas de ahorro.

—Todos mis papeles —dijo. Y aquí tienes la llave de la caja de seguridad que tengo en el banco.

—De acuerdo —dije.

—Hice lo que me dijiste —prosiguió. He puesto a Sandy en todas mis cuentas de ahorro.

Sacó las libretas —tenía cuatro— y me mostró el sitio en que ahora aparecía el nombre de mi hermano, debajo del suyo, como titular conjunto de la cuenta. Hojeando las libretas, comprobé que sus ahorros ascendían a unos cincuenta mil dólares; los certificados de depósito y los bonos municipales sumaban otros treinta mil. Todo ello sería para mi hermano.

—Los diez mil dólares de la póliza de seguros son para ti —dijo. No se me ha olvidado lo que me dijiste, pero eso tenía que hacerlo. No iba a dejarte sin nada.

—Muy bien —dije.

En cierta ocasión, estando yo en su casa de Florida, de visita, dos o tres años después de la muerte de mi madre, surgió en la conversación el tema de su testamento, y le pedí que le dejara todo su dinero a Sandy, para que él lo repartiese con sus dos hijos como mejor le pareciera. Le dije que a mí no me hacía falta el dinero y que para Seth y Jonathan, en cambio, podía ser de vital

importancia lo que les tocara, tanto si era la mitad como si era un tercio del total. Lo dije de veras, y lo confirmé en una carta que más tarde le envié a mi padre, y no había vuelto a pensar en el asunto.

Pero, ahora que su muerte ya no era una posibilidad remota, ni mucho menos, oírle decir que había seguido adelante y que, apoyándose en mi propia petición, prácticamente me había eliminado de su herencia, había provocado en mí una reacción inesperada: me sentí repudiado, y el hecho de que mi eliminación del testamento fuera consecuencia de una decisión mía no contribuía en nada a suprimirme la sensación de haber sido apartado de su seno. Mi gesto había sido muy generoso, aunque supongo que también podía enmarcarse en las afirmaciones de igualdad y confianza en mí mismo que llevaba haciéndole a mi padre desde la más temprana adolescencia. También había que admitir que fue un intento mío de situarme en un plano moral superior con respecto al resto de la familia, de definirme, a los cincuenta años cumplidos –igual que llevaba haciendo desde mis tiempos del *college* y de posgrado y de joven escritor–, como un hijo para quien las consideraciones materiales no representaban gran cosa... Y ahora me sentía machacado por haberlo hecho: ingenuo, tonto y machacado.

Para mi propia consternación, ahí, junto a mi padre y su última voluntad y testamento, me di cuenta de que quería mi parte de aquel excedente financiero que, contra todo pronóstico, había ido acumulando ese personaje firme y contumaz que tenía por padre. Quería el dinero porque era suyo y yo era su hijo, y tenía derecho a mi parte, y lo quería porque era, si no un auténtico trozo de su trabajador pellejo, sí algo parecido a la representación física de todo lo que había superado o de todas las cosas a las que había sobrevivido. Era lo que tenía que darme, era lo que había querido darme, era lo que me correspondía por costumbre y tradición, y ¿por qué diablos no me callé la boca y dejé que las cosas siguieran su curso natural?

¿No creía merecerlo? ¿Consideraba que mi hermano y sus hijos eran más dignos herederos que yo, quizá porque mi hermano, por haberle dado nietos, poseía más legitimidad, en cuanto heredero de un padre, que el hijo sin descendencia? ¿Era yo un hermano menor que de pronto se había vuelto incapaz de reivindicar sus derechos contra la primogenitura de quien llegó antes que él? ¿O, por el contrario, era yo un hermano menor convencido de que ya le había usurpado bastantes prerrogativas al primogénito? ¿De dónde había salido ese impulso de renunciar a mis derechos hereditarios, y cómo era que se había impuesto con tanta facilidad a las expectativas que, ahora me daba cuenta, a última hora, un hijo está *autorizado* a tener?

Pero yo me había pasado lo mismo varias veces en mi vida: me había negado a que lo convencional regulase mi conducta, para luego enterarme, cuando ya había seguido mi propio camino, de que mis ideas fundamentales eran

a veces más convencionales que mi sentido del imperativo moral inquebrantable.

Aquella tarde dimos un paseo, durante el cual conduje a mi padre, muy lentamente, hasta hacerle dar dos vueltas a la manzana, pero no fui capaz de decirle —a pesar de lo mucho que me apetecía hacerlo y de lo bien que me habría venido el baño de humildad inherente al reconocimiento de mi error— que me habría parecido muy bien que me reasignara la parte de sus bienes que en principio me tuviera atribuida en su testamento. Primero, porque ya hacía muchos años que mi hermano, cuando tuvo que dar su firma para hacerse titular indistinto de las cuentas de ahorro de mi padre, se había enterado de los cambios, y no valía la pena, por treinta o cuarenta mil dólares, poner las bases para que se produjera una riña familiar o la erupción de sentimientos emponzoñados que, lamentablemente, suele asociarse a los retoques de última hora en el reparto de una herencia. Y estaba también mi orgullo: la soberbia, si ustedes prefieren llamarlo así. En pocas palabras: por algo no muy distinto de lo que seguramente contribuyó a que le pidiese que les dejara la herencia a los demás, ahora me resultaba imposible desdecerme.

Hasta ahí llega lo de aprender de los propios errores. «Vamos a dejarlo», me dije. «Casi vale la pena el precio que pago por saborear, una vez más, mi propio estilo automático de alta estupidez».

Ya era demasiado tarde —o, para mí, demasiado complicado— para reivindicar mi parte original del dinero, pero tenía muy claro qué era lo que quería a cambio. Y, no obstante, enseguida descubrí que no me resultaba posible pedir *eso*. No directamente, al menos. Irreductible independencia, la mía. Hasta el final. ¡El hijo en perpetua persecución de su autonomía! *No necesito nada*.

—Oye, ¿y el cuenco de afeitar del abuelo? —le dije. Lo he estado buscando por el cuarto de baño. ¿Dónde estaba su barbería? ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. En la calle Bank Más abajo de Wallace Place, donde estaba el Hospital Alemán, en la esquina de la plaza Wallace y la calle Bank Había una barbería en la calle Bank. Era allí donde íbamos cuando yo era pequeño. Me cortaban el pelo mientras mi padre se afeitaba. El cuenco lleva grabado «S. Roth» y otra cosa, como se llame, la fecha. Se lo guardaban en la barbería.

—¿Cómo llegó a tus manos?

—¿Cómo llegó a mis manos? Es una buena pregunta. A ver si me acuerdo. No creo que lo cogiera yo de la barbería. No. No fui yo. Se lo cogí a mi hermano Ed. Sí. Cuando nos mudamos de la calle Rutgers, mi padre se lo llevó consigo a la calle Hunterdon y lo depositó en la barbería de la Avenida Johnson y la Avenida Avon, de donde se lo llevó Ed cuando murió papá; y yo se lo cogí a él. Creo que es lo único que me han dejado nunca en herencia. Y ni siquiera me lo había dejado a mí. Lo cogí yo.

—Querías tenerlo.

—Quería tenerlo, sí —me dijo, riéndose—: desde pequeño quería tenerlo.

—¿Quieres que te diga una cosa? A mí me pasa lo mismo.

Me sonrió con la mitad de la boca que aún podía mover.

—¿Te acuerdas —me preguntó—, cuando mamá y yo fuimos a veros a Roma, que me llevaste a que me afeitaran?

—Exacto. En la Via Giulia, en una barbería muy pequeñita. Puede que para mí ese momento fuera lo mejor de todo el año —dije, recordando las batallas maritales que se desencadenaban a diario en el pequeño apartamento, casi esquina a Via Giulia, en Via di Sant' Eligio, que desdichadamente compartí con una desdichada esposa, cuando ambos vivíamos en Italia con los tres mil doscientos dólares de mi Guggenheim.

—Bajaba a la calle a afeitarme, por las tardes, cuando terminaba de escribir. Era mi gran lujo. El barbero se llamaba Guglielmo. Se pasaba todo el rato hablando de Caryl Chessman, no quería ninguna otra conversación. Estaba muy orgulloso de su inglés. Cada vez que entraba yo, «Feliz cumpleaños, Maestro, cuatro de julio». Toallas calientes, una gran brocha de afeitar, navaja barbera, y luego me dejaba tonto a bofetadas para aplicarme la loción de hamamélide. Todo por el equivalente de sesenta centavos de dólar. En 1960 —dije. Por aquel entonces tú tendrías un par de años más de los que yo tengo ahora.

—Yo era con Bill Eisenstadt, en paz descanse, con quien me afeitaba. ¿Te acuerdas de Bill?

—Claro que sí: Bill y Lil y su hijo Howie.

—La barbería de Clinton Place, a la vuelta de la esquina del instituto. Veinticinco centavos costaba. Ese Bill, se las pintaba solo para encontrar quién lo afeitara a uno en Newark por veinticinco centavos.

De la evocación de Bill Eisenstadt pasó a la de Abe Bloch y Max Feld y Sam Kaye y J. M. Cohen, todos ellos figuras varoniles totémicas de mi primera niñez, que trabajaban con él en la compañía de seguros Metropolitan, que venían a casa los viernes por la noche y se instalaban en la cocina a jugar al pinnacle; compañeros, con sus mujeres e hijos, de las excursiones del Memorial Day, cuando íbamos a la reserva de South Mountain... Los veteranos de infantería con quienes mi padre hacía la recolecta, puerta por puerta, entre la ignorante gente de color de Newark volvía con la ropa oliendo a cocina barata.

—Había familias de color —me contó ahora— que seguían pagando las primas veinte y treinta años después de la muerte del asegurado. Tres centavos a la semana. Eso era lo que nosotros recaudábamos.

—¿Cómo era que seguían pagando?

—Porque no le habían dicho nada al agente. Se moría alguien, y ellos no lo contaban. Se les presentaba en casa el empleado de la compañía de seguros, y ellos pagaban.

—Sorprendente —dije yo, aunque no era, ni por asomo, la primera vez que

me contaba esas historias de las noches espeluznantes en que iba por ahí cobrándoles, cuatro perras a los pobres más pobres de Newark, historias de sus treinta y ocho años en la Metropolitan, con Bill, con Abe, con Sam y con J. M. Cohen, quienes, según me había recordado él en repetidas ocasiones, llevaban todos muchos años muertos.

Y de los pocos amigos vivos tampoco había mucho bueno que contar.

—Louie Chesler está en el hospital, orinando sangre. Ida Singer se ha quedado prácticamente ciega. Milton Singer no puede andar: está en una silla de ruedas. Turro, ¿te acuerdas de Dick Turro?, el pobre hombre tiene cáncer. Bill Weber ni siquiera me reconoce cuando lo llamo por teléfono. «¿Herman? ¿Qué Herman? No conozco ningún Herman». Ahora vive con Frankie, pero Frankie dice que lo van a tener que meter en un asilo.

Así conseguía no concentrarse enteramente en el tumor, hablando de los viejos muertos y moribundos y de unos cuantos amigos a quienes más les habría valido estar muertos.

Al día siguiente volví en coche a Elizabeth para recoger a mi padre y llevarlo a Newark al University Hospital de la Avenida Springfield. Tenía cita con el doctor Meyerson, neurocirujano, para tratar de la operación. Lil y mi padre entraron en inmediato desacuerdo cuando les pregunté cuál era el mejor camino para llegar a la consulta de Meyerson. Resultó que Lil se estaba refiriendo al mejor camino para llegar a la consulta que Meyerson tenía en Millburn, adonde había acompañado a mi padre la primera vez, y él explicaba cómo llegar a la consulta de Meyerson en el hospital, que era donde tenía esta segunda cita, de lo cual Lil no estaba al corriente. Una vez resuelto el malentendido, mi padre se las apañó para mantener viva la discusión durante un buen rato más, mientras íbamos en el coche.

No se tranquilizó hasta que no dejé la Avenida Elizabeth para dirigirme a la calle Bergen, y empezamos a recorrer las calles más desoladas de la zona negra de Newark. Lo que en mi niñez había sido un barrio comercial casi todo él judío, de clase media baja y lleno de vida, ahora estaba casi enteramente derruido o cegado con tablonés o echado abajo de mala manera. Los únicos seres vivos a la vista parecían ser desempleados negros —o, en todo caso, negros congregados en las esquinas, sin nada mejor que hacer, en apariencia. No era un panorama como para aliviarles la congoja a tres personas que acudían a la consulta de un neurocirujano; y, sin embargo, durante el resto del camino mi padre no se volvió a acordar del encuentro que lo aguardaba, sino que se puso a recordar, a su modo, como por casualidad, quién vivía dónde cuando él era un muchacho, durante la primera guerra mundial, cuando en estas mismas calles los inmigrantes judíos hacían lo que podían para sobrevivir y prosperar.

—Ahí vivía el señor Tibor. Era húngaro, supongo. Me hizo un traje de

cumpleaños y le salieron cortos los pantalones. Y no pude asistir a mi graduación.

—¿Porque te quedaban cortos los pantalones?

—Era un traje que no valía para nada. Ahí es donde vivía la familia de Al Schorr. Dios mío, todavía está en pie. ¿Te acuerdas de Al?

—Claro. ¿Cómo iba a olvidarme de Al, con la voz que tenía?

—Sí, bueno, toda su vida tuvo esa voz resquebrajada. Así, rasposa y profunda. Ya la tenía de pequeño. A Al lo expulsaron de su clase. De modo que se vino a la mía y lo nombré tesorero. El presidente era yo. El día de la graduación nos sobraba un poco de dinero, así que nos fuimos al centro a gastarlo.

—Ya —dije yo. Dinero que sobraba.

Cuando se metían en un banco, con máscaras y pistolas, eso era lo que le decían al cajero: «Perdone, ¿tiene usted algún dinero que le sobre?».

Mis palabras tuvieron el efecto de añadir algo así como un milivatio de luz a su congoja.

—Bueno —dijo—, lo cierto es que Al era un gran chico. No lo hizo a punta de pistola. Lo hizo riéndose. Todo lo hacía riéndose. Trabajó conmigo hasta que tuvimos que despedirlo. Lo metí en los seguros. Todos los trabajos que tuvo Al, fui yo quien se los conseguí. Pero tenía los dedos muy largos. Y un día me dijo: «Oye, que me andan detrás, Herman, que me anda detrás la policía». Y yo le contesté: «Mira, toma cinco dólares y vete a los baños de vapor de Nueva York». Y le di cinco dólares y se fue a Nueva York. Y al volver le repuso el dinero a la compañía y yo le encontré trabajo donde Louie Chesler. Vendía. Se lo advertí, que si se le ocurría robarle a Louie, le pegaba un tiro. Trabajó para los Shuberts de Newark. En el cine. La gente partía las entradas en dos y las tiraba al suelo, y él las recogía y las juntaba y las metía en una caja y se quedaba con el dinero. Tuvo que pagar su madre. No sé, dos o tres mil dólares. Su profesora lo echó de la clase, fue así como nos hicimos amigos. El primer día, en octavo, se quedó mirando el aula... ¿Sabes lo que es una *pishka*? —me preguntó de pronto, cortando el relato.

—Claro que lo sé: un cepillo de colecta. ¿De dónde te crees que vengo, de Montana?

—Bueno, pues se quedó mirando a todo el mundo y le dijo a la profesora, con su voz de tinaja: «Si pintan esta aula, echo diez centavos en la *pishka*». Y la profesora no sabía lo que quería decir *pishka* y lo expulsó de clase. Y se vino a la mía, y yo supe apreciarlo y lo hice tesorero. El presidente era yo. El colegio de la Décima Tercera Avenida. Dios mío, ahí está mi colegio.

Meyerson, que, según me había asegurado David Krohn, estaba entre los mejores neurocirujanos de Jersey, era un hombre corriente y moliente, rellenito, de cuarenta y pocos años, amable y extremadamente amistoso, así, por las

buenas, sin que nada lo obligara a ello. Una vez instalados ante su mesa de despacho, miró hacia donde yo estaba sentado y quiso saber qué preguntas tenía. Yo señalé a mi padre, que estaba muy cabizbajo, situado entre Lil —a quien el médico había llamado «señora Roth»— y la enfermera jefe de Meyerson, que, según se nos explicó, era costumbre que asistiera a las consultas preoperatorias.

—Es mi padre quien tiene preguntas —dije yo. Adelante, papá, pregúntale al doctor Meyerson todo lo que quieras saber.

Le había dicho que apuntara en un papel todas las preguntas sobre la operación que me había estado haciendo en los últimos días. Y, en efecto, las traía escritas a lápiz, con esa letra suya, de indígena primitivo, sin gracia alguna, poniendo casi todos los sustantivos con mayúsculas y sin acertar a escribir correctamente más allá de un par de palabras. Cuando me la enseñó, antes de salir de casa, yo pensé: «Esta lista es para mí. Me conformo con esta lista y el cuenco de afeitarse».

Mi padre se sacó del bolsillo el trozo de papel rayado y se lo colocó en el regazo para desdoblarlo.

—Primera —dijo. ¿Cuál es el procedimiento?— miró a Meyerson. Y usted disimule mi ignorancia, doctor.

Meyerson alargó el brazo hacia atrás y, de una estantería con media docena de textos médicos, colocados de cualquier manera en un extremo, cogió una pequeña maqueta de plástico en que se representaban el cráneo y el cerebro. Sosteniéndola en la mano y señalando con un lapicero, nos explicó dónde estaba localizado el tumor y por dónde presionaba el cerebro. Nos mostró, en la pared posterior del cráneo, por dónde podía meterse para extirpar el tumor.

—Lo único que haremos será levantar un poco el cerebro, por aquí, y retirar lo que le ha crecido debajo.

La idea de que le «levantaran» el cerebro a mi padre me dejó estupefacto. No se me había ocurrido que pudiera hacerse eso con un cerebro sin provocar un desastre. Y seguía sin creérmelo.

—¿Qué utilizan para meterse?—preguntó mi padre. ¿General Electric o Black and Decker?

Tenía tal pinta de anciano y se le veía tan derrotado, que me sorprendió aquella aparente muestra de mordacidad y de valentía objetiva.

La respuesta del médico dio prueba de su tranquila objetividad.

—Hay compañías especializadas en utensilios de quirófano.

Mi padre prosiguió con las preguntas que traía preparadas:

—Segunda. ¿Volverá a crecer?

—Puede acabar creciendo otra vez —dijo Meyerson; y ahora le tocó a él ejercer una suave ironía mordaz. Nada nos garantiza que no tengamos que repetir la operación dentro de diez o quince años.

Mi padre recibió la observación con parecido sarcasmo, inclinando una vez la

cabeza, muy despacio.

—Tercera —dijo, volviendo a su lista. ¿Será muy doloroso?

—No, no será muy doloroso —le dijo Meyerson. Se sentirá usted muy mal después de la operación. Tendrá mucha fiebre. Quedará muy débil.

La enfermera de Meyerson, una mujer de mediana edad, delgada y vivaracha, vestida de calle, no menos agradable y simpática que su jefe, apoyó su mano en la de mi padre y le dijo:

—Trataremos de que pueda usted incorporarse y sentarse en cinco o seis días.

En respuesta, mi padre se limitó a farfullar: « ¡Caray! ». Cinco o seis días sin poder separar la espalda de la cama le daban una clara visión del panorama, por sí no la tenía ya.

No se detuvo, sin embargo, sino que procedió a plantear la cuarta pregunta:

—¿Cuánto dura la operación?

—Entre ocho y diez horas —le contestó Meyerson.

Logró encajarlo sin pestañear, bastante mejor que yo. Ocho o diez horas, luego cinco o seis días, y ¿cómo quedaría después? Tras una niñez pobre y una formación limitada, tras el fracaso de la zapatería y del negocio de productos congelados, tras toda la lucha por alcanzar un puesto de dirección contra la cuota de judíos establecida en la Metropolitan, tras la muerte prematura de tantos seres queridos —los hermanos Morris, Charlie y Milton, en los veinte y los treinta, su sobrina Jeanette y su sobrino David, ambos muy jóvenes, y su cuñada Ethel, a quien tanto quería, en los cuarenta—, tras todos los temporales que había capeado sin amargura y sin venirse abajo ni desesperarse, ¿no era demasiado pedirle que se sometiese a ocho o diez horas de neurocirugía? ¿Es que no hay límite?

La respuesta era sí, absolutamente sí, sí elevado a la milésima potencia: era demasiado pedirle. A la pregunta « ¿Es que no hay límite? », la respuesta es sí.

—La mayor parte del tiempo de quirófano —explicó Meyerson— se invierte en entrar por el cráneo. Luego, todo depende del tipo de tumor que encontremos. En esta zona, el noventa y cinco o noventa y ocho por ciento de los tumores son benignos. En general, no hay mucha sangre. Si la hay, por la naturaleza del tumor, las cosas pueden ir un poco más despacio.

Y pasó a la siguiente, mi estoico padre, a quien yo nunca antes había admirado tanto:

—Quinta. ¿Tendré que aprender a andar de nuevo?

—Sí —dijo Meyerson. Y yo, que ya creía haber captado el panorama, me di cuenta de que ni por lo más remoto había comprendido aún todo lo horrible que era. Sí, probablemente tendrá usted que aprender a andar de nuevo.

Todavía quedaban cinco preguntas en el papel, pero ya hasta mi padre había oído lo suficiente. Metiéndose la lista en el bolsillo, miró directamente al doctor Meyerson y le dijo:

—Estoy en apuros.

—Sí que lo está —admitió Meyerson.

Esta vez atravesamos las ruinas de Newark en silencio. Mi padre no tenía nada más que preguntar, se le habían acabado los recuerdos de la niñez, ni siquiera se le pasaba por la cabeza seguir perfeccionando a Lil: lo único que nos quedaba por pensar a todos, una y otra vez, era el final del diálogo en la consulta de Meyerson. Éste se había manifestado de acuerdo en que a continuación recabáramos una segunda opinión neurológica, pero, dando por supuesto, como hacía él, que el siguiente especialista confirmara su diagnóstico y nosotros decidiéramos seguir adelante con la operación en el University Hospital, nos aconsejó que no lo dejáramos para después y que fijáramos ya una fecha provisional para la intervención quirúrgica en el primer hueco que tuviera en su agenda. Resultó ser el aniversario de la muerte de mi madre, siete años atrás.

Una vez en casa, Lil se metió en la minicocina a preparar sopa Campbell para el almuerzo. Mi padre fue tras ella, en busca de los platos para poner la mesa, y yo me quedé sentado en el salón, tratando de figurarme el modo en que Meyerson levantaría el cerebro de mi padre sin dañarlo. «Tiene que haber maneras», pensé. Aparentemente, Lil estaba utilizando el abrelatas manual atornillado a la pared junto al fregadero, porque oí que mi padre le decía:

—Agarra la lata por la parte de abajo. No estás agarrándola por la parte de abajo.

—Sé abrir una lata de sopa yo sola —dijo ella.

—Pues no la estás sujetando bien.

—Déjame, Herman. Sí la estoy sujetando bien.

—¿Por qué no puedes hacer lo que te pido en el momento en que te lo pido? No la estás sujetando bien. Sostenla por la parte de abajo.

Y yo, en la otra habitación, hice todo lo que pude por no gritar: «Estás al borde de la catástrofe, idiota, ¡déjala que agarre la lata como le dé la puñetera gana!». Aunque también me estaba diciendo: «Por supuesto. Cómo abrir una lata de sopa. ¿En qué otra cosa puede uno pensar en este momento? ¿Qué otra cosa importa? Eso es lo que lo ha mantenido en marcha durante ochenta y seis años y lo seguirá manteniendo, si algo puede seguir manteniéndolo, a partir de ahora. Sujétala por la parte de abajo, Lil. Mi padre sabe lo que dice».

Pero fuerza es reconocer que se excedió considerablemente en lo tocante al modo en que Lil calentaba la sopa —o dejaba de calentarla. Tras haber colocado tres platos encima de la mesa, volvió a la pequeña cocina y se quedó al lado de Lil, vigilando la cacerola. Ella decía que la sopa aún no estaba caliente y él se empeñaba en que tenía que estarlo, porque no se tarda tantísimo en calentar una lata de sopa vegetal. Este intercambio de opiniones se repitió por cuatro veces, hasta que a mi padre se le acabó la paciencia —si es ésa la palabra— y agarró la

cazuela, la quitó del fuego y, dejando a Lil con las manos vacías, fue al comedor y sirvió la sopa en los tazones, en los salvamanteles y en la propia mesa.

Puede que su mala vista le impidiera ver el desastre que había organizado.

La sopa estaba fría. Nadie lo dijo. Él, seguramente, ni se dio cuenta.

Cuando íbamos más o menos por la mitad del silencioso almuerzo, mi padre dijo, como quien no quiere la cosa:

—Éste es el último capítulo —pero siguió llevándose cucharadas de sopa a la torcida boca, hasta vaciar su tazón; y, a juzgar por su camisa, cualquiera habría dicho que había estado usando sopa para pintar algo.

Cuando ya me marchaba, de vuelta a Nueva York, se metió en el dormitorio y volvió con un pequeño paquete para mí. Había forzado salvajemente un par de bolsas de papel marrón para acomodar el contenido, y luego las había juntado con trozos de celo de diverso largo, casi todos los cuales se habían retorcido y parecían espirales de ADN. El envoltorio era típico de su modo de hacer, y también reconocí su escritura: había escrito, con rotulador grueso y letras mayúsculas, en el primer pliegue del envoltorio: « De un Padre para un Hijo » .

—Toma —me dijo. Llévate esto a casa.

Abajo, en el coche, abrí el paquete y encontré el cuenco de afeitar de mi abuelo.

## TENGO QUE EMPEZAR A VIVIR OTRA VEZ

Aquella misma tarde, desde el hotel, llamé a Londres para hablar con Claire, y a Chicago para hablar con mi hermano; a ambos les referí lo ocurrido en la consulta de Meyerson, les comuniqué la fecha provisional de la operación y mencioné el proyecto de recabar una segunda opinión. Pero luego, por la noche, salí a cenar yo solo, pedí un plato de pasta y no pude comérmelo; y mientras veía un partido de los Mets como si el béisbol estuviera al alcance de mi comprensión, me di cuenta de que me daba miedo meterme en la cama a dormir sin hablar antes con alguien que me consolara, aunque sólo fuera mediante su presencia al otro lado del hilo.

Llamé a mi amiga Joanna Clark, suponiendo que aún estaría despierta. Joanna, polaca de nacimiento, se casó con un norteamericano, se vino a Princeton a vivir, sucumbió a la bebida, se divorció, se vino abajo, se recuperó y seguramente es, entre todos mis amigos, la que más tormentas ha tenido que capear a lo largo de su vida. También tenía gracia cuando hablaba de ella y de mí: «Te contamina con el humo, te chorreo encima un montón de historias con incidentes turbios, hago chistes locos en mi mal inglés, y tú lo único que quieres es un poco de conversación europea oriental. Bueno, pues aquí no se regala nada. Hay polacos que están como cabras, y entre ellos estoy yo. Una loca inofensiva, espero». Muy a principios de la guerra, en septiembre de 1939, su padre murió bajo el fuego de la artillería alemana. «No me queda nada de mi padre en la memoria», me dijo una noche en que me dejé caer por Princeton a la hora de cenar. Iba siguiendo mi trayecto habitual de Filadelfia —en cuya Universidad de Pennsylvania daba clases— a Nueva York. En aquellos años, lo normal era que

Joanna estuviera ya medio trompa cuando me recogía de la estación, y su parloteo mientras conducía –sobre Gombrowicz, sobre Witkiewicz, sobre Schulz, sobre Konwicki– resultaba alarmantemente mitómano, brillantemente excéntrico, terroríficamente informativo y, para mí, nada seductor. No obstante, sobre su padre sí se expresó de un modo más sobrio y seco, mientras recorríamos la distancia que nos separaba de Princeton:

—Cayó en las trincheras. Defendiendo Varsovia. De hecho, fue su teniente, un judío, quien lo llevó. Estaba en una trinchera y le tocó la china. No murió en el momento. Murió de la herida, en el hospital.

—¿Qué edad tenía?

—Muy joven. Treinta y siete años.

—Y tú no te acuerdas de él para nada.

—Era un bebé. No, no me acuerdo de él. Sólo sé lo que me han contado.

Busqué su número y la llamé, más o menos a la misma hora en que, antaño, solía recibir sus inquietantes y compulsivas llamadas, en la época en que, a pesar de que ella misma había escondido su agenda, para no ponerse de pronto a llamar gente a diestra y siniestra, contrajo aquella demencial telefonitis que por lo general va unida a la bebida y que la llevaba a ir marcando cualquier número que aún fuera capaz de recordar. Ahora, lo único que quería era que me escuchara... tener escuchándome a la Joanna rejuvenecida, valiente, sin padre, podía proporcionarme lo que fuese que necesitara en aquel momento, a las once y media de la noche, para enfrentarme a la idea de meter a mi padre de ochenta y seis años en una operación quirúrgica de diez horas, más cinco días exánime en una cama, más tres o cuatro meses de convalecencia, y todo ello sin puñetera garantía de que le sirviese de algo, aunque sólo fuera un poco.

Ochenta y seis. Ochenta y seis que se iban acercando como un toque de difuntos. Supongo que mediante la acción de llamar a Joanna estaba aceptando que hasta yo conocía la evidencia, que no se puede tener padre para siempre.

Cuando la llamé, aún estaba despierta, esperando la llamada de una de sus «pichonas» –es decir, en su jerga particular, una de las adictas en fase de recuperación que tenía a su cargo. En un programa de recuperación que se llevaba a cabo en su localidad y a cuyas reuniones asistía regularmente, Joanna se había trocado en madre suplente de cinco o seis muchachas que intentaban apartarse de las drogas. La chica que tenía que llamarla estaba desvinculándose de su novio, un verdadero inútil, que la noche antes, cuando ella le dijo que lo abandonaba, le había hecho sangre en la nariz de un puñetazo.

—Bueno —dije yo—, yo también me he visto envuelto en situaciones muy desagradables. A fin de cuentas, vengo a ser uno de tus pichones.

—¿Qué te ocurre, Philip?

—Mi padre está enfermo.

—Vaya, lo siento mucho.

—Las perspectivas son muy negras. Tiene un tumor cerebral de gran tamaño. El médico dice que debe de llevar creciendo desde hace cinco o diez años. Y que mi padre va a estar muy mal dentro de muy poco tiempo. Hay que intentar quitárselo. Y es una operación horrible.

—¿Quiere él que lo operen?

—¿Querer? No. Pero la opción es dejar que el tumor siga creciendo y aceptar las consecuencias, y podría resultar grotesco. El problema es que para un hombre de ochenta y seis años, aunque sobreviva, y el médico dice que salen adelante tres de cada cuatro casos, la recuperación será una pesadilla. Nunca volverá a ser el que era, aunque a lo mejor se acerca un poco.

—¿Se va a acercar mucho más con la operación que si le dejan la cosa ésa en la cabeza?—preguntó Joanna.

—Con la cosa ésa está condenado. Es una elección espantosa, pero no hay elección.

—Al final de la vida, siempre es así.

—Ha estado magnífico. No quiero decir que haya hecho nada extraordinario. Ha estado magnífico a su modo, con los pies en la tierra, y muy terco. Su fuerza me deja asombrado. Pero lo que alimenta esa fuerza es lo mismo que hace horripilante la situación: morir es lo último que le apetece.

—Eso hace que te caigas sentado y te echas a llorar.

—Bueno, no es que me pase el tiempo llorando. Lo que más hago es quedarme aquí encerrado en el hotel, sin hacer absolutamente nada. Luego me digo: «¿Qué estoy haciendo aquí, estando él en su casa?», y cojo el coche y me planto en Elizabeth y lo saco a dar una vuelta. Mañana va a ser el primer día que pase verdaderamente solo. Pero no me sale de dentro ir a verlo otra vez. Necesito un día de descanso.

—También él necesita estar solo de vez en cuando —dijo Joanna.

—Y eso es lo que hay —dije. Todo estado de indefensión es difícil, cuando se trata de un niño, o de un amigo, pero la indefensión de un anciano que ha sido tan vigoroso...

—Sobre todo de un padre.

—Sí. La suya ha sido una batalla tan larga —el adjetivo que me vino a continuación nunca estuvo entre los que antes de ahora habría aplicado a sus esfuerzos, por mucho que yo hubiera admirado siempre sus agallas—, tan larguísima, tan distinguida.

Lo acertado de la palabra me pilló de sorpresa.

—Lo bueno —dijo Joanna— es que tenga esa elección, que él esté involucrado en la decisión.

—La verdad es que no hay tal elección. La alternativa es inaceptable. La elección sería tirarse por la ventana.

—Y admiras eso en él, que tirarse por la ventana le resulte un acto

inaceptable.

—Lo admiro y lo envidio. El año pasado, cuando estuve hundido hasta el fondo, bien que pensé en tirarme por la ventana.

—Lo recuerdo. Yo también he tenido mis momentos estúpidos en que he pensado que ésa era la solución.

—Él no. Ni siquiera llega a fantasear con esa solución. El otro día fui a buscarlo para ir al médico juntos. Lo tuve que llevar cruzando la parte más pobre y más vieja de Newark. Se conoce cada esquina. Donde han echado abajo un edificio, él lo recuerda como era. No hay que olvidar nada. Ése es el lema de su escudo de armas. Estar vivo, para él, es estar hecho de recuerdos. Para él, quien no esté hecho de recuerdos no está hecho de nada. «¿Ves la escalinata ésa? Ahí me sentaba yo, en 1917, con Al Borak. Sí, ¿te acuerdas de Al Borak? El de la tienda de muebles. Ahí estábamos sentados el día en que Estados Unidos entró en la guerra. Era por primavera, abril o mayo, no sé muy bien. Ahí es donde tu tía abuela tenía la tienda de golosinas. Ahí es donde mi hermano Morris puso su primera zapatería. ¡No me digas que todavía está ahí!», dice. Y así sucesivamente. Pasamos por colegio, el de la Décima Tercera Avenida, donde era el preferido de la maestra. «Mi maestra me quería muchísimo. Herman, me decía». Y así sigue, mientras atravesamos la ciudad.

—Es la vida.

—Y tú que lo digas. Llega al hospital y dice: «Fue una verdadera bendición para la ciudad de Newark, cuando construyeron este hospital». O sea que no está pensando en su tumor, sino en la ciudad de Newark. Es el mismísimo bardo de Newark. Ese material de Newark, tan rico como es, no me pertenece, es cosa suya...

—Es un buen ciudadano.

—Lo llevo por ahí en coche, me siento con él, como con él, y me paso el tiempo pensando que el verdadero trabajo, el enorme e invisible trabajo en que estuvo empeñado toda su vida, el trabajo de una generación entera de judíos, fue convertirse en norteamericanos. Los mejores ciudadanos. Europa se detuvo con él.

—No del todo. No ha renunciado por completo a Europa —dijo ella. Lo que en él hay de Europa es la supervivencia. Son personas, éstas, que nunca se rendirán. Pero también son mejores que Europa. En ellos había gratitud e idealismo. Una honradez básica.

Para eso había llamado a Joanna; eso era lo que ella tenía en común con mi padre y lo que yo en ambos apreciaba: la supervivencia, la calidad de sobrevivientes, el sobrevitalismo.

—¿Te he contado alguna vez lo que ocurrió cuando lo atracaron, hace un par de años? Podrían haberlo matado.

—No. Cuéntamelo.

—Un chico negro como de catorce años se le acercó con una pistola, en una calle transversal que conduce a su pequeño templo. Era en plena tarde. Mi padre venía de la oficina del templo, de ayudarles con la correspondencia, o algo así, y se encaminaba a casa. Los chicos negros se ceban en los judíos viejos del barrio, incluso en pleno día. Vienen en bicicleta desde Newark, dice mi padre, agarran el dinero, se ríen un rato y se vuelven a casa. « Métete detrás del seto », le dice a mi padre. « No me voy a meter detrás de ningún seto », dice mi padre. « Y tampoco te hace falta el cacharro ese para conseguir lo que quieres. Aparta la pistola ». El chico baja la pistola y mi padre le da la cartera. « Coge todo el dinero », le dice, « pero si no te interesa la cartera, no me importaría que me la devolvieses ». El chico coge el dinero, le devuelve la cartera y echa a correr. Y ¿sabes lo que hace mi padre? Le grita de lado a lado de la calle: « ¿Cuánto has sacado en limpio? ». El chico lo obedece y se pone a contar. « Veintitrés dólares », dice. « Muy bien », le contesta mi padre, « pues a ver si no te lo gastas en marranadas ».

Joanna se rió.

—Bueno. No tiene la culpa, tu padre. Por supuesto que lo trata como a un hijo. Sabe que los judíos de Bialystok no son responsables del tráfico de esclavos de Nueva Inglaterra.

—Es eso, sí, y algo más. Mi padre no experimenta la impotencia del modo habitual.

—Sí, no la percibe —dijo ella. No se entrega a ella. Para ello se necesita una tremenda falta de sensibilidad, pero también mucho coraje.

—Sí, no todo lo relativo a la supervivencia es bonito. Le sacó muchísimo partido al hecho de no reconocer las diferencias entre la gente. Me he pasado la vida entera tratando de explicarle que las personas son distintas entre sí. Mi madre lo entendía de un modo que no estaba al alcance de mi padre. No podía. Eso era lo que yo deseaba que tuviese, un poco de la paciencia de mi madre, un poco de su tolerancia, el simple reconocimiento de que no todo el mundo es igual y de que la diferencia es legítima. Pero a él no se le metía en la cabeza. Todo el mundo tenía que trabajar lo mismo, querer lo mismo, cumplir con su deber de la misma manera, y todo el que lo hiciese de otro modo era automáticamente un *meshugge*, un loco.

—Sé muy bien lo que quiere decir *meshugge*, Philip, por muy polaca que sea.

—Por supuesto que no es él el primero en pensar así. Pero él tiene un estilo particular, judío, de insistir en sus nociones absolutamente totalizadoras de lo bueno y lo malo, y de pequeño la verdad es que me deprimía. Todo el mundo tenía que hacerlo todo del mismo modo. El modo en que él hace las cosas.

—Bueno, tú también eres bastante implacable, Philip. Lo llevas dentro, también, una cierta implacabilidad, que te viene de él. Tú tampoco te andas a veces con muchos miramientos cuando piensas que tienes razón.

—Eso dice Claire.

—A tu padre lo has perdonado. Le has perdonado la implacabilidad y la falla de tacto, el ansia de hacer encajar a todo el mundo en el mismo molde. Todos los hijos pagan un precio, y el perdón implica que perdones también el precio que pagaste. Hablas de él de un modo muy reconciliado.

—Eso espero, la verdad. Desde que murió mi madre, me he acercado mucho a él. Habría sido mucho más fácil al revés.

—No lo creas. La muerte de uno de los padres es siempre algo horrible. Cuando murió mi madre —dijo ella—, no esperaba sentirme como me sentí. La mitad de tu vida, o más, se va. Te sientes más pobre, sabes: una persona que me ha conocido todos estos años...

—Hoy estuve con él y con el neurocirujano, considerado el mejor de Nueva Jersey, un tipo de cuarenta o cuarenta y cinco años, muy amable, un chico judío, un poco abotargado, simpático, de los que sacan muy buenas notas pero no se les da bien el deporte. Nada más mirarlo, excluyes toda posibilidad de que sea él quien trinche el pavo del día de Acción de Gracias, si lo invitas a tu casa.

Le conté que el médico me había preguntado si tenía alguna pregunta y que yo le había contestado que era mi padre quien tenía las preguntas, y el modo en que mi padre fue leyendo su cuestionario, y el modo en que el médico le mostró, en una maqueta del cerebro, la cosa tan demencial que pensaba hacerle.

—Va a abrirle la cabeza, levantarle el cerebro y cortar por dentro del cráneo con un láser, con un haz luminoso. Y yo pensé: «Ya sé de dónde procede la debilidad de la gente, todos lo sabemos, pero ¿dónde se halla el origen de la fuerza? ¿De dónde les viene la fuerza a dos hombres que se enfrentan de tal modo a esta situación?».

—De la autoestima —dijo ella. Tienen un buen concepto de sí mismos.

—¿Es eso? No sé. Estoy seguro de que es todo muy elemental, pero esta noche no logro salir de ahí. El arte surrealista no hace ninguna falta, sabes. Esto sí que es surrealismo, para mí. Esos dos hombres, sentados el uno frente al otro, enfrentados a lo que estaban enfrentándose.

—Y ¿dónde está Claire?

—En Londres. En casa. Se lleva un disgusto cada vez que la llamo. Dice que quiere venir para echar una mano, pero le pido que se quede donde está y que haga lo que tiene que hacer allí. En cierto modo, es mejor estar solo, andar por ahí rumiando mis males, en vez de tenerla a ella aquí, arrastrándose a mi lado. Lo único, al volver de mis visitas a mi padre, sería llegar al hotel y quedarme mirándola. Para eso, mejor me miro a mí mismo. Es mejor estar concentrado en lo que hay que hacer. Aunque tanta concentración tampoco es algo maravilloso. No puedo leer, Dios sabe que no puedo escribir una línea, no puedo ni ver un estúpido partido de béisbol. Soy del todo incapaz de pensar. No puedo hacer nada.

—No tienes por qué hacer nada. Eso también te viene de tu padre —dijo,

riéndose ahora de mí. No es obligatorio estar trabajando todo el rato.

—Voy a sentirme muy raro y muy solo sin él. No hay quién lo comprenda.

—Bueno, tampoco tienes por qué comprenderlo todo.

—No comprendo nada.

Luego me di una ducha, mientras me repetía estas últimas palabras. Me corté las uñas de los pies, sentado en el borde de la cama —la primera cosa en que podía concentrarme, aparte de él, desde hacía varios días—, repitiéndome esas últimas palabras. Tres palabras, otra vez, un texto muy elemental, pero aquella noche, después de que Joanna me hubiera hecho el favor de escucharme, en ellas parecía juntarse, para mí, toda la sabiduría de la tierra. No comprendía nada. Mientras regresaba a Manhattan, aquella tarde, agarrando con una mano el cuenco de afeitarse de mi abuelo, por supuesto que ninguna noción me habría parecido más clara que ésta: que sabía muy poco. No era que no hubiese comprendido que el contacto con él era intrincado y profundo: lo que hasta entonces no había comprendido era todo el alcance de su profundidad.

Dormí a rachas hasta las cuatro de la mañana, luego encendí la luz, salí de la cama y miré las imágenes de su cerebro otra vez, sin comprender nada en ellas, tampoco.

Si Hamlet hubiera sostenido en la mano la resonancia magnética del cerebro de Yorick, también él se habría quedado sin palabras.

Unos días después obtuvimos la segunda opinión, y mi padre la prefirió a la primera. Vallo Benjamin, neurocirujano del Hospital de la Universidad de Nueva York de Manhattan, había aceptado hacernos un hueco a requerimiento de David Krohn, quien nos aseguró que era un especialista de «talla mundial». Benjamin era un hombre de gran autoridad, refinado, más o menos de mi edad; un extranjero elegantemente vestido, con los ojos oscuros, de una apostura viril, al estilo de Picasso, a quien recordaba. Escuchó mientras mi padre le contaba su historial clínico, preguntó si sufría dolores de cabeza o mareos, luego tocó con la punta de un alfiler ambos lados del rostro de mi padre, para calcular cuánta sensibilidad había perdido en el lado malo. Benjamín parecía estarlo escrutando muy cuidadosamente, mientras mi padre contestaba todas sus preguntas, hacía las suyas y esperaba oír que habían concedido un aplazamiento de la ejecución, con anulación de la sentencia, y que quedaba en libertad de sentirse como si tuviera cuarenta años. «Me siento como a los cuarenta» era lo que solía decirle a todo el mundo, incluso los días en que no era cierto, hasta hacía unos meses.

Benjamin colocó las resonancias magnéticas del cráneo contra la pantalla iluminada de detrás de su mesa de despacho y me pidió que me acercara a verlas con él. Mi padre permanecía dócilmente sentado junto a Lil, con la lista de sus preguntas en la mano, mientras el médico, hablando en voz tan baja que sólo yo podía oírlo, recorría la imagen con un dedo para hacerme ver la extensión del

tumor cerebral. En términos estrictos, dijo, no es un tumor cerebral. Debía de haberse iniciado en algún nervio facial, para luego extenderse por toda la zona que ahora ocupaba, no sólo presionando el tallo cerebral, sino extrudiéndose a través del hueso, por detrás de la nariz. Meyerson había calculado que la operación se prolongaría durante ocho o diez horas y la había calificado de rutinaria. Ahora se me comunicaba que serían más bien entre trece y catorce horas y que la operación obligaba a tocar una zona en que las arterias y los nervios se acumulan.

—Terreno conflictivo —dijo el médico.

—¿Me está usted diciendo que es imposible? —le pregunté yo.

—En absoluto —replicó de inmediato, como si yo hubiera puesto en duda su pericia. Por supuesto que puede hacerse.

Cuando volvimos a sentarnos, mi padre le dijo a Benjamin:

—Doctor, tengo un amigo en este edificio. Su cuñado padecía un tumor igual que éste, y le dieron radioterapia. Le dieron radioterapia y desapareció. No estoy diciendo que vaya a resolverlo todo, a ser algo permanente. Pero si pudiera vivir todavía un par de años...

—Señor Roth —le replicó el médico, muy amablemente—, no sabré si la radioterapia puede servir de algo hasta que conozca el tipo de tumor a que nos enfrentamos. Para saberlo, necesito, además de estas resonancias, una tomografía axial computarizada que nos proporcione un retrato del cráneo, así como la situación con respecto al cerebro. Necesito también una biopsia del tumor. Podría pertenecer a tres tipos de tumor, y sólo una vez hecha la biopsia estaré en condiciones de determinar cuál de ellos es y qué proponerle a usted, señor.

—Comprendo —replicó mi padre, consternado.

—La biopsia se hace con una aguja —le dijo el neurocirujano. Es un procedimiento que no dura más allá de una hora. Le recomiendo que venga usted al hospital la noche antes, para que podamos atenderle después. Volverá usted a casa al día siguiente.

—¿Dónde se clava la aguja? —preguntó mi padre. Su tono dejaba muy claro que nadie iba a torturarlo sin explicárselo antes.

El escueto estilo de mi padre y la lucha que obviamente proseguía en su interior, a pesar de su edad y de todo lo que tenía en contra, daban la impresión de parecerle cautivadores al refinado neurocirujano, hasta el punto, quizá, de tocarle alguna fibra personal de compasión. Varias veces, mientras contaba el historial de su enfermedad, había derivado mi padre hacia alguna anécdota del Newark de su juventud, de hacía setenta y cinco años, una anécdota cuyo mensaje subterráneo parecía ser que había aprendido a ser realista en la calle Rutgers y estaba preparado para cualquier cosa que se le viniera encima. La vida y él llevaban hecho largo trecho juntos, y quería que Benjamin también lo

supiera.

El médico escuchaba cada historia —ya fuese sobre cómo enfrentarse a los rufianes irlandeses del Down Neck de Newark, ya sobre las horas de trabajo después de la escuela, en la herrería de su primo— con casi tanta curiosidad como impaciencia, y tenía la bondad de esperar a que mi padre pusiera de nuevo rumbo a sus asuntos del presente, tras haber ilustrado lo que quería decir. Luego le explicó con todo detalle el modo en que insertarían la aguja por el cielo de la boca, para con ella recoger tejido del tumor, y así sucesivamente, paso a paso.

—¿Y la radioterapia? —volvió a preguntar mi padre, con un atisbo de desesperación, esta vez.

—La biopsia nos dirá si el tumor es del tipo de los que responden bien a la radioterapia. Siempre hay una posibilidad, aunque no demasiado grande, en su caso, dado el tamaño del tumor y el tiempo que probablemente hace que lo tiene.

—Comprenda usted —dijo mi padre— que en realidad estoy hablando de tres o cuatro años más, solamente...

El doctor afirmó con la cabeza: lo comprendía muy bien. Yo no pude menos que observar que la solicitud original de un par de años se había alargado, en cuestión de minutos, a tres o cuatro. Era obvio que mi padre empezaba a confiar en aquel médico y que incluso lo estaba invistiendo de una especie de poder divino: Benjamín era mucho más señor y, por el aspecto, parecía también mucho más potente que el *hai-misher* (persona sin pretensiones) y fortachón del doctor Meyerson, que, por añadidura, quería hacer con él mucho más que meterle una aguja por el cielo de la boca. Me vino la idea de que si nos quedáramos ahí sentados, en la consulta del doctor Benjamín, un par de días, hablando y hablando, mi padre acabaría por superar su miedo a atraerse aún mayores padecimientos como castigo por pedir demasiado, y le mostraría el contenido de su corazón al médico, es decir que no quería tres o cuatro años más, sino volver a abordarlo todo desde el principio: «Logré salir de las calles de la inmigración sin haber pasado siquiera por el instituto. Nunca pasé por el aro, nunca infringí la ley, nunca perdí el valor ni dije que abandonaba. He sido marido fiel, leal norteamericano, orgulloso judío. Di a mis maravillosos hijos todas las oportunidades que yo nunca tuve. Y lo único que pido es eso, lo que verdaderamente me merezco: ¡otros ochenta y seis años de vida! ¿Por qué tiene uno que morirse?», le preguntaría al médico. Y haría bien en preguntarlo. Es una buena pregunta.

—La aguja —estaba diciendo ahora—, lo de meter la aguja, ¿es seguro?

—Por lo general, es un procedimiento muy seguro —le dijo el médico. No sentirá usted nada. Le aplicaremos anestesia general. Luego, le dolerá la boca durante dos o tres días, bastante, pero acabará pasándosele.

—Y luego —dijo mi padre—, si es el tumor adecuado, ¿la radioterapia?

El médico alzó las dos manos en ademán de impotencia, pareciendo, por

primera vez, no un neurocirujano de primera categoría mundial, sino un mercader regateando en un bazar oriental.

—No es totalmente imposible, y no puedo descartarlo por completo, pero ahora mismo no lo sé.

—¿Cuáles son los efectos de la radioterapia?

—Si fuera usted joven, los efectos podrían manifestársele treinta años más tarde.

—Pero una cosa es cierta, si no le he entendido mal: usted no quiere operar.

—No quiero ni debo. Antes debo saber lo que puedo encontrarme dentro.

Cuando salimos de la consulta, sugerí que en lugar de volvernos directamente a casa bajáramos en el ascensor hasta la cafetería del hospital y, con lo que acababa de decirnos el médico todavía fresco en la memoria, habláramos del asunto.

Encontramos una mesa para cuatro, porque también iba con nosotros mi sobrino Seth, el que vive en Nueva Jersey con su mujer, que había recogido a Lil y a mi padre de Elizabeth y que iba a dejarlos de nuevo en su casa. Seth había permanecido en la sala de espera durante la consulta, y, en parte para ponerlo al corriente, pero sobre todo para estar seguro de que mi padre no había entendido nada al revés, allí en la cafetería fui repitiéndolo todo otra vez, poniendo especial énfasis en el hecho de que si bien el médico había dejado abierta la posibilidad de que el tumor fuera de los que pueden tratarse mediante radioterapia, ésa no era la eventualidad más previsible.

—Me ha gustado ese hombre —dijo mi padre cuando yo hube terminado. Me ha impresionado. El otro lo único que quería era meterse y cortar. Éste quiere primero toda la información. Me ha impresionado. ¿A ti no?— le preguntó a Lil. ¿No te ha impresionado?

—Sí —dijo Lil—, es muy agradable.

—¿Y a ti, Phil?

—Sí. Tiene que ser un excelente médico. David me aseguró que lo era.

—Cierto. Y ha dicho que a esperar. ¿Qué es? —me preguntó mi padre. ¿Judío?

—Creo que sí. Judío persa.

—Muy apuesto —dijo mi padre.

Al salir del ascensor a la planta principal nos encontramos con una verdadera multitud. Seth y yo llevamos a mi padre, teniéndolo cada uno de un brazo.

—Tengo que empezar a vivir otra vez —me dijo de pronto. No puedo seguir escondido en esa casa. No valgo para ermitaño.

—Desde luego —le dije.

—Tengo que volver a la YMHA. El cantor de la sinagoga vino a verme, ¿no te lo he dicho? El cantor y otros dos de la sinagoga. Se habían enterado de lo del tumor. Dijeron que me llevarían todos los días en coche a la YMHA.

—Muy bien. Pues ve.

—No sabía que tuviese tantos amigos —dijo.

« Es un aplazamiento », pensé, « vamos a dejar que lo disfrute. Disfrútalos », pensé, « aunque sólo sea hasta la próxima decisión que hay que tomar mañana ». Y por la noche conseguí ver el partido de los Mets con algo de gusto, concentrándome, como un escapista cualquiera, en el *three-hitter* de Darling y el *home run* de Mc Reynolds, en vez de estar pensando en mi padre y en el tumor que seguía dentro de su cráneo —a pesar de la victoria de los Mets— como una masa ciega, y que, si le permitíamos seguir ahí, acabaría siendo tan despiadado como cualquier otra masa ciega cuando se pone en marcha.

Dos años atrás, el 14 de octubre de 1986, tuve la mala suerte de encontrarme en Londres mientras los Mets disputaban con Houston el quinto juego de los *play-offs*. Eran las once y cuarto, hora de Londres, cuando llamé por teléfono a Elizabeth y encontré a mi padre en éxtasis. No había logrado interesarlo en los Mets hasta la primavera anterior, cuando tuvo que pasar más o menos un mes en la cama, por culpa de una enfermedad debilitante que nadie consiguió diagnosticarle y que, seguramente, algo tuvo que ver con el tumor cerebral. Las fuerzas lo abandonaron casi por completo, no tenía ningún apetito y, a veces, cuando se levantaba a caminar un poco, llegaba a escorar de un lado a otro. Yo cogí el avión y me vine de Londres a ver qué ocurría, y durante mis semanas de permanencia en Nueva York traté de hacerle olvidar un poco aquella inexplicable enfermedad por el procedimiento de interesarlo en los Mets, que en aquel momento iban camino de ganar el banderín. Me iba a cenar a su casa, y veíamos el partido juntos, y el par de veces en que acudí a ver el partido al Shea Stadium, le dije que se fijara bien, que lo mismo me veía entre los espectadores. Cuando emprendí el viaje de vuelta, ya casi le habían desaparecido los síntomas, y lo dejé no sólo prácticamente recuperado, sino convertido en un auténtico aficionado por primera vez desde la época en que, siendo yo un muchacho, nos llevaba a mi hermano y a mí al Ruppert Stadium de Newark, a ver a los viejos Triple-A Newark Bears jugar las confrontaciones a dos partidos con nuestros rivales del otro lado de las marismas, los Giants de Jersey City.

Llegué a Londres durante los *play-offs* y lo llamaba todas las noches, para enterarme de los resultados. Me encantaban sus exuberantes descripciones.

—Han ganado los Mets —me contaba, como si para él también hubiera sido un triunfo. En la decimosegunda entrada. Un partido tremendo. Gooden contra Ryan. Strawberry bateó un *home run*. Luego empataron ellos. Un partido tremendo.

—Oye, oye, no te lances de ese modo —le decía yo. ¿Cuándo fue el *home run* de Strawberry?

—En la sexta. Ganaron en la décima segunda. Backman le pegó a una bola de

un modo que fue demasiado para el tercera base. No pudo con ella. Backman llegó antes. Luego, el *pitcher* de los Houston Astronauts hizo un mal tiro a primera y el corredor se fue a segunda. Así que no tenía sentido lanzarle a Hernández, y lo pasó. Entonces comparece Cárter. Había fallado en 22 o 23. Y envía una pelota inatrapable hacia el centro, Backman anota la carrera y ahí termina la cosa. Los Mets ganaron el partido.

—Estupendo. ¿Cuánto tiempo hace que terminó? —le pregunté yo.

—Hará cosa de media hora. Oye, ¿te has enterado de lo de tu amigo Wiesel?

—Sí, me lo han dicho —el novelista Elie Wiesel, con quien unos años antes había yo tenido algún trato, había ganado el Premio Nobel de la Paz aquel mismo día. Ciento veinte mil dólares, más la gloria— dijo mi padre. Es el tercer judío que gana un premio Nobel este año.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes han sido los otros dos?

—El tal Cohen, y la chica ésa, la judía italiana, que se llama Levy no sé qué.

—Pues mira —dije yo—: un gran día para los judíos y un gran día para los Mets. Mets dos, Houston uno. Judíos tres, gentiles nada. Ahora tienen que viajar a Houston, ¿no? ¿Es mañana cuando juegan?

—Exacto. Sólo les hace falta ganar un partido —dijo él.

—Bueno —dije yo. Cosas más raras han pasado: lo mismo pierden dos seguidos.

—No —dijo él—, no pueden pifiarla dos seguidos, son demasiado buenos. Hoy fue un partido *tremendo*.

—Si llegan a siete tendrán que encontrarse con Scott otra vez —dije yo.

—Le ganan, Phil. Para empezar, es la segunda vez que lanza después de tres días de descanso. ¿O han sido cuatro? La suspensión por la lluvia, hoy, el miércoles... Son tres días de inactividad.

—Vale —dije yo—, tú dices que le ganarán, y yo te creo. Mañana hablamos. Y felicidades por lo de Wiesel. Ya podéis estar orgullosos los judíos.

—Déjate de estupideces, por favor —dijo, pero estaba riéndose cuando colgó.

Y riéndome lo llamé yo la noche siguiente.

—Bueno, ¿qué pasó?

—Aún no ha terminado. No te lo puedes creer. Décima tercera entrada.

—Dios mío.

—Estaban tres por detrás en la novena, pero ahora es la décima tercera y están empatados. Lo estoy viendo en este momento. Ni siquiera he comido.

—Este partido va más igualado que el otro —dije yo...

—Es precioso —dijo.

—Bueno, me voy a dormir —dije. Aquí son las once y media. Me figuré que ya habrían terminado, porque empezó a las tres.

—No. Ganan por dos en la parte alta de la décima tercera entrada.

—¿Quién lanza por los Mets?

—Está lanzando McDowell, y Anderson está lanzando por Houston.

—Bueno, pues voy a tener que irme a dormir.

Pero luego, a las doce, cuando ya me había lavado los dientes y me había metido en la cama, me volví a levantar y fui a la cocina a llamarlo otra vez. No era sólo por los Mets.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—¿Phil? Dios mío, ¡es increíble!

—¿Todavía están jugando?

—Los Mets se pusieron cuatro a tres por delante nada más colgar tú. Strawberry... Y creo que Dykstra se llevará el gato al agua. Y luego el tío ese se aparece con un *home run* cuando estaba agotándose el turno de Houston en la catorce. Y ahora estamos empezando la quince. Cuatro a cuatro y hay un mexicano gordo lanzando.

—Ah, sí, ese tipo tan guapísimo.

—Los Mets acaban de sacar a un *shortstop* muy joven, que lo único que sabe es quedarse con el bate al hombro... No... Saltar. Ha saltado. Bueno, esta vez no hay *strike out*. Oye, que te estoy contando esto lanzamiento por lanzamiento, y tú estás en Londres. Te va a costar un riñón.

Pero el caso era que yo lo estaba gozando, lanzamiento por lanzamiento, mucho más que si hubiera estado allí.

—No te pares, Herm, que para algo soy rico. Lanzamiento por lanzamiento. ¿Quién sale a batear?

—Vienen Hernández y Cárter. Ha sido un partido increíble, pero al empezar la novena estábamos tres a cero. Los Mets sólo habían bateado dos *hits*. ¿Sabes una cosa? Ya es casi la hora de que empiecen a jugar los Red Sox. Se supone que empiezan a las ocho, y aquí ya son las siete. Huy. Keith acaba de recibir el tercer *strike*.

—¿Sí? El partido va a durar toda la noche.

Se rió con mucho ruido.

—Me parece a mí que sí.

—Vale. Te llamaré mañana, a ver qué ha pasado. Que haya suerte.

—No te preocupes, que ganarán. Duerme un poco —dijo.

Esta vez fue él quien me llamó a las siete de la mañana —las doce en Londres— para decirme los resultados.

—¿Phil?

—Sí.

—Aquí papá. En tu vida has visto una cosa así. Los Mets ganaron en la dieciséis.

—Magnífico. Ya te llamaré yo un poco más tarde.

—Acabo de levantarme, y pensé que estarías preguntándote qué pasó.

Perdían por tres en la novena. ¿Te conté ya anoche lo de la novena?

—No te preocupes. Cuéntamelo todo.

—No te lo pierdas. Hacen tres carreras en la novena. Se ponen por delante, cuatro a tres. Está el *pitcher* ese.

—¿Kerfeld, por Houston?

—No, por los Mets. Nunca me acuerdo de su nombre.

—McDowell.

—No, el otro.

—Orosco.

—Eso, Morosco. Los Mets ganan por cuatro a tres. En seguida, Houston batea un *home run* y empatamos a cuatro. En la entrada dieciséis los Mets hacen tres carreras. Ganan por siete a cuatro. Houston se recupera. Un tío alcanza la primera base y el siguiente conecta un *home run*. Siete a seis. Y luego Kevin Bass es eliminado por la vía de los *strikes* y ganan el partido por siete a seis.

—O sea que han ganado la serie.

—Han ganado la serie.

—¿Cómo hicieron los Mets las tres carreras?

—Dyklstra. ¡Te digo yo que...! Después de que Morosco soportara las carreras en la dieciséis, Hernández fue al montículo, lo acabo de leer en el periódico, y ¿sabes lo que le dijo? Como vuelvas a tirar una rápida, te mato.

—Pues no sé yo si no lo habría hecho.

—Yo, desde luego, sí —dijo mi padre, riéndose, como si la dolencia primaveral que acababa de tenerlo postrado no hubiera sido más que una mala casualidad, como si todavía le hubieran quedado mil años de vida.

La tregua duró unas veinticuatro horas. Y el tumor volvió a hacerse cargo de la situación.

Nada ocurrió durante el mes y medio siguiente, y nada se hizo: ninguno de nosotros sabía qué hacer exactamente. Dado que el primer neurocirujano había dicho que el tumor no respondería a la radioterapia, y que el segundo había indicado que las posibilidades de que ésta sirviera de algo eran reducidas, la biopsia empezaba a antojársenos un sufrimiento inútil, y no veíamos razón alguna para imponérsela, sobre todo después de haberme yo enterado, preguntando por aquí y por allá, de que podía resultar muy dolorosa y que, dado el sitio por donde había que insertar la aguja, incluso implicaba cierto riesgo. Y si el resultado iba a consistir en proponernos la opción que más temíamos —una operación quirúrgica de lo que podía derivársele más daño que beneficio—, ¿qué íbamos a sacar en limpio de la biopsia?

Para hacer las cosas aún más difíciles, sólo unos días después de nuestra consulta el doctor Benjamín dejó Estados Unidos para dar una serie de

conferencias por Europa, durante más de un mes, haciendo imposible que le presentara mis dudas hasta su regreso, previsto para el 20 de junio. Me había dejado el nombre de alguien en quien confiaba para llevar a cabo la biopsia, y mi padre hizo un viaje ex profeso a Nueva York para ver a ese facultativo —acompañado, esta vez, de mi hermano, que se hizo el viaje en avión desde Chicago, para pasar una semana con mi padre y aliviarme un poco la carga—, pero todos pensábamos que había demasiadas cuestiones sin resolver como para hacer nada, si es que llegábamos a hacer algo, antes de que volviese el doctor Benjamin.

Y mi padre apenas si estaba en condiciones de tomar él mismo la decisión de seguir adelante. Se había comportado con gallardía ante ambos neurocirujanos, pero ahora, atrapado entre las dos diferentes propuestas que éstos le hacían, se hallaba en una situación de completa impotencia. Empezó a decirme cosas que no tenían mucho sentido, para luego, durante largos períodos, quedarse sin decir nada, o, de pronto, sin provocación alguna, ponerse como una fiera con Lil, de un modo tan incontrolable que hasta él, pasado el arrebato, se asombraba de su vehemencia y pedía humildemente perdón. Pedirle perdón a Lil no habría resultado un mal avance, si no hubiera sido más señal de desmoralización que de arrepentimiento. Nos decía una y otra vez, a mí, a mi hermano, a todo el mundo, que no quería ninguna biopsia, ni que se le metiesen en la cabeza haciéndole un agujero en la nuca o en el cielo de la boca... Lo que pedía era lo mismo que venía pidiendo desde el principio: ver lo que comía, poder leer su periódico y, como él decía, «navegar» por su propia cuenta. ¿Por qué no se limitaban a quitarle la catarata del ojo bueno y devolverle la vista? Un día fui a comer y me encontré el borrador de una carta suya al oftalmólogo encima de la mesa del comedor: «Querido Dr. Krohn: quiero que me devuelvan la visión. Quiero que me recompongan el ojo. Eso es lo que quiero. Herman Roth».

Por supuesto que según iban pasando los días, y mi padre se desesperaba en la impotencia, a mí no se me quitaba de la cabeza lo que el doctor Meyerson, que nunca me había parecido un tonto, nos había advertido: que las cosas podían empeorar en un «período de tiempo relativamente corto», a no ser que se hiciera algo. Meyerson nos había dicho que para extirpar el tumor se abriría paso por la nuca y que la operación llevaría unas ocho o diez horas, y Benjamin nos había dicho que para extirpar el tumor entraría por una incisión en el cielo de la boca —siguiendo, más o menos, el camino de la aguja de la biopsia— y que tardaría de trece a catorce horas; y mi padre me decía que se le antojaban igual de horripilantes ambas perspectivas y que no pensaba someterse a ninguna de las dos. «Lo único que quiero es que me devuelvan la vista. ¡Quiero ver!».

Yo, en la cama, pensaba: «Escúchalo. Escucha lo que te dice. Te está diciendo lo que quiere, y es bien simple. Quiere que le arreglen el ojo. No es un niño, ha vivido ochenta y seis años ateniéndose a su propia sabiduría, de modo

que respeta esa sabiduría y dale lo que quiere». Pero luego, al minuto siguiente, me parecía que aceptando su valoración de la crisis, tan falta de realismo, lo único que hacía era evadir la dura elección que me tocaba... Y vuelta a empezar: no lograba convencerme de que la operación pudiera dar algún beneficio proporcional a los riesgos en ella implícitos, pero también era consciente de que, si no hacíamos nada, su situación podía empeorar espantosamente en un período de tiempo relativamente corto.

Una mañana, cuando ya mi hermano se había vuelto a Chicago, llamé por teléfono a Sandy Kuvín, un primo nuestro de Palm Beach, que es médico. A petición mía, llevaba años revisando a mi padre durante sus vacaciones en Florida, y nos había aconsejado muy sensatamente sobre los problemas de salud que le fueron surgiendo. Sandy me sacaba un par de años, tenía tres hijos en el *college* y era tan ardiente partidario de Israel que pasaba casi la mitad de su año laboral en una clínica de investigación médica de Jerusalén que se había creado con fondos reunidos por él y que llevaba su nombre. Visité el sitio con uno de los empleados, la última vez que estuve en Jerusalén. Sandy y yo nos habíamos criado en la misma zona de Newark, habíamos ido al mismo instituto, en los años cuarenta y, aunque hacía poco que habíamos vuelto a tomar contacto —cuando empezaron mis visitas invernales a mi padre, en Florida—, nuestra velada anual en un restaurante y nuestra tarde en su aireada casa de un entrante de Palm Beach siempre transcurrieron en amistad y siempre fueron agradables: a ambos nos producía una emoción considerable comprobar lo lejos que había llegado el otro desde los pasillos del instituto de Weequahic.

Cuando le hube explicado la situación y descrito mis dificultades para decidirme, Sandy me dijo:

—Es un anciano, Philip. Ha vivido una larga vida, y a estas alturas el tumor crecerá muy despacio. Lleva ahí un decenio y no ha causado más daño que la pérdida de audición en un oído y la parálisis de un lado de la cara.

Y algún dolor de cabeza, quizá. Y su inseguridad al andar puede deberse a la mala vista, pero también a la presión que ejerce la cosa ésa en el octavo nervio. Pero los daños no han sido catastróficos, y puede que no lleguen a serlo nunca.

—Pero los daños a que te refieres se han producido todos en los últimos seis meses. ¿Qué va a pasar en los seis próximos?

—Nadie lo sabe. Puede que nada —dijo él—, puede que todo. Si quiere su visión, dádsela, y aunque sólo la tenga durante un mes, y luego se muera, bueno, pues habrá sido un mes disfrutando de lo que quería. A lo mejor tiene suerte y le dura más.

—Eso es lo que me parece a mí... cuando no me parece lo contrario. ¿Me harías un favor? ¿Quieres llamarlo tú por teléfono? No le digas que hemos hablado. Llámalo como si tal cosa y deja que te cuente su historia, y luego dile lo que acabas de decirme a mí: que el tumor crecerá muy lentamente, y que se

olvide de él. Porque es que se va de cabeza al fondo, si no puede agarrarse a algo. Es capaz de caerse redondo y abandonar por puro y simple sufrimiento emocional.

Al cabo de media hora me llamó mi padre, con mucho vigor e impulso en la voz, como con las baterías recién recargadas. Ajustándose *de nuevo* a la vida.

—Adivina quién acaba de invitarme a la boda de su hija en diciembre.

—¿Quién?

—Sandy Kuvín. Me ha llamado de Palm Beach. ¿Sabes lo que me dijo? Cuando le conté lo que está pasando, me dijo: «Olvidalo, Herman. Hace diez años que lo tienes, y su ritmo de crecimiento es tan lento que lo mismo lo tienes otros diez años sin que te haga nada malo». Me dijo que lo mismo me mataban otras diez cosas distintas, antes de que el tumor aumente de tamaño.

Con algo parecido al más verdadero deleite, me fue enumerando las cosas que podían matarlo.

—Me puede dar un ataque al corazón, un derrame, puedo tener cáncer... antes de que la cosa ésta me mate, otras cien cosas pueden acabar conmigo.

Tuve que reírme:

—Vaya, pues qué buena noticia.

—Kuvín me ha dicho que me olvide del asunto y que siga adelante con mi vida.

—¿Eso te ha dicho? Pues lo mismo es eso lo que deberías hacer.

—Su hija Michelle se casa el... Espera, lo tengo apuntado... El martes, 27 de diciembre de 1988. En la residencia familiar. A las once y media de la mañana. Quiere que vengas tú también a la boda. Con Lil y conmigo.

Faltaban siete meses para diciembre. ¿Era eso un «período de tiempo relativamente corto»?

—Si vas tú, yo también voy —dije.

—Phil, quiero recuperar la visión. Quiero que el doctor Krohn me arregle el ojo. Ya está bien de hacer el gilipollas con este asunto.

## SEGURO QUE A INGRID SE LE DA MUY BIEN OCUPARSE DE MÍ

Pero el caso fue que una semana después de haber regresado de Europa el doctor Benjamin, mi padre ingresó para que le hicieran la biopsia, no como preludeo de la intervención quirúrgica –todos nosotros, en aquel momento, habíamos tomado ya la firme decisión de no llevarla a cabo–, sino para explorar la posibilidad, por remota que fuera, de que la biopsia descubriese un tipo de tumor que pudiera reducirse por radioterapia. No veía yo cómo, en conciencia, podíamos limitarnos a ignorar el tumor hasta estar seguros de que el único tratamiento posible era esa carnicería que a todos se nos antojaba inaceptable. Me aterrorizaba la idea de que la aguja que iban a insertarle en el cielo de la boca causara algún daño en el cerebro, pero dejé que el doctor Benjamin me convenciera de que el doctor Persky, que llevaría a cabo la intervención, era el mejor médico que podíamos encontrar.

El portero de su casa llevó a mi padre y a Lily, en su coche, al hospital de Manhattan. Allí me reuní yo con ellos, tras un inacabable retraso burocrático, y, una vez gestionada el alta, subimos todos a la habitación. Cuando estuvimos instalados, le dieron algo de cena; para mi sorpresa, consiguió absorberse por completo en el acto de comer. Luego se marchó Lil y bajé a mi padre a que hablase con un joven residente a quien no sólo contó su enfermedad, sino también unas cuantas anécdotas, no muy largas, de su niñez. Cuando regresamos a la habitación saqué el pijama de la maleta, esperé a que mi padre volviera del cuarto de baño y lo ayudé a meterse en la cama. Estaba exhausto, y su rostro, con el parche tapándole el ojo ciego, en el lado desprendido, tenía un aspecto espantoso. No obstante, parecía menos hundido, por decirlo así, que durante el

período en que no hicimos nada. Se le presentaba una nueva y muy dura prueba que superar, y las pruebas no se superan a base de desesperación. Lo que hizo fue recurrir a la amalgama de desconfianza y resignación con que había aprendido a afrontar la humillación de la vejez.

Abajo, en la ventanilla de inscripción, acababan de decirle que para poder ver la televisión en su cuarto tendría que pagar tres dólares y medio al día, y se había negado. Cuando lo vi en la cama, mirando al techo con el ojo hábil, le dije que yo pagaría la tele.

—Venga, voy a tener un arranque de bondad, te voy a pagar una noche de tele.

—¿Tres dólares y medio por la televisión? Están completamente locos.

—Podemos ver el partido de béisbol. Juegan los Mets contra los Reds.

—No por tres dólares y medio —replicó, categóricamente. Que se vayan al diablo.

—Siempre será mejor que quedarte así en la cama, dándole vueltas a lo de mañana.

—No estoy dándole vueltas. No me permito ese lujo. Vete a tu casa, anda.

—No son más que las siete. Puedes ver *MacNeil / Lehrer*.

—No te preocupes por mí. Estoy bien. Más vale que comas algo y que te vuelvas al hotel a ver el partido de los Mets.

En el sillón contiguo a su cama, me puse a leer la última edición del *Post*.

—¿Quieres que te lea las noticias? —le pregunté.

—No.

—Deberíamos habernos traído un transistor. Habrías podido oír la retransmisión del partido.

—No me hace ninguna falta un transistor.

Quince minutos más tarde se había quedado dormido y, pasada una hora, daba la impresión de ir a seguir así toda la noche, y eso antes de que la enfermera le hubiese dado la píldora para dormir que, a petición mía, le había prescrito el residente. Había dejado los dientes encima de la mesita de al lado. Los metí en el recipiente de plástico que facilitaba el hospital para las dentaduras postizas, cerré bien y lo guardé todo en el cajón de la mesa. Eran unos dientes nuevos que le habían hecho para el lado inferior derecho de la boca. Al dentista le había costado mucho trabajo ajustárselos, por culpa de la desfiguración facial. Apenas dos días antes, mi padre se los sacó de la boca. —« ¡Maldita cosa ésta! ¡Qué exageración de dientes!» —, pero luego no sabía qué hacer con ellos en la mano. En aquel momento estábamos cruzando la calle North Broad y el semáforo iba a ponérsenos rojo en cualquier momento. «Venga», le dije, «dámelos a mí»; y agarré la dentadura postiza y me la metí en el bolsillo. Me dejó sorprendidísimo el hecho de que me produjera tanta satisfacción tenerla en la mano. No tuve ningún escrúpulo, ni me dio ningún asco, y seguí tan tranquilo,

conduciendo a mi padre del brazo, hacia la acera y encontrándolo todo la mar de justificado e incluso divertido, porque ahora ya era oficial, ahora ya integrábamos una pareja cómica, como si yo hubiera asumido el papel del payaso agosto junto a un payaso a quien siempre se le caía la dentadura, haciendo que la gente se partiera de risa; un número a la altura de la nariz de Jimmy Durante o de los ojos de Eddie Cantor. Al coger la dentadura, con su saliva pegajosa y todo, y metérmela en el bolsillo, acababa de franquear, sin darme cuenta, la fosa de alejamiento físico que, de un modo no enteramente contrario a la naturaleza, se había abierto entre nosotros en cuanto yo dejé de ser un muchacho.

Esperé junto a la cama unos cuantos minutos más. Luego, como no daba señal de despertarse, me marché sin hacer ruido. Hice un alto en la taquilla de las enfermeras, para averiguar a qué hora del día siguiente pensaban bajarlo al quirófano. Luego, desde el teléfono público del final del pasillo, llamé a Chicago para hablar con mi hermano.

—Espero que no estemos haciendo esto sólo por hacer algo —le dije. No es que esté convencido, pero tengo esa sensación.

—¿Cómo está papá?

—Bueno, pues otra cosa más a la que se enfrenta con la cabeza por delante. No tolera ninguna distracción. Cobran tres dólares y medio por ver la tele en la habitación, y le dijo al pobre cabrón de la ventanilla, con lo cansado que estaba el hombre, que era un robo a mano armada.

Mi hermano se rió.

—Ya. Sigue siendo el mismo gilipollas con la cabeza muy dura que siempre ha sido.

—Bueno, pues a lo mejor, dadas las circunstancias, no está tan mal que sea un gilipollas con la cabeza muy dura. Te llamaré mañana cuando salga del quirófano. Lo bajan a eso de las doce.

—Primera Avenida con la calle Trece —le indiqué al taxista, a la mañana siguiente. El Hospital Universitario.

—Ha salido usted del hotel con una tía guapísima —me dijo el taxista cuando emprendíamos la travesía de la ciudad. Un momento antes de hacerle la señal había estado hablando bajo la marquesina del hotel con la mujer de un viejo amigo, con quien me había encontrado al salir del Essex House, camino del hospital.

—¿Cómo?

—¿Se la está cepillando? —me preguntó.

—¿Perdone?

—Que si se la tira.

Vi en el retrovisor un par de ojos verdes cuyos truculentos destellos resultaban

aún más desconcertantes que la propia pregunta. Si no hubiera sido por el tiempo que perdí con aquella charleta delante del hotel, seguramente habría decidido no poner mi vida a disposición de aquellos ojos y bajarme allí mismo del taxi, pero tenía que llegar al hospital antes de que llevasen a mi padre al quirófano, de modo que contesté:

—Pues no, mire. De eso se ocupa un amigo mío, con quien está casada.

—Y ¿qué más da? Ese amigo suyo seguro que se tiraría a su mujer de usted con mucho gusto.

—No, este amigo, en concreto, no lo haría, aunque tengo entendido que esas cosas pasan.

Lo tenía entendido porque yo mismo lo había hecho en alguna ocasión, pero, a diferencia del taxista, no quería poner todas mis cartas sobre el tapete desde el principio. Nos faltaba muchísimo para llegar a destino.

—Que si pasan. A cada rato, amigo —me dijo.

No me pareció que fuese buena idea cortarlo, de modo que le contesté con no poca ligereza:

—Siempre se aprende algo hablando con una persona realista.

Me contestó con indisimulado desprecio:

—¿Así lo llaman ahora?

Al fijarme por primera vez en los edificios que se veían por la ventanilla, me di cuenta de que habíamos girado mal en Park y que nos encaminábamos hacia el centro de la ciudad. « ¡Eh, oiga! », exclamé, para en seguida recordarle hacia dónde íbamos.

Para corregir su error, decidió seguir del todo hacia el este, hasta el ramal F. D. R., y luego « bajar » directamente hacia el sur. Ello implicaba seguir avanzando aún más en la dirección equivocada, hasta llegar al ramal.

Había salido con mucha más antelación de la necesaria para llegar al hospital a las once y media, pero ahora, por culpa del atasco en el acceso al ramal, ya eran las once pasadas y el taxi aún no se había incorporado al denso tráfico que se movía en dirección sur.

—¿Es usted médico? —me preguntó el conductor, clavando en mí (lo vi por el retrovisor) su guerrera mirada.

—Sí —le contesté.

—¿De qué clase?

—A ver si lo adivina.

—Del coco —dijo.

—Acertó.

—Psiquiatra —dijo.

—Volvió a acertar.

—En el Hospital de la Universidad.

—No, en Connecticut.

—¿Es usted el jefe de la clínica?

—¿Tengo pinta de dirigir una clínica?

—Pues sí —dijo él, con mucha autoridad.

—No —dije. Pertenezco al cuadro de médicos. Con eso me conformo.

—Usted es listo. No es de los que andan lampando por el dinero.

Me sorprendí estudiándolo como si de veras mi profesión me empujara a interesarme en él más de lo que se habría interesado cualquier pasajero normal. El tipo era un mastodonte: conducía un vehículo de buen tamaño, pero, a pesar de ello, su cuerpo ocupaba más de la mitad del asiento delantero, y la cabeza le quedaba a dos dedos del techo —y el volante, entre sus manos, parecía un niño pequeño al que estuviera estrangulando. De su rostro, lo único que alcanzaba a ver en el espejo eran aquellos ojos que, si se le hubieran lanzado fuera del cráneo, habrían poseído la misma capacidad de sus manazas para acabar con cualquiera. Su aura resultaba aún más amenazadora de lo que me había hecho temer su primera pregunta, y no me hacía ninguna gracia la idea de lanzarme autopista abajo con él, sobre todo porque estaba clarísimo, por todo —no sólo por el hecho de que se hubiera equivocado de dirección desde el principio—, que tenía la atención concentrada en algo más absorbente que llevarme a donde quería ir.

—¿Sabe una cosa, doctor? —me dijo, metiéndose de pronto, no sin osadía, en el carril rápido del sur. Mi viejo está enterrado sin los cuatro dientes delanteros. Fui yo quien se los eché abajo, de la hostia que le di.

—Se ve que no le caía a usted muy bien.

—Era un mierdero y un fracasado y lo único que quería era que yo también fracasase en todo. A nadie le gusta hundirse solo. Incitaba a mi hermano mayor a que me pegase en la calle. Mi hermano me forraba a hostias y mi padre nunca se metía por medio. Así que un día, a los veinte años, fui por él y le eché abajo los dientes y le dije: «¿Sabes por qué lo hago? Porque nunca me defendiste de Bobby». Ni siquiera fui a su entierro. Pero hay montones de hijos que no van al entierro de sus padres, ¿verdad?

En un tono de voz que tenía tanto de sardónico como de defensivo y derrotado, añadió:

—No habré sido yo el primero.

En el retrovisor, los ojos, que no ocultaban nada brutal ni belicoso, aguardaban mi respuesta:

—No, no fue usted el primero —le aseguré.

—Mi madre tampoco es mucho mejor —siguió él, y «madre» le salió como una expectoración, como si en vez de una palabra hubiera sido algo podrido que acababa de morder. Me llamó llorando, para decirme que se había muerto, y yo le dije: «Sí, anda, llora la muerte del gran héroe». Y no me privé de decirle lo estúpido y lo hijoputa que era.

—Lo tuvo usted que pasar muy mal, ¿no?

En sus ojos relumbraba una paranoia de tal pureza, que no pude sino pensar *en la luz cuando destella en el filo de una navaja*. Pero se estaba equivocando conmigo si me tomaba por un tipo de éstos tan irónicos que, al igual que su padre, acaban en la tumba con cuatro dientes de menos. En mi papel de psiquiatra, lo mío no era emitir juicios, y, afortunadamente, este extremo parecía haberlo asimilado él también con bastante presteza. No era ningún estúpido, pero a desconfiado no había quién le ganase. Su difunto padre, por no defenderlo de su hermano Bobby, había dejado suelto por el mundo un hermano pequeño de lo más escéptico.

—Sí —contestó, con tristeza en la voz—, ya puede usted decirlo, muy mal.

Pero, dando una cabezada al aire, añadió coléricamente:

—He sobrevivido.

—Por supuesto que sí.

A continuación me dejé atónito. No me habría sorprendido más si de pronto hubiese sacado a relucir una taza de té y se la hubiese llevado a los labios con el dedo meñique elegantemente tieso.

—Me siento inseguro, doctor.

—¿Usted? —no podía creérmelo, de modo que me explayé a fondo. ¿De qué demonios me habla? Le hizo tragarse cuatro dientes a su padre, no se privó de decirle a su madre todo lo que le apetecía, mientras ella lloraba... Este coche es de su propiedad, ¿no?

—Sí. Tengo dos.

—Dos. Pues, la verdad, es usted de lo menos inseguro que se despacha.

—¿Sí? —me preguntó aquel violento hijo de puta.

—Eso me parece a mí.

—Me está usted ayudando mucho, doctor. Le cobraré un dólar menos. No tiene usted por qué pagar mi equivocación.

Al tomar el desvío de la calle Treinta y Cuatro le entró un nuevo ataque de magnanimidad:

—Voy a apagar el taxímetro ahora y, además, le descontaré el dólar que le dije.

—Como usted diga. Es muy amable por su parte.

Me pregunté si no me habría excedido. Escruté el retrovisor, temiendo descubrir que el tipo estaba a punto de matarme por haberlo llamado amable. Pero no: *le había gustado*. El tipo es humano, pensé, en el peor sentido de la palabra.

Delante del hospital, cuando me apeé del taxi, me porté como un buen psiquiatra y le di el único consejo que, según me parecía, iba a ser capaz de seguir:

—No afloje usted —le dije.

—Ya. Lo mismo le digo, doctor —dijo él, y el rostro, que, ahora me daba

cuenta, era el de un hombre infantil, el de un hombre niño de cuarenta años, rencoroso, carnudo, gran bebedor, se le disolvió en una sonrisa sobreabundante, indicación de que ya en mi primer trabajo profesional se había logrado una transferencia positiva. Me di cuenta de que sí, de que era verdad, de que ese hombre había aniquilado a su padre. Pertenecía a la horda primitiva de hijos a quienes, como gustaba de conjeturar Freud, les sale de dentro suprimir al padre por la fuerza; que lo odian y lo temen y que, tras haberlo superado, lo honran comiéndoselo. Yo, en cambio, pertenezco a la horda incapaz de pegar. No somos así y no podemos hacerlo, no podemos pegarle a nuestro padre, ni a nadie. Somos los hijos abrumados por la violencia, sin capacidad para infligir daño físico, ineptos en la pelea y el cachiporrazo, inútiles para pulverizar al enemigo, aunque éste se lo merezca más que nadie, pero no necesariamente desprovistos de turbulencia, de temperamento, incluso de ferocidad. Tenemos dientes, como los caníbales, pero están ahí, incrustados en nuestras mandíbulas, para ayudarnos a articular los sonidos. Cuando nos desmoronamos, cuando nos borramos, no es en accesos de rabia, ni despiadados ardidés, ni violencia demencial y descontrolada, sino con nuestras palabras, con nuestros cerebros, con raciocinio, con todo lo que da origen al desgarrador abismo que se abre entre nuestros padres y nosotros y que fueron ellos, nuestros padres, quienes consiguieron para nosotros, trabajando sin descanso. Empujándonos a que fuéramos tan listos y tan buenos alumnos de la *yesibá*, lo que no sabían era que nos estaban preparando a fondo para que luego los dejáramos aislados, sin comprender nada, ante nuestro contundente parloteo.

Supongo que fue el temor a dejar tan radicalmente distanciado a mi padre lo que me impulsó, durante mi primer año de *college*, a sentirme como si hubiera sido su doble o su médium, a imaginar, con el sentimiento, que asistía al *college* en su nombre y que no era solamente que yo estuviera recibiendo una formación, sino también que lo estaba sacando a él de la ignorancia. Lo que estaba ocurriendo era, por supuesto, precisamente lo contrario: cada libro que llenaba de subrayados y notas al margen, cada asignatura que cursaba y cada ejercicio que escribía, hacían que aumentara la distancia mental entre él y yo que se había ido haciendo cada vez más ancha desde que ingresé en el instituto, antes de lo que me habría correspondido, a los doce años, es decir a la edad en que él tuvo que dejar la escuela para ayudar a sus padres inmigrantes y a todos sus hermanos. Y, sin embargo, durante muchos meses no hubo nada que mi juiciosa persona pudiera hacer por quitarse de encima esa sensación de formar un todo único con él, que me asaltaba en la biblioteca y en clase y en la recepción de mi colegio mayor; la vehemente, aunque demencial, convicción de que mi padre se hallaba dentro de mí, de algún modo, y de que yo, al tiempo que estimulaba mi propio intelecto, estimulaba el suyo.

Al llegar al hospital, encontré vacía la habitación de mi padre. No había nada suyo en la mesita lateral, y comprobé que del armario habían desaparecido su ropa, su bata y su pequeña maleta. Lo que más miedo daba era el colchón, desnudo de sus sábanas. Corrí pasillo abajo hacia la taquilla de las enfermeras, pensando: «*Se acabó, se acabó, se ha librado de lo peor*», y allí, con enorme alivio, supe que se lo acababan de llevar al quirófano, hacía unos minutos. Y yo no había llegado a tiempo para estar con él por la larga duración de la consulta con mi primer paciente, el taxista parricida. No había muerto. «*Pero si le insertan la aguja por donde no es, si lo dejan ciego, si le paralizan el resto de la cara...*»

Eran casi las cinco cuando lo trasladaron de recuperación a una sala para cuatro casos posoperatorios, donde lo enchufaron a los monitores y donde había una enfermera de guardia durante las veinticuatro horas del día. Permanecí junto a él hasta que terminaron las horas de visita, observándolo con asombro mientras su pulso se mantenía a un ritmo regular de sesenta latidos por minuto. En la misma habitación, los otros pacientes recién llegados del quirófano arrojaban grandes vaivenes en la tensión sanguínea, mientras él permanecía en 155/78 prácticamente sin cambio alguno. No pude, claro está, interpretar las oscilaciones del electrocardiograma, que recorrían la pantalla siguiendo una pauta regular, pero no me pareció detectar nada descontrolado ni arritmico. Mi padre seguía siendo, sistemáticamente, un asombro, y, por consiguiente, seguía condenado a no librarse de nada.

Le habían traído hielo para que lo mantuviese en la boca y le aliviara el dolor que en ella sentía. Se lo fui dando, volviendo a llenar el recipiente cada vez que hacía falta. Le dolía tanto la boca que apenas si podía hablar. Y, al final, cuando tuvo algo que decir, lo dijo corto y sin ambages.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté cuando ya hacía una hora que lo habían traído de recuperación.

La voz era débil; el tono, penoso; el mensaje, muy claro:

—Ojalá estuviera muerto.

No volvió a quejarse.

En la cama de enfrente había un oriental muy pequeñito y muy viejo, con un tubo insertado directamente en la garganta. Había sufrido una operación intestinal y era desconsolador verlo experimentar una arcada tras otra, tratando de expectorar las flemas. Su hija, una chica bastante mona, que tendría unos cuarenta años, terriblemente eficaz y totalmente concentrada en el padre, sin decir una palabra, ponía todo su empeño en que el hombre se sintiera más cómodo; pero no había modo de aportar alivio a sus padecimientos. En ningún momento le cambiaba la expresión de la cara, pero cada pocos minutos lo oíamos luchar con el tubo, como asfixiándose.

A la mañana siguiente, al llegar a la habitación, le pregunté a mi padre:

—¿Qué tal has dormido?

—Fatal. El chino nos ha tenido a todos sin pegar un ojo.

El anciano, sentado ahora en un sillón, junto a la cama, porfiaba con el tubo; y allí estaba ya la hija, atendiéndolo en silencio.

—¿Y la boca? —le pregunté a mi padre.

Negó con la cabeza, para indicar que la boca seguía doliéndole muchísimo.

La enfermera me dijo que mi padre corría aún demasiado peligro como para darle el alta ese mismo día. No había orinado, además, y no podían mandarlo a casa mientras no lo hiciera. Él me dijo que tampoco había hecho de vientre, y se pasaba el rato levantándose de la cama y yendo al cuarto de baño para intentarlo. Yo lo llevaba cada una de las veces y me quedaba a la puerta esperando, por si me necesitaba. De vez en cuando, la mujer oriental y yo nos mirábamos, allí, cuidando de nuestros respectivos padres, y nos sonreíamos.

Vino Lil; vinieron Seth y su mujer, Ruth; Sandy y Helen lo llamaron desde Chicago; Claire, regresada de Londres, lo llamó desde Connecticut; Jonathan lo llamó desde donde estuviera cubriendo su ruta; y luego, más adelante, cuando estaba yo tratando de conseguir que comiera algo del poco apetitoso aguachirle que le habían puesto para almorzar, hizo aparición el doctor Benjamín, con una pinta estupenda e irradiando toda la confianza que todo el mundo espera recibir de su neurocirujano. Lo acompañaba un auxiliar administrativo la mar de pincho, con su camisa blanca y su corbata, desempeñando sus tareas con precisión militar. Comparado con ellos, mi padre, derrengado frente a la bandeja de la cena, con la bata hospitalaria llena de salpicaduras y atada de cualquier modo a la espalda, sin la dentadura y con media cara derrumbándosele, parecía una viejecita y la viejecita a quien se parecía era su madre, Bertha Zahnstecher Roth, como yo la recordaba ahora, en el hospital, al final de sus días. Me vi muy claramente, recién llegado del colegio, a los pies de la cama, mientras él le daba de comer a *ella* y ella le balbucía cosas en *yiddish*.

Benjamín nos dio los resultados de la biopsia. El tumor era de un tipo extremadamente raro, hecho de una especie de material cartilaginoso, « como una uña, más o menos », le explicó a mi padre. Era benigno, pero no podía aplicársele radioterapia. Lo que el médico proponía era extirpar el tumor en dos operaciones, ambas de seis o siete horas de duración. La primera vez entraría por la boca, para retirar parte del bulto, y luego, unos meses más tarde, entraría por la nuca, para extraer el resto.

Comprendo que no le fuera posible, por razones tácticas, pero me habría gustado que Benjamín me hubiera contado todo aquello en un aparte. Era demasiada información para un anciano cuya energía, aquella noche, habría podido medirse en cucharaditas de café. Cuando el médico hubo terminado su informe, mi padre permaneció un rato con los ojos puestos en la bandeja, otra cena de consomé frío y yogur y un vaso de chocolate y gelatina y un polo en su

palito. Resultaba imposible deducir de su mirada, imprecisa en el enfoque, qué era lo que podía estar pensando, si algo pensaba. Yo tenía la mente puesta en la uña que llevaba diez años abriéndose un hueco en su cráneo, en ese material tan empecinado y tan correoso como mi padre, que le había abierto una rendija en el hueso de detrás de la nariz y que, con una potencia obstinada e infatigable, igual que la de mi padre, se había ido hincando como un colmillo por las cavidades de su rostro.

Mi padre dio por fin la impresión de que recordaba la presencia de Benjamin y levantó la cabeza para decirle:

—Mire, doctor, hay un montón de gente esperándome al otro lado.

Y, orientando la cabeza hacia el cuenco de la gelatina, metió cuchara y siguió adelante con su intento de cenar algo.

Yo salí al despacho con el médico y su ayudante.

—No veo cómo podría sobrevivir a dos operaciones semejantes —dije.

—Su padre es un hombre fuerte —me contestó el médico.

—Sí, muy fuerte, pero tiene ochenta y seis años. Puede que nos estemos excediendo.

—El tumor se halla en un punto crítico. Es de temer que empiecen a producirse graves problemas en el transcurso de un año.

—¿Como qué problemas?

—Para tragar, seguramente —dijo él, llevándome a imaginar un cuadro espantoso, pero no peor que el de figurármelo recuperándose no de una operación craneal de ocho horas, sino de las dos en que estábamos ya. El médico añadió:

—Puede ocurrir cualquier cosa, en realidad.

—Tendremos que volver a pensárnoslo todo desde el principio —dije yo.

Nos despedimos con un apretón de manos, pero él, cuando ya empezaba a alejarse de mí, escoltado por su ayudante, se dio media vuelta para recordarme con suavidad:

—En cuanto algo ocurra, puede ser ya demasiado tarde para prestarle ayuda a su padre, señor Roth.

—Puede que ya sea demasiado tarde, ahora —le contesté.

A la mañana siguiente aún no había orinado, y como le ocurría igual que a todo el mundo, es decir que no tenía ninguna gana de que le introdujeran un catéter, le sugerí que fuera al cuarto de baño, que dejase abierto el grifo del lavabo y que se quedara ahí sentado hasta que pasase lo que tenía que pasar. Fue tres veces, y la última, transcurridos veinte minutos, salió diciendo que el método había funcionado. Él había hecho que funcionara.

Tras haberlo ayudado a vestirse para salir, fui a llamar por teléfono a mi hermano para decirle que salíamos ya del hospital y que íbamos directamente en coche a mi casa de Connecticut, donde Claire y yo pensábamos pasar el verano.

—Bueno, pues ahora ya sabemos seguro que no hay nada que hacer —le dije a mi hermano. Las dos operaciones son impensables. Tendrías que haber visto cómo salió de ésta.

Mientras metía en la maleta de mi padre sus bártulos de afeitar, el anciano de enfrente seguía ahogándose con el tubo metido en la garganta, y seguía la hija acudiendo a un lado y a otro, en su intento de que su padre se encontrara más cómodo. Me acerqué a despedirme de ella.

—¿Está mejor su padre? —me preguntó, con un acento muy fuerte, que hacía difícil entender lo que decía.

—Por ahora, sí —le contesté.

—Su padre es un hombre valiente —me dijo.

—Y el suyo también —le dije. La vejez no es ningún jolgorio, ¿verdad?

Ella sonrió y me tendió la mano, sin haber entendido, seguramente, lo que acababa de decirle.

Ya fuera del hospital, mientras lo llevaba muy despacio por el aparcamiento adelante, camino de mi coche, mi padre me dijo, igual que un niño a quien le han prometido un premio si se toma la horrible medicina:

—¿Y *ahora* ya pueden arreglarme el ojo de una vez?

Se alojaría en un dormitorio del piso de arriba, desde cuyas ventanas se veían manzanos y fresnos y arces. Tenía estufa de leña y una alfombra norteafricana de colores brillantes; y era una habitación en la que siempre le había gustado dormir, cuando venía a casa, con mi madre y, tras la muerte de ésta, en el par de fines de semanas que cada verano pasaban él y Lil con nosotros, en el campo. Lo llevé arriba después de comer, para que echase una cabezadita. Aquella misma mañana, Claire había preparado una olla grande de sopa de verduras, para que se la fuera comiendo durante los días venideros, y había adornado la habitación con flores del jardín; pero resultó que seguía sin poder echarse a la boca nada caliente y que lo habían dejado tan exhausto las dos horas que tardamos en llegar en coche desde el hospital, que ahora permanecía sentado, mirando fijamente el tazón de sopa, incapaz de reaccionar ante el empeño que Claire ponía en que se sintiera a gusto.

Una vez en su habitación, se quedó dormido inmediatamente, sin levantar la colcha. No obstante, cuando volví a comprobar cómo estaba, veinte minutos más tarde, vi, al pasar junto a la puerta entreabierta del cuarto de baño contiguo a su dormitorio, que estaba sentado en el inodoro, con la cabeza entre las manos. Viniendo hacia aquí, por dos veces creyó que tenía que ir al servicio, y paramos en sendas gasolineras.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo él; pero luego, cuando intenté llevarlo a

dar un corto paseo por los campos de alrededor, me dijo que le daba miedo salir, no fuera que se le presentase la necesidad urgente de ir al cuarto de baño. Aún no había hecho de vientre, y me pidió que fuera al almacén a comprarle zumo de ciruela, a ver si le hacía efecto. Estaba espantosamente alicaído, mental y físicamente agotado, aunque en una ocasión, encontrándome yo en el vestíbulo, ausente del salón en que él se hallaba, todo encogido en una butaca, frente a la chimenea, lo oí murmurar algo que, a fin de cuentas, no guardaba relación alguna con sus padecimientos:

—Pobre hombre, el chino ese —decía.

A la mañana siguiente ya estaba con más energías, y a la hora del desayuno pudo tomarse un poco de té tibio y admitir en la boca casi la mitad del tazón de harina de avena con leche que acababa de prepararle Claire. Yo aproveché para subir al dormitorio mientras hablaban entre ellos. Claire atendía pacientemente a su descripción de la santidad de mi madre, que no era tampoco la primera vez que le escuchaba: cocinar para ocho, nueve y diez personas, alojar a parientes que se presentaban en la puerta sin un centavo en el bolsillo, recién desembarcados, ponerse de rodillas para fregar la escalera exterior de madera... Iba con idea de airear la habitación, hacer la cama y coger la ropa sucia de su maleta del hospital para llevarla a la lavandería aquella tarde, con nuestra colada semanal. Pero cuando levanté la sábana de arriba, vi en la de abajo una mancha de sangre, y otra en el fondillo del pantalón del pijama que se había puesto limpio aquella noche. Eché el pijama en el canasto de la lavandería, lo sustituí por uno de los míos y, tras levantar la cama, volví a hacerla con sábanas limpias. A la altura del tronco para abajo, extendí a lo ancho de la cama una doble capa de toallas de baño, para que no volviera a manchar la sábana. Estaba alarmado ante la evidencia de tanta sangre rectal, y no sabía cómo explicármela. Me pregunté si él sabría la causa.

No tuve oportunidad de averiguarlo, porque nada más concluir su charla con Claire —quien, mientras fregaba los cacharros del desayuno, hubo de escuchar en todo su detalle la crónica de cómo quebró la pequeña zapatería que mi padre y mi madre montaron después de casarse—, cogió el periódico del día anterior y volvió a subir al cuarto de baño. Se había tomado un vaso de zumo la noche antes, y otro con el desayuno, pero cuando me dirigí a él, veinte minutos más tarde, preguntándole cómo iba, me contestó muy desanimado, como quien está en una taquilla de apuestas, en vez de en el cuarto de baño:

—No hay suerte.

—Ya vendrá —le contesté.

—Son cuatro días —dijo, en tono tétrico.

—La biopsia, la anestesia, tanto estar tumbado en la cama... Todo eso te ha puesto el sistema patas para arriba. Otros dos días de comer regularmente, un poco de ejercicio, y vas a estar estupendo. ¿Qué te parece si salimos a dar una

vuelta? Seth y Ruth van a llegar en seguida. Acompáñame al estudio, y me esperas sentado en el porche mientras miro el correo.

—Dentro de un ratito.

Tardó otra media hora en salir, y con tal aspecto de derrota, que sobraban las preguntas. Ya abajo, dijo que no al paseo y volvió a hundirse en la butaca del salón. Tomé asiento enfrente de él, en el sofá, con el *Times*, y le ofrecí leerle lo que decían de Bush y Dukakis.

—Bush —dijo él— y su jefe, el pistolero Reagan. ¿Sabes lo único que aprendió el pistolero Reagan, en ocho años? A quedarse dormido y a saludar. El mejor saludador del país. Nunca he visto a nadie que lo hiciera mejor que él.

Me puse a leerle del *Times*, pero me interrumpió para decirme que se había dejado la dentadura arriba y que no le apetecía que los « chicos » lo vieran sin ella. De modo que dejé a un lado el periódico y volví al piso de arriba a buscar la dentadura, que estaba en la repisa de al lado del inodoro, donde la había puesto él mientras trataba en vano de mover los intestinos. Abrí el grifo y limpié bajo el chorro los restos de desayuno que quedaban en los dientes. Luego fui escaleras abajo, a llevársela, pensando: « La boca, los ojos, la cara, el intestino, el recto, el cerebro... » y me dejaba un montón de cosas. Podía ser peor — y lo sería, mucho peor —, pero aquello ya era un buen lote de padecimientos, para estar sólo en el principio del fin. No habría sido inoportuno, quizá, que al pobre chino, ahí tendido en la cama, ahogándose con el tubo, se le hubiera ocurrido pensar, refiriéndose a mi padre: « Pobre hombre, el judío ese » .

Almorzamos en la habitación de verano, junto a la cocina, un cuarto rústico, grande, con aspecto de granero y suelo de piedra, que en origen fue la leñera de aquella casa labriega. Ahora, todo un lado de la habitación la cerraban puertas deslizantes, de cristal, con vistas al césped, los muros de piedra y los arroyos y campos que se extendían delante de la casa. En otros tiempos, ahí solía instalar a mi padre, en un sillón de mimbre, frente al espacio abierto, y cuando hacía buen tiempo se pasaba la mañana tan campante, con el *Times*, leyendo primero las noticias de Israel y luego todo lo que se dijera del gobierno Reagan, lo cual le servía para mantener vivo su odio al presidente durante lo que quedase de mañana.

Ahora que Seth y Ruth habían venido a comer y todos charlábamos de cosas insustanciales, en un día de verano tan luminoso como darse puede, mi padre se hallaba totalmente aislado en el interior de un cuerpo que se había trocado en un recinto de alta seguridad, a prueba de fugas, una especie de cajón de matadero.

Cuando estábamos a punto de terminar de comer, apartó su silla y se dirigió hacia la escalera que lleva a la cocina. Era la tercera vez que se levantaba de la mesa, y fui con él para ayudarlo a subir. No me lo permitió, sin embargo, lo cual

me llevó a pensar que se disponía a hacer un nuevo intento de mover los intestinos en el cuarto de baño, y preferí no incomodarlo con mi insistencia.

Tomábamos el café cuando me di cuenta de que aún no había regresado. Me levanté de la mesa sin decir nada, mientras los demás seguían hablando, y entré en la casa, convencido de que iba a encontrármelo muerto.

No estaba muerto, pero sí, quizá, deseando morirse.

El olor me llegó cuando sólo iba por la mitad de la escalera al piso de arriba. Al llegar a su cuarto de baño encontré la puerta abierta de par en par; delante, en el suelo del pasillo, vi sus vaqueros y sus calzoncillos. Dentro del cuarto de baño estaba mi padre, completamente desnudo, recién salido de la ducha y chorreando agua. La peste era insoportable.

Le faltó poco para echarse a llorar, al verme. En el tono más desesperado que quizá le haya oído nunca a nadie, me dijo algo que no me habría costado mucho trabajo adivinar:

—Me he cagado.

Había mierda por todas partes, aplastada por los pies en la alfombrilla, ribeteando el borde y manchando la columna del lavabo, apilada en el suelo, salpicando el cristal de la ducha que acababa de abandonar, secándose en la ropa tirada. También en el pico de la toalla con que había empezado a secarse. En aquel cuarto de baño de reducidas dimensiones, que era yo quien utilizaba normalmente, había hecho lo posible por salir del embrollo por sus propios medios, pero, casi ciego como estaba, y recién salido del hospital, al quitarse la ropa para meterse en la ducha lo único que consiguió fue extender la mierda por todas partes. Vi que hasta las cerdas de mi cepillo de dientes, colocado en su colgador, sobre el lavabo, tenían las puntas manchadas.

—No pasa nada —le dije—, no pasa nada. En seguida lo arreglamos todo.

Metí el brazo en la cabina de la ducha, volví a abrir el agua y estuve jugando con los grifos hasta obtener la temperatura adecuada. Luego le quité la toalla y lo ayudé a meterse otra vez en la ducha.

—Agarra el jabón y empieza desde el principio —le dije; y mientras él, obedientemente, se iba enjabonando todo el cuerpo, yo hice un montón con su ropa, las toallas y la alfombrilla, fui al armario que había en el pasillo y cogí una funda de almohada y la usé de bolsa en que meterlo todo. Y le llevé una toalla limpia. Luego lo saqué de la ducha y lo llevé directamente al pasillo, donde el suelo aún no estaba manchado, lo envolví en la toalla y me puse a secarlo.

—Ha estado muy bien que lo intentaras —le dije—, pero me temo que no había nada que hacer.

—Me he cagado encima —dijo él, y esta vez sí que se echó a llorar.

Lo hice entrar en el dormitorio y allí lo dejé, sentado en el borde de la cama, secándose, mientras yo iba a buscarle un albornoz de los míos. Una vez seco, lo ayudé a ponérselo y luego levanté la sábana de arriba de la cama y le dije que

se echara un rato a dormir.

—No les digas nada a los chicos —me pidió, mirándome desde la cama con su único ojo útil.

—No pienso decírselo a nadie —le contesté. Diré que estás descansando un rato.

—No se lo digas a Claire.

—A nadie —le dije. No te preocupes. Puede pasarle a cualquiera. No pienses más en el asunto y descansa todo lo que puedas.

Bajé la persiana para que no le entrara luz, salí del dormitorio y cerré la puerta.

Por el cuarto de baño parecía haber pasado un malvado ladrón que, además de robar la casa, nos hubiera dejado su tarjeta de visita. Como mi padre estaba atendido, y él era lo que importaba, si por mí hubiera sido habría clavado la puerta y me habría olvidado del cuarto de baño para siempre. « Es como escribir un libro », pensé: « no sabe uno por dónde empezar ». Entre con mucho cuidado, mirando muy bien dónde pisaba, alargué el brazo todo lo posible y abrí la ventana. Ya era algo. Luego bajé a la cocina por la escalera trasera y, procurando que no me vieran Seth, Ruth y Claire, que seguían charlando en la habitación de verano, cogí un cubo, un cepillo, una caja de Spic y dos rollos de papel de cocina y volví a subir al cuarto de baño.

Lo más fácil de eliminar era lo de delante de la taza, que formaba una extensión de excremento más o menos continua. Cuestión de recogerlo, echarlo al váter y tirar de la cadena. Ni la puerta de la ducha, ni el alféizar de la ventana, ni las lámparas, ni la jabonera, ni los toalleros fueron problema. Mucho papel de cocina y mucho jabón. Pero lo que se había metido en las juntas del suelo, estrechas y desiguales, eso sí que constituía un verdadero desafío. El cepillo lo único que hacía era empeorar las cosas. Al final, eché mano del cepillo de dientes y, mojóndolo de vez en cuando en el agua caliente y jabonosa del cubo, fui limpiando una por una las juntas, palmo a palmo, de pared a pared, hasta que el suelo quedó tan limpio como me fue posible dejarlo. Cuando llevaba quince minutos de rodillas, decidí que allí se quedarían para siempre las salpicaduras y partículas demasiado profundas, fuera de mi alcance. Quité los visillos de la ventana, aunque parecían limpios, y los hundí en la funda de almohada, con las demás cosas sucias. Luego fui al cuarto de baño de Claire a buscar agua de colonia, con la cual rocié abundantemente, con los dedos, como agua bendita, aquel recinto recién frotado y fregoteado. Coloqué un pequeño ventilador de verano en un rincón y lo dejé en marcha; luego volví al cuarto de baño de Claire y me lavé las manos, los brazos y la cara. Viendo que tenía un poco de excremento en el pelo, me lavé también esa parte.

Volví de puntillas al dormitorio, y allí seguía él, durmiendo, respirando, aún vivo, todavía conmigo: un contratiempo más que superaba aquel hombre que yo

llevaba desde siempre conociendo por padre. Me hacía sentirme muy a disgusto que hubiera tenido que luchar con tanto heroísmo y tan poca fortuna por lavarse antes de que yo subiera al cuarto de baño; también comprendía su vergüenza, el bochorno que había tenido que sentir; y, no obstante, ahora que todo había terminado, viéndolo tan profundamente dormido, pensé que no habría podido pedir más para mí antes de su muerte: esto también estaba bien y era lo que tenía que ser. Uno limpia la mierda de su padre porque no hay más remedio que limpiarla, pero después de haberla limpiado, todo lo que hay que sentir se siente como jamás antes se había sentido. Tampoco era la primera ocasión en que comprendía esto: una vez puesto a un lado el asco e ignorada la náusea, una vez se arroja uno más allá de las fobias, fortificadas como tabúes, queda muchísima vida por apreciar.

Aunque, bueno, esperemos que con esta vez baste, añadí, dirigiéndome mentalmente al cerebro dormido que el tumor cartilaginoso estrujaba: si tengo que hacer esto todos los días, puede que se me pase bastante la emoción.

Fui al piso de abajo con la apestosa funda de almohada y la metí en una bolsa negra de basura, para luego cerrar ésta, arrastrarla hasta el coche y meterla en el maletero, para posterior traslado a la lavandería. Y no podía tener más claro por qué todo aquello estaba bien y era lo que tenía que ser, ahora que el trabajo estaba hecho. De modo que *esto* era el patrimonio. Y no porque limpiarlo simbolizara alguna otra cosa, sino precisamente porque no, porque no era sino la realidad vivida que era.

Éste era mi patrimonio: no el dinero, ni los tefelines, ni el cuenco de afeitarse, sino la mierda.

Al día siguiente, por la noche, lo ayudé a darse un baño. Por la mañana, mientras le hacía la cama, había vuelto a encontrar manchas de sangre en su pijama y en el espesor de toallas que protegía la sábana de abajo; y cuando le pregunté si era consciente de esas pérdidas de sangre, me dijo que eso era lo que le ocurría cuando no tomaba un baño de asiento antes de meterse en la cama.

—Si ése es el problema, lo mejor será que utilices el cuarto de baño de delante —le dije. Tendrías que habérmelo dicho. No hace falta que te duches.

—Necesito sales Epsom.

Cogí el coche y fui a comprarle una caja de sales Epsom a la farmacia de la localidad más próxima, y aquella noche le preparé un baño y eché un puñado de sales en el agua. Permanecí sentado en el borde de la bañera mientras corría el agua, probando la temperatura con los dedos: recuerdo que mi madre solía hacerlo con el codo. Él, mientras, aguardaba, sentado en la taza del váter con la tapa bajada, envuelto en mi albornoz rojo. Una vez llena la bañera, coloqué la alfombrilla de caucho en el fondo, para evitar que se resbalase al entrar o salir.

Luego le ofrecí el brazo, pero se negó a permitir que le prestara ayuda, a pesar de mi insistencia. Hizo que me quedara a un lado y, poniéndose de rodillas y girando sobre su propio eje, logró meter una pierna en la bañera, subir el cuerpo por encima del borde y luego meter la otra pierna, para, a continuación, trazando un lento círculo sobre las rodillas, situarse de frente.

—Una maniobra bastante complicada —le dije.

—Lo hago todas las noches, y o solo.

—Bueno, pues quédate ahí sentado un rato. Si me necesitas...

—Es un gusto —dijo él, echándose agua por el pecho con ambas manos. Débilmente al principio, luego con más vigor, empecé a flexionar las rodillas, y pude observar el funcionamiento de sus músculos en la parte baja de la pierna. Le miré el pene. No creo que se lo hubiera vuelto a ver desde que era pequeño, y en aquella época me parecía enorme. Era correcto: grueso y robusto, la única parte de su cuerpo en que no se revelaba la vejez. Parecía en buen estado de funcionamiento. Más gordo que el mío, observé. « Mejor para él », pensé. « Si ha servido para proporcionarles placer, a mi madre y a él, tanto mejor ». Me quedé mirándolo atentamente, como si hubiera sido la primera vez, esperando que se me presentasen los pensamientos. Pero no hubo ninguno más, excepto la recomendación que me hice de fijarlo en la memoria cuando él estuviera muerto. Quizá pudiera evitarse, así, que con el paso de los años mi padre se trocase en algo atenuado y etéreo. « Tengo que recordar con precisión », me dije. « Tengo que recordarlo todo con precisión, para poder recrear en mi mente el padre que me creó, cuando él ya no esté ». *No hay que olvidar nada.*

Perneaba con fuerza, como un niño pequeño jugando en la bañera, pero no había ningún placer infantil en su media cara triste. Daba la impresión de tomarse el baño mortalmente en serio, igual que si esta tarea, como casi todo lo demás, últimamente, requiriera de la máxima determinación para efectuarse.

Me puse a lavarle la espalda y, cuando me estaba fijando en lo pálido que se había quedado, me dijo:

—Esto ya me ha ocurrido otra vez en la vida.

Supe a qué se refería y seguí enjabonándolo con el manguito, como si restregándolo de ese modo hubiera podido devolverle una parte del vigor perdido.

—Fue a raíz de que me trasladaran a South Jersey —siguió diciéndome. Quedó bajo mi responsabilidad el distrito de Maple Shade. Tenía cuarenta hombres a mis órdenes. Una oficina grande. Doce secretarías. En plena noche suena el teléfono y es alguien de la oficina, diciéndome que habían entrado en el local. Salgo de la cama, y antes de poder llegar al váter, me pasó lo mismo. Tuvo que ser el miedo.

—Toma —le dije. Luego le tendí el jabón y el manguito y me acomodé en la taza del váter, con la tapa bajada, mientras él se frotaba la espalda con suavidad. Cuando hubo terminado, se agarró ambas nalgas con las manos y se las separó.

—Me ha dicho el médico que haga esto —dijo.

—Pues muy bien —le contesté. Es una buena idea. Tómate el tiempo que te haga falta.

En 1956, cuando tenía exactamente la edad que yo tengo ahora, Metropolitan Life puso bajo su responsabilidad una sucursal con cuarenta agentes, ayudantes y corredores y doce administrativos en plantilla. Como jefe, mi padre imponía a sus empleados el mismo ritmo incansable que de su propia persona exigía, y el traslado al distrito de Maple Shade significaba su tercer ascenso desde que en 1948, en Newark, había dejado de ser ayudante. La consecuencia de estos ascensos era que lo hacían responsable de una sucursal más importante, donde podía mejorar sus ingresos, pero que se hallaba en peor situación y que facturaba menos que la sucursal anterior, que él ya había redimido de sus dificultades, con mano de hierro, hasta situarla entre las más productivas de la zona. Para él, los ascensos venían a ser una especie de degradación. Lo suyo era pasarse la vida superando las cuestras más empinadas.

Mirándolo ahí, mientras el agua caliente aportaba alivio a las fisuras rectales que, según acababa de decirme, le provocaban aquellas pérdidas de sangre, me puse a pensar que la Compañía de Seguros Metropolitan Life nunca llegó a saber de veras lo que tenían con Herman Roth. Le habían concedido, a guisa de recompensa, una pensión decente, hacía ya veintitrés años, cuando le llegó la edad del retiro, y durante su vida laboral le fueron entregados diversas placas y pergaminos e insignias que levantaban acta de sus logros. Tenía que haber, por supuesto, decenas de directivos que trabajaran tan duro como él, y con no menos éxito; pero entre los mil directores de sucursal diseminados por todo el país era sencillamente imposible que ningún otro se hubiera —utilicemos sus propias palabras— «cagado» de miedo en los pantalones al enterarse de que unos ladrones habían aprovechado la noche para meterse en su sucursal. Aquello era de una lealtad como para que la compañía hubiese beatificado a Herman Roth, igual que hace la Iglesia con los mártires que en su nombre padecen.

Y yo, su hijo, ¿acaso había sido objeto de una devoción menos primitiva y esclava? Una devoción no siempre de la mejor índole —una devoción de la que ya estaba deseando desembarazarme allá por los dieciséis años, cuando empecé a darme cuenta de que me echaba a perder—, pero a la cual, ahora, me produce cierta satisfacción poder corresponder, aquí, sentado en la tapa del váter, mirándolo agitar las piernas arriba y abajo, como un bebé en su cochecito.

Podría aducirse que no es gran cosa, en un hijo, proteger con ternura a su padre cuando ya éste ha perdido todo su poder y está casi destruido. A ello sólo podría aducir que ya sentía el mismo impulso de proteger su vulnerabilidad (como emotivo padre de familia, vulnerable a la fricción familiar; como sostén de la familia, vulnerable a la inseguridad económica; como hijo, toscamente labrado, de inmigrantes, vulnerable a los prejuicios sociales) cuando aún vivía en

casa y él poseía una salud poderosa y me volvía loco con esos consejos inútiles y esas restricciones carentes de sentido y esos razonamientos suyos que me llevaban, en la soledad de mi cuarto, a darme manotazos en la frente, aullando de desesperación. Ésta era exactamente la discrepancia que había convertido el hecho de repudiar su autoridad en *un* conflicto agobiante, tan cargado de pena como de desprecio. Mi padre no era un padre cualquiera, era el padre, con todo lo detestable y todo lo digno de amar que hay siempre en un padre.

Al día siguiente, cuando llamó Lil desde Elizabeth, interesándose por él, lo oí decirle:

—Philip es como una madre para mí.

Me sorprendió. Lo lógico habría sido que dijera «como un padre», pero su descripción, era, de hecho, más atinada que mis vulgares expectativas y, al mismo tiempo, mucho más flagrante y descarada en su desinhibida franqueza, tan envidiable. Sí, siempre me estaba enseñando algo, no lo que enseña el típico padre norteamericano, no cosas del colegio, ni de deportes, ni de príncipes, azules, sino cosas más groseras y ordinarias de lo que podía aceptar mi adolescencia, ansiosa, con una muy predecible vanagloria, de un padre juicioso y digno que ocupara el lugar de aquel padre sin desbatar del que me avergonzaba a medias y que, sin embargo, al mismo tiempo —sobre todo en su condición de víctima del antisemitismo—, ponía en marcha mi solidaridad y me hacía detestar más a quienes lo envilecían. Él me enseñó la lengua vernácula. Él *era* la lengua vernácula, despoética y expresiva y a bocajarro, con todas sus cegadoras limitaciones y toda su perdurable fuerza.

Sobre el antisemitismo, en efecto, habíamos hablado brevemente, el otoño pasado, el presidente y director ejecutivo de la Metropolitan Life y yo, a resultas de un texto autobiográfico mío aparecido en la *New York Times Book Review* de octubre. El artículo —que, con el título de «En casa, sano y salvo» utilicé más tarde como capítulo inicial de *Los hechos*— describía mi barrio de Newark como una especie de santuario protector para los niños judíos que allí se criaron durante los años treinta y cuarenta, cuando yo, sin ir más lejos, me sentía amenazado, como estadounidense, por los alemanes y los japoneses, y, no siendo más que un niño, «no era inconsciente», como judío, «de la capacidad de intimidación que emanaba tanto de los más altos como de los más bajos estamentos de la Norteamérica gentil».

Fue el hecho de que yo mencionara en mi texto la discriminación empresarial practicada por la Metropolitan Life en aquellos años lo que dio lugar a que John Creedon se dirigiera a mí en una carta. Tras recordarme que había tenido el gusto de conocer a mi padre muchos años atrás, continuaba diciéndome que él, entonces, no le había comentado nada de aquella discriminación, y que estaba convencido de que semejante situación en modo alguno podía darse en la Metropolitan Life de hoy en día. De hecho, si me escribía era por causa de una

carta que, con motivo de mi artículo del *Times*, acababa de dirigirme un antiguo compañero suyo, médico ya retirado que trabajó en la compañía durante los años cuarenta. Creedon adjuntaba a su propia carta la correspondencia entre ellos que yo, sin querer, había provocado.

La carta del médico a Creedon dedicaba tres párrafos a refutar mis afirmaciones en cuanto a la existencia de discriminación en la Metropolitan durante los años treinta y cuarenta. El hombre se declaraba « fuertemente impresionado » por el hecho de que Philip Roth pudiera creer semejante cosa; y, como prueba en contrario, señalaba que « uno de los más reputados directivos de la Metropolitan era judío; hablo de Louis I. Dublin, famoso en el mundo entero por sus dictámenes sobre sanidad y estadística hechos en nombre de la Metropolitan »; y que otro judío, Lee Frankel, era « alto ejecutivo y, en la práctica, mano derecha de Haley Fisk », presidente de la compañía. « Supongo », proseguía, « que el señor Roth alegará en su defensa que en el artículo nos está transmitiendo sus impresiones infantiles, y puede que no esté haciendo sino recoger comentarios y actitudes que sobre la compañía oyó expresar en su casa. Ojalá hubiese algún modo de corregir tales impresiones ».

Creedon, en su respuesta al médico, contaba que unos años antes había invitado a mi padre a venir a verlo a la sede central, para comer juntos, tras haberse encontrado con mi hermano en una cena y haberse enterado de la carrera de mi padre en la Metropolitan, empezando desde los peldaños inferiores, como agente de poca categoría, y acabando de director de una de las sucursales más importantes. Creedon afirmaba que mi padre era una persona muy interesante, y que si la autobiografía del hijo acertaba en lo tocante a las ideas del padre sobre la existencia de discriminación por motivos religiosos en la Metropolitan, era evidente que más adelante había cambiado de opinión.

Puede que el médico quedara fuertemente impresionado ante mi idea de que en una gran compañía aseguradora de los Estados Unidos pudiera existir discriminación contra los judíos, pero no fue menor mi sorpresa ante el hecho de que dos eminentes ejecutivos de esa compañía —cuyas cartas, por otra parte, estaban llenas de buena intención— hubieran llegado a la conclusión de que esta simple constatación histórica aún tuviera que ser desmentida a finales de los ochenta, aunque sólo fuera entre ellos. Si en las cartas sólo hubiera habido esa inocencia, lo más probable es que me hubiese limitado a enviar a sus autores una nota, más o menos cordial, diciéndoles que tenía mis razones para no compartir su opinión, y ahí habría terminado la cosa. Lo que me dolió hasta el punto de provocarme fue que ambos hubieran tomado la decisión de atribuir la poca halagüeña visión de su compañía a la mala percepción de mi padre, a sus « actitudes » y « puntos de vista », y no a las viejas prácticas de la Metropolitan.

Cuando me llegaron aquellas cartas, llamé a mi padre y le dije:

—Oye, que todos estos años has vivido en un error con respecto a la

Metropolitan. Les encantaban los judíos. Se desvivían por ascenderlos. Todo lo demás es paranoia judía.

Le leí la carta del médico a John Creedon, en refutación de mi texto.

Cuando terminé, mi padre se echó a reír con algún sarcasmo.

—Bueno, ¿qué me dices?—le pregunté.

—A ese tipo aún no se le ha cerrado la fontanela —me contestó. ¿Cómo dices que se llama?

Se lo dije.

—Dublín era judío, desde luego —dijo él. Y Peterfreund, mi jefe, también. Pero de ahí a que un judío hiciera la misma carrera que un cristiano en la compañía... ¿En aquellos tiempos? Anda allá. Si te ponías a contar los judíos de la sede central, te sobraba con los dedos de una mano.

Pasé unas cuantas tardes de los días siguientes en los archivos del American Jewish Committee de la calle 56 Este, siguiendo las indicaciones del directivo de la B'nai Brith Anti-Defamation League que se puso al teléfono cuando llamé preguntando dónde podía encontrar datos sobre la discriminación en el sector de los seguros. Una vez recopiladas varias páginas de notas, tomadas de números antiguos del *New York Times*, de los comunicados de la sección de Derechos Civiles del American Jewish Committee y de diversos libros y periódicos, le escribí a John Creedon una carta de dos folios y medio, aportando documentación a esas «actitudes» de mi padre que él y su amigo el médico tanta prisa se habían dado en desacreditar.

10 de diciembre de 1987

Estimado señor Creedon:

... Estoy seguro de que, tal como usted apunta en su carta, la oferta de oportunidades profesionales a los grupos minoritarios es considerablemente mayor ahora, dentro de la Metropolitan Life, que en los años treinta y cuarenta, período al que yo me refería en mi escrito autobiográfico. Tras la aprobación de la Fair Employment Practice Act de 1951<sup>[6]</sup>, ha habido, lógicamente, una permanente y fructífera presión sobre las empresas e industrias anteriormente discriminatorias para que contraten a personas pertenecientes a grupos minoritarios y los asciendan a puestos directivos de primer nivel. No obstante, en fecha tan tardía como los años sesenta —y según un artículo del *New York Times* de 20 de marzo de 1966—, el gobierno federal aún tuvo que poner en marcha «una campaña, moderada, pero aparentemente muy firme, contra supuestas discriminaciones religiosas en las compañías de seguros». «Su objetivo», se decía en el mencionado artículo, «es abrir los puestos directivos a los judíos y a los católicos, así como a los negros

y otras minorías raciales, en compañías donde los cargos principales puedan estar reservados a los protestantes de raza anglosajona» .

A continuación aporté datos de otros documentos, una investigación del sector de seguros publicada en 1966 por el Fiscal General del Estado de Nueva York, Louis Lefkowitz y de un estudio efectuado en 1960, cuando mi padre aún trabajaba para la Metropolitan. Ambos indicaban que la proporción de ejecutivos judíos en las sedes centrales de las siete compañías de seguros más importantes se situaba en torno al tres y medio por ciento, en conjunto, y que dos de cada tres ejecutivos judíos estaban arrinconados, como Louis I. Dublin, en labores predominantemente estadísticas o tenían contrato como actuarios, médicos, asesores jurídicos o expertos contables. Mi carta terminaba con estas palabras: « A la luz de todo lo que estos datos nos revelan sobre la existencia histórica de prácticas discriminatorias en las principales aseguradoras norteamericanas... me gustaría saber por qué razón espera usted que hayan cambiado los “puntos de vista” de mi padre: los antecedentes no suministran base alguna para tal revisión. Lo que se ha producido es una reconsideración de la política de las compañías aseguradoras en lo tocante a las minorías; y ello, además, no por propio impulso, sino en respuesta a la legislación federal y las investigaciones del gobierno» .

Le envié el texto a Creedon y le entregué una copia a mi padre, la vez siguiente que nos volvimos a ver.

Cuando la hubo leído, tuve la impresión de que no sabía cómo reaccionar.

—¿De dónde te has sacado todos estos datos?

—De los archivos del American Jewish Committee. Fue cuestión de un par de tardes.

—El señor Creedon es una persona excelente. ¿Sabes que me invitó a comer a la sede central?

—Lo sé.

—Me vinieron a recoger en una limusina y me llevaron a la sede.

—Mira, ya supongo que será un tío estupendo. Lo que pasa es que tiene un par de fallitos sin importancia en su sentido de la historia.

—Sí, eso ya se lo dejas muy claro.

—Porque no me gustó nada lo que decía de ti en su carta, que esperaba que hubieses cambiado de opinión. Y una mierda.

—Se portaron maravillosamente conmigo, en la Metropolitan. ¿Sabes cuánto me llevan pagado, por jubilación, desde que me retiré? Estuve calculándolo la semana pasada. Más de un cuarto de millón de dólares.

—Eso es una miseria. Tú vales muchísimo más.

—¿Habiendo dejado de estudiar en octavo? ¿De veras? —se echó a reír. Yo no tenía nada, absolutamente nada. Mamá y yo estábamos sin un centavo, y ellos me contrataron. Es extraordinario que algo así pudiera ocurrirle a un hombre

como yo.

—Por las narices, es extraordinario. Trabajaste. Sudaste sangre por ellos. Tú tienes tu historia y ellos tienen la suya. La diferencia es que la tuya te la has ganado a pulso. Dices que no eras «nada», pero ellos no son conscientes de su propia historia, a juzgar por las cartas que escriben.

—No les gusta nada la verdad. ¿Qué tiene eso de particular? Hazme un favor, anda —añadió, con la carta en la mano, mostrándomela. Con esto ya vale. Déjalo estar.

Pues esto sí que era nuevo: mi padre expresando malestar ante algo escrito por mí. En las novelas del ciclo Zuckerman, le había dado a Nathan Zuckerman un padre incapaz de soportar la pintura que su hijo —también escritor— hacía de los personajes judíos. A mí, en cambio, el destino me había dado un padre implacablemente leal y devoto, que jamás hallaba nada criticable en mis textos (de hecho, quienes lo sacaban de quicio eran los judíos que atacaban mis libros por antisemitas, por expresar odio de las cosas propias). No, ahora resultaba que a mi padre no le importaba en absoluto lo que yo escribiera o dejara de escribir sobre los judíos; para él, lo malo era lo que acababa de escribir sobre los gentiles: sobre los gentiles a un gentil, y no a un gentil cualquiera, sino precisamente a uno que antaño fue su jefe.

—No creo que vayan a tocarte la pensión por culpa de esta carta, si es eso lo que te preocupa.

—No hay nada que me preocupe —dijo él.

—Ni por lo más remoto pretendía molestarte. Al contrario.

—No estoy molesto. Pero no les envíes nada más.

Y, sin embargo, en el entierro, mi prima Ann me dijo que cuando ella y su marido, Peter, estuvieron a verlo una tarde, mi padre fue a sus carpetas a buscar la carta, para luego enseñársela muy orgulloso a Peter, que es abogado. Conmigo no volvió a hablar del asunto; tampoco recibí respuesta de nadie de la Metropolitan.

Estaba pasando una semana con nosotros, en Connecticut, después de la biopsia, y para cuando estuvo en condiciones de regresar a Elizabeth ya comía otra vez con buen apetito, y apenas le dolía la boca. También había recuperado el peso que perdió en el hospital, e incluso le acompañaban ya las fuerzas para dar un paseo después del desayuno y otro por la tarde. Todas las mañanas aparecía en la cocina diciendo: «He dormido como un lirón»; y, por la noche, después de cenar, se quedaba a la mesa charlando con Claire y tomándose un café; y cuando yo llevaba mucho tiempo retirado, leyendo o viendo un partido en la tele, él seguía en la cocina, contando historias de sus familiares y de cómo les había ido a todos ellos en Estados Unidos. Eran relatos aburridos, sin especial significación, para cualquiera que no se hubiese criado en el seno familiar; y,

cabía suponer, tremendamente repetitivos incluso para él, a estas alturas (éste murió, el otro se casó, el de mis allá se quedó sin dinero, aquél perdió a su mujer, y este otro, gracias a Dios, acabó levantando cabeza). Y, sin embargo, los recitaba noche tras noche, con no menos lozanía que Yul Brinner cantando *'Tis a Puzzlement en El rey y yo* por milésima vez. Todas las noches, Claire permanecía sentada a la mesa de la cocina, cayéndose de aburrimiento, pero también impresionada por el apremio con que mi padre le exponía aquella saga de vueltas y revueltas, y por el modo en que el destino en la Tierra de una familia de emigrantes como otra cualquiera seguía teniéndolo fascinado, en el octogésimo octavo año de su vida... Que su difunto hermano, Charlie, fallecido en 1936, se casó con Fanny Spitzer en 1912; que Fanny murió catorce años más tarde, y que Charlie se casó luego con Sophie Lasker; que Sophie le dio cuatro hijos, Milton, Rhoda, Kenny y Jeanette; que esta última murió en 1942, con apenas veintiocho años cumplidos; que su hermano Morris, el que conseguía todo lo que se proponía, el hermano próspero que murió a los veintinueve, tenía una fábrica de cordones para zapatos en la calle Pacific, donde mi abuelo se encargaba de los herretes; que Morris tenía dos casas y cuatro garajes; que cuando murió su fortuna fue a parar a una esposa manirrota, que se compró un Velie nada más fallecer Morris.

—¿No conoces los automóviles Velie? Búscalos. *Uve, e, ele, i, e*. Era un coche de dos plazas, sin capota, muy grande. No quedó nada, lo vendió todo. Se llamaba Ella. Luego volvió a casarse. Se casó con un individuo que la dejó preñada, y creyó que era un bulto que tenía en el estómago. El individuo en cuestión era capitán del Ejército y se le llevó todo el dinero, la fortuna de Morris, y se largó a Alemania, y le hizo comprar cuero. Pero su padre, el tío Klein, dijo que tenían que depositar el dinero en un banco norteamericano, y se negaba a emitir el conocimiento de embarque. El tío Klein tenía un todo a 5 y 10 centavos en la esquina de Avenida Avon, no, de la Avenida Clinton, a la altura de la calle Hunterdon...

Era su Deuteronomio, la historia de su Israel, y, desde su jubilación, doquiera que estuviese, en un crucero por el Caribe, en el vestíbulo de un hotel de Florida, en la sala de espera de un médico, pocos de quienes se le sentaban cerca durante suficiente rato se quedaban sin escuchar una versión, aunque fuera abreviada, de su texto sagrado. Gentiles hubo con quienes tropezó en alguno de sus viajes con mi madre y que, según se cuenta, llegaron a reunir valor suficiente para levantarse y dejarlo con la palabra en la boca; y ni siquiera en tales ocasiones, cuando mi madre le explicaba la razón de que un perfecto extraño pudiera no estar interesado en que Charlie tuviera o dejara de tener una zapatería en la Avenida Belmont, o Morris un cine justo al lado de la fábrica de cordones para zapatos de la calle Pacific, mi padre nunca dio la impresión de captar la idea, o de querer captarla. Tanta privación y tantas rehabilitaciones y tanta

regeneración, tantísima *gente*, tantísima *muerte*, tantísima *trabajo*... ¿Cómo podía haber quien no quedara impresionado, quien no quedara, en fin de cuentas, verdaderamente pasmado, como lo estaba él, ante el modo en que los Roth, una vez en Norteamérica, lograron perseverar y mantenerse?

Al acabar la semana lo llevé en coche a Elizabeth, pasando primero por Manhattan, a que lo viera el oftalmólogo. Habíamos llegado a la conclusión de que más valía olvidarse del tumor y seguir adelante con la operación del ojo. Aquella tarde iban a hacerle un examen preoperatorio, y a principios de julio estaba previsto que volviera a ingresar en el hospital, tras el fin de semana del Día de la Independencia, para que le quitaran la catarata. Estaba previsto que mi hermano se viniera en avión y estuviese con él durante todo aquello.

El médico nos dijo que, dado que ya había perdido el noventa por ciento de la visión del ojo derecho, la operación del otro ojo iba a dejarlo prácticamente ciego durante un largo período, quizá tanto como tres o cuatro semanas. Disponíamos de muy poco tiempo para encontrar a alguien que se ocupara de él durante la convalecencia; pero, afortunadamente, tras dos o tres días de llamadas telefónicas, descubrí que Ingrid Burlin, la antigua ama de llaves de mi hermano, que durante cinco años lo ayudó a criar a sus dos hijos, tras la muerte de su mujer, víctima de un cáncer, en 1971, estaba a punto de dejar su empleo con una familia de Manhattan. Ingrid estuvo de acuerdo en empezar a trabajar para nosotros el mismo día en que mi padre regresara a casa, tras la operación, y continuar haciéndolo hasta que llegara diciembre, y Lil y él se fueran a pasar cuatro meses en West Palm Beach, como todos los años (si es que el tumor le permitía llegar tan lejos). Ingrid, que ya tenía cuarenta y tantos años, era una mujer de excelente carácter, inteligente, digna de toda confianza, con quien tanto mi padre como mi madre habían mantenido muy buenas relaciones durante los años que pasó con mi hermano, y era de mucho asombro que hubiéramos tenido la suerte de encontrarla disponible precisamente cuando necesitábamos alguien que cuidara de mi padre. La idea era que viniese todos los días desde Manhattan, en autobús, y que se quedara ocho horas con él, cinco o seis días a la semana, ocupándose de la cocina, de la compra, de la limpieza y –ahí estaba lo más reconfortante– de hacer compañía a mi padre mientras él permaneciera atado a la casa. Sabiendo Sandy y yo, como sabíamos, que mi padre en modo alguno iba a tirar de sus ahorros ni de sus certificados para pagar el sueldo de Ingrid, acordamos compartir nosotros los gastos, con idea de recuperar el dinero en la herencia. Los bienes de mi padre alcanzaban para pagar tres años de trabajo de Ingrid, suponiendo que llegara a vivir tanto, lo cual no era nada probable.

Durante el viaje, viendo que se derrumbaba, ahora que había terminado su semana con nosotros y que todo volvía a venírsele encima tan abrumadoramente como antes, le recordé que la presencia de Ingrid iba a suponer una gran diferencia –igual que la operación de cataratas–. Con Ingrid en la casa y con la

vista recuperada, dependería mucho menos de Lil, y así, quizá, la tensión entre ellos, exacerbada por causa de su enfermedad, se haría otra vez más llevadera.

Pero diciéndole aquello lo hice lanzarse en una dirección que yo no había previsto:

—Ahora, de pronto, es judía —me dijo. Tenía que llevarla a rastras a la sinagoga. Nunca había puesto los pies en la sinagoga, antes de conocernos. No sabía ni dónde estaba. Pero el viernes anterior a la operación me dejó solo para ir a la sinagoga. Yo le dije que hasta los perros se quedaban junto a sus dueños, que la gente se compraba perros para tener compañía, ¡y ella me dejaba a mí en la estacada!

—Bueno —le dije—, tampoco es que el ejemplo de los perros fuera muy afortunado. Comprendo que no le encantara la comparación.

Però mi padre no estaba de humor para reírse, ni para dejarse ablandar. Estaba, más bien, de humor para odiar, ahora que volvían a llevarlo a su casa. Me pregunté si lo que expresaba no sería, en parte, odio a mí, por llevarlo a su casa. O quizá estuviera furioso por las preguntas que no llegó a hacerle al doctor Benjamin, ni al doctor Meyerson, ni a mí, su hijo, el escritor, sabiendo que ninguno de nosotros, a pesar de todos nuestros años de estudio, de nuestros títulos, de lo bien que nos expresábamos y de las palabras tan sabias que utilizábamos, iba a encontrar más sentido que él a todo aquello. ¿Por qué tenemos que morir? Una pregunta como para sacar de quicio a cualquiera. Él era indispensable, maldita sea, si ya no para los demás, sí, al menos, para sí mismo. Luego ¿por qué tenía que morirse? ¡A ver, el primer listillo, que conteste!

—No da una a derechas —me dijo.

—¿Quién no da una a derechas?

—Mamá sí, mamá lo hacía todo bien.

—Pues mira, sería la única en el mundo. Más valdría que no acosaras tanto a Lil.

—Anda que no hay mujeres en Florida con quienes podría irme a vivir. Todas se vuelven locas por estar conmigo.

Un momento antes, no había llevado mi crueldad hasta el extremo de recordarle que mi madre, de quien pensó que lo hacía todo perfectamente mientras él pasaba diez o doce horas fuera de casa, en la oficina, no le había parecido tan perfecta durante los últimos años de su vida. Tampoco podía recordarle ahora que a las mujeres de Bal Harbour a quienes volvió locas allá por 1981 —cuando apareció por la piscina de la urbanización, viudo reciente, haciendo quince minutos de braza de pecho todas las mañanas, a su manera, despacio, para sentarse luego a tomar el sol, con su bañador y su albornoz, y contarles a las «chicas» los chistes de la YMHA de Elizabeth— quizá no les entusiasmara tanto la compañía del hombre que él era en este momento, en 1988.

Pero tampoco hacía falta que se lo recordara: se le ocurrió a él solo, espontáneamente, dos segundos después, y se enfadó todavía más que antes, esta vez, aparentemente, con la hermana de Lil, que desde luego no estaba entre sus personas preferidas.

—¿Por qué no se casan, esas dos? —preguntó. Se tiran dieciséis horas diarias al teléfono. ¿Por qué no se casa con su hermana, y acaba de una vez?

Pero con quien Lil quiso casarse en cierta ocasión fue con mi padre. Sólo que él seguía casado, ya no con mi madre, pero sí con el propio matrimonio. Algo antes, en tono más suave, me había dicho:

—A veces pienso que es mamá quien me ha enviado a Lil.

Me sorprendió semejante ensoñación, tan impropia de él, pero no vi daño alguno en ella —me pareció, incluso, que bien podía ser una especie de arrullo que le aliviara la conciencia, contribuyendo a reducir esa vergüenza y esa sensación de culpa que perpetuaban su fidelidad a un cadáver—, de modo que le dije:

—¿Quién sabe? A lo mejor sí.

Mi padre daba la impresión de estar intentando encontrar el modo no tanto de amar a Lil con todo su corazón (incluso él tenía demasiada experiencia como para esperar semejante cosa) como de otorgarle una posición de igualdad en su característico clan, en lo que para él era una historia sin igual. Siempre había sido maravillosamente atento y especialmente cariñoso con cualquier amigo que estuviera enfermo, y puede que nunca se acercara más al comportamiento de marido amante que cuando sirvió de apoyo y sostén a Lil durante todo un año, mientras ella pasaba por dos mastectomías y, luego, mientras tuvo que cuidarla para que recuperase la plena salud. Pero sólo en calidad de paciente logró ella ser algo parecido a una amada esposa; y en cuanto él comenzó a derrumbarse, cuando le llegó el turno de necesitar cada vez más ayuda, Lil se vio condenada por su imperfección, por no alcanzar el nivel de Bess Roth, a quien mi padre ahora exaltaba, igual que a su propia madre, como parangón de la feminidad. Con Lil, pasado el encaprichamiento inicial, sacó a relucir una versión menos censurada de lo que había hecho con mi madre, sobre todo hacia el final.

El acceso de cólera lo dejó rendido, por el momento: inclinó la cabeza hacia delante y se durmió. Cuando despertó, ya en la Route 684, pasaron a ser objeto de su furia los conductores y su modo de conducir. Uno cambió de carril delante de mí, y mi padre dijo, con gran indignación:

—Pero ¿qué diablos hace el tío ese?

Otro me adelantó por la izquierda, a mucha velocidad. Él gritó:

—Pero ¿es que ya no hay nadie que respete el límite de las cincuenta y cinco millas?

Luego:

—¡Malditos camiones!

Luego:

—¡Ahí va, fumando! ¡Lleva un niño pequeño en el coche y va fumando!

—Tranquilo —le dije.

—Y ahora los teléfonos. Un maravilloso invento. ¡Con el volante en una mano y hablando por teléfono! Quizá Ingrid pueda echarle una mano a Abe —añadió de pronto.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Quizá Ingrid le pueda echar una mano a Abe —repitió. El pobre hombre vive con una mala pécora.

Abe era un vecino de noventa y tres años con quien mi padre intentaba dar un paseito todos los días, si el tiempo acompañaba. Parecía bastante despierto y caminaba de un modo, erguido y confiado, sorprendente en una persona de tanta edad, aunque no por ello dejaban, mi padre y él, cuando salían por las tardes a dar la vuelta a la manzana, de ir cogidos del brazo, para evitar algún tropezón en el agrietado suelo de las aceras. «El lentorro y el ciego», decía mi padre, irónicamente, refiriéndose a la pareja que hacían. Unas veces bajaban por la calle North Broad, nada menos que hasta la farmacia, y otras iban juntos a la barbería; y, en una ocasión, al llegar yo de visita, me los encontré recién regresados de votar en las elecciones primarias para la alcaldía. El resultado de aquellas primarias estaba cantado de antemano, según me explicó mi padre, pero Abe y él se habían distraído un rato, yendo a votar. Y cada vez que regresaban de dondequiera que hubiesen estado, y Abe se marchaba a su casa, mi padre, invariablemente, decía:

—Dentro de cinco minutos ni se acordará de que ha estado conmigo.

El día en que fui a casa de mi padre para darle la mala noticia de que tenía un tumor, Abe llamó nada más habérselo dicho, con mi padre en un rincón del sofá, concentrado en sí mismo, tratando de asimilar lo que se le venía encima. Yo me levanté a contestar el teléfono, y ahí estaba Abe, al otro lado del hilo, con auténtico entusiasmo en su briosa voz:

—¿Herman?

—No, soy Philip.

—Pregúntale a tu padre si le apetece dar un paseo.

—Ahora tenemos que hablar él y yo, Abe. Quizá más tarde.

No habían pasado ni diez minutos cuando volvió a sonar el teléfono:

—Pregúntale a tu padre si le apetece dar un paseo.

—No, Abe, no en este momento. Me temo que no.

Esta vez dejé el teléfono descolgado, como hice la víspera del entierro de mi madre, cuando aquel otro vecino, Wilkins, trataba de espeluznar a mi padre con sus demenciales risotadas.

—¿Tienes el teléfono de Nueva York de Ingrid? Quiero hablar con ella de Abe.

—Papá, deja a Abe en paz, ¿de acuerdo? Por el momento, lo único que tiene

que hacer Ingrid es ocuparse de ti.

—¡En cuanto me recompongan el ojo...! Si tuviera visión, podría ir al banco, podría ir al dentista. No me haría falta ayuda ninguna.

—Bueno, pues lo vas a tener recompuesto dentro de unas cuantas semanas. David Krohn ha removido cielo y tierra para que te diesen quirófano lo antes posible. Por eso vamos a verlo hoy.

—Cuando murió la tía Millie y me llamó Ann por teléfono, me vine abajo por completo y estuve media hora llorando por teléfono con ella. ¿No te lo había contado?

Como el lector recordará, Ann era hija de Millie, la hermana pequeña de mi madre.

—Media hora me pasé llorando —siguió mi padre. Y ¿sabes por quién lloraba, que me di cuenta perfectamente? Por mamá. Cuando murió, me puse a dar vueltas por el hospital, gritando «¿Dónde está mi mujer, qué le estáis haciendo a mi mujer?». No me dio tiempo de llorar, de la rabia que me entró. Pero cuando supe que había muerto Millie, ella era lo último que quedaba de tu madre, y lloré como un niño pequeño.

Entrábamos en Manhattan por la West Side Highway cuando se despertó de la tercera cabezada y, resignado, en tono más bien sumiso, me dijo:

—Seguro que a Ingrid se le da muy bien ocuparse de mí.

—Es muy posible —le contesté.

## **PELEABAN PORQUE LO SUYO ERA PELEAR Y PELEABAN PORQUE ERAN JUDÍOS**

Casi un año entero había transcurrido cuando, sin previo aviso, empezó a perder el equilibrio. Antes le habían quitado la catarata –devolviéndole prácticamente la visión plena del ojo izquierdo–, y Lil y él habían pasado sus habituales cuatro meses en Florida. En diciembre, incluso asistieron a la boda en Palm Beach a que Sandy Kuvín había invitado a mi padre la primavera pasada, cuando el neurocirujano acababa de comunicarme que, a no ser que consintiéramos en la operación, podía producirse un grave empeoramiento con relativa rapidez haciéndome pensar que mi padre nunca volvería a ver Florida.

A finales de marzo, cuando volvió a Elizabeth y yo estaba allí para recibirlo, me di cuenta de que su situación se había deteriorado considerablemente desde la última vez que lo había visto, hacía un mes, cuando fui a hacerles una visita a Florida. Había empezado a dolerle la cabeza casi todos los días, la parálisis facial parecía haber empeorado, llevando su expresión oral al borde de la ininteligibilidad, y le había sobrevenido una alarmante inestabilidad en posición vertical. Una noche, ya tarde, unas semanas después de su regreso a Elizabeth, salió de la cama para ir al cuarto de baño, perdió el equilibrio (o tuvo un desmayo) y se cayó. Permaneció unos diez minutos en el suelo del cuarto de baño, hasta que Lil, oyendo sus gritos, se despertó. Sólo fueron unos cuantos moratones en el flanco, pero mi padre resultó enormemente dañado en su moral.

Más o menos por aquellos días, un amigo me habló de una forma de última voluntad, un documento legal que –repito sus palabras– capacita a una persona para declarar de antemano que, en caso de incapacidad física o mental extrema,

sin posibilidad razonable de recuperación, no quiere que se le prolongue la vida por medios artificiales. El signatario capacita a otra persona para tomar las decisiones clínicas pertinentes, en caso de que el sujeto no se halle en condiciones de resolver por sí mismo. Llamé a mi abogada para preguntarle si este tipo de testamento vital era válido en Nueva Jersey, y ante su respuesta afirmativa, le pedí que procediera a redactar dos documentos de ese tipo, uno para mi padre y otro para mí.

A la semana siguiente me desplazé en coche a Nueva Jersey para cenar con mi padre, con Lil y con Ingrid, que volvía a ocuparse de la casa, tras los cuatro meses en Florida —había empezado en julio del año anterior, inmediatamente después de que le quitaran la catarata a mi padre. Llevé conmigo mi testamento vital, firmado y autenticado aquella misma tarde, en una cafetería, y también el que había redactado mi abogada para que lo firmase mi padre, asignando la capacidad de decisión clínica —en caso de incapacidad por su parte— a mi hermano y a mí. Iba con la esperanza de que al ver mi testamento no le pareciera nada extraordinario firmar el suyo, que viera en ello un caso de puro sentido común, algo que todo adulto debe hacer, sin miramiento de su edad ni de la condición física en que se encuentre.

Pero al llegar me di cuenta de lo deprimido que seguía, por la caída en el cuarto de baño, y hablarle del testamento vital me resultó aún más difícil de lo que me había resultado, el año anterior, hablarle del tumor. De hecho, no pude. Ingrid había preparado, para cenar, un pavo de buenas dimensiones, yo había traído vino, y nos alargamos en la sobremesa, durante la cual, en lugar de explicarle en qué consistía el testamento vital, y por qué pretendía yo que lo firmara, traté, como mejor pude, de apartarle de la cabeza la idea de la muerte, hablándole de un libro que acababa de leer. Lo había encontrado en una tienda especializada en judaísmo, en Broadway Alto, mientras daba un paseo por allí, unos días antes. Se llamaba *The Jewish Boxers' Hall of Fame*<sup>[7]</sup>: viejas fotos de archivo y treinta y nueve capítulos dedicados a las biografías de otros tantos boxeadores, muchos de ellos campeones del mundo, o aspirantes al título, cuyo período de actividad coincidió con la juventud de mi padre. De pequeños nos llevaba a mi hermano y a mí a las veladas del Laurel Garden de Newark, los jueves, y aunque yo, luego, perdí todo interés por el deporte pugilístico, mi padre seguía disfrutando enormemente viendo las peleas por televisión. Le pregunté que cuántos púgiles judíos de los viejos tiempos era capaz de nombrar.

—Bueno... —dijo. Teníamos a Abe Attell.

—Exacto —le dije. Tú eras un niño pequeño cuando Attell ganó el campeonato de los pesos pluma.

—¿Un niño pequeño? Pues juraría que lo vi pelear. También teníamos, ¿cómo se llamaba?, el gigantón... Levinsky: Battling Levinsky. Fue campeón, ¿no?

—De los semipesados.

—Benny Leonard, por supuesto. Ruby Goldstein. Acabó de árbitro.

—Leonard también. Murió mientras arbitraba un combate en el pabellón de St. Nick. ¿Te acuerdas de eso?

—No, de eso no. Pero teníamos a Lew Tendler. Al final montó un restaurante. En Filadelfia, alguna vez estuve. Especialidad en carnes. Eran unos tipos terroríficos. Chicos pobres, como los negros, que salían adelante boxeando. Casi todos ellos despilfarraron las ganancias y murieron en la pobreza. Creo que el único que hizo dinero fue éste, Tendler. Recuerdo con todo detalle la época de Tendler, de Attell, de Leonard. Barney Ross. Era un boxeador sensacional. Vi una pelea suya en Newark. Teníamos a Bummy Davis, que también era judío. Slapsie Maxie Rosenbloom. Sí, claro que los recuerdo a todos.

—¿Sabes —proseguí— que Slapsie Maxie se enfrentó a otro judío con el título de los semipesados en juego?

Acababa de enterarme, la noche anterior, leyendo por encima uno de los apéndices del *Hall of Fame*, el titulado « Judíos que se enfrentaron a otros judíos con el título mundial en juego ». La lista, más larga de lo que yo habría imaginado, venía inmediatamente antes de otro apéndice, « Los 10 boxeadores judíos estadounidenses más importantes de todos los tiempos, según Lester Bromberg » .

—La pelea fue con Abie Bain —añadí.

—Sí, claro. Abie Bain —dijo mi padre. Era un majareta de Jersey, Newarko Hillside, por ahí. Un vagabundo. Todos eran unos vagabundos. Ya sabes: eran pequeños, se hacían mayores, la vida era muy dura, los barrios bajos, sin dinero, y siempre había alguien con quien pelear. Un oponente era la religión cristiana. Peleaban en dos frentes a la vez. Peleaban porque lo suyo era pelear y peleaban porque eran judíos. Subían dos al *ring*, un italiano y un judío, un irlandés y un judío, y pegaban como querían pegar, a hacer daño. El odio siempre tenía algo que decir en el asunto. Para demostrar quién era superior.

Por estos derroteros, la memoria lo llevó a acordarse de un amigo de la infancia, un tal Charlie Raskus, que, tras dejar el barrio, fue sicario de Longie Zwillman, el cerebro de la mafia de Newark.

—Charlie no fue bueno ni de niño —dijo mi padre.

—¿Y cómo así? —le pregunté yo.

—Ató a la maestra a la mesa, en primaria.

—Anda allá.

—Te lo digo yo. Lo expulsaron, y luego lo metieron en un colegio sin calificación, y acabó matando gente por encargo de Longie. Eran una pandilla muy mala, Charlie y sus amigos. Chicos judíos, todos ellos, del Third Ward. Los polacos mataban a los judíos barbudos, digo en el Third Ward, no sólo en Europa, y los chicos judíos organizaron una banda... Tenía nombre, pero ahora mismo no me acuerdo... Y mataban polacos. Quiero decir que los mataban personalmente.

Mala gente. Mi padre los llamaba « vagabundos *yiddishche* » .

—¿Qué ha sido de Charlie Raskus?

—Muerto. Murió. De muerte natural. Tampoco era tan viejo. También los hijos de puta la cascan —dijo mi padre. Es casi lo único bueno que puede afirmarse de la muerte, que también se lleva por delante a los hijos de puta.

A eso de las diez y media, cuando ya nos habíamos enterado de cómo habían quedado los Mets, y mi padre parecía, al menos de momento, un tanto distraído de sus penas, agarré los dos testamentos vitales, el suyo y el mío, que había traído con cierta prosopopeya, metidos en una cosa que ya no uso nunca —un viejo portafolios—, y me volví con ellos a Nueva York, pensando que quizá fuera un error obligarlo a encarar la más amarga de todas las posibilidades. « Ya vale » , pensé, y me fui a casa, donde, en vista de que no lograba dormir, me pasé la noche estudiando el Apéndice V, en que se contenía la tabla de combates ganados y perdidos de unos cincuenta púgiles judíos, todos ellos campeones del mundo o aspirantes al título, incluido nuestro paisano de Jersey, Abie Bain, que ganó cuarenta y ocho peleas —treinta y una por fuera de combate—, perdió once y, curiosamente, según el libro, hizo treinta y un nullos.

Y, sin embargo, a primera hora de la mañana siguiente, para no darle tiempo de que la preocupación lo hiciera derrumbarse, llamé a mi padre y le endilgué mi perorata: le conté que mi abogada acababa de indicarme la conveniencia de que tuviera dispuesto un testamento vital, que me había explicado cómo funcionaba el asunto, que a mí me había parecido una buena idea y que le había pedido, ya que iba a hacer el mío, que hiciera también uno para él. Le dije: « Te voy a leer el mío. Escucha » . Y, por supuesto, su reacción no fue en absoluto la que yo había temido.

¿Cómo pudo olvidármese? Estaba hablándole a alguien que se había pasado la vida tratando con otras personas precisamente de eso, de la cuestión en que menos quiere uno pensar. Cuando era pequeño y me llevaba consigo a la oficina, los sábados por la mañana, me decía: « Vender un seguro de vida es la cosa más difícil del mundo. ¿Sabes por qué? Porque tu cliente sólo puede salir ganando si se muere » . Mi padre era un hombre con larga y profunda experiencia en este tipo de contratos relativos a la muerte, estaba muchísimo más avezado a ellos que yo; y mientras le iba leyendo el texto por teléfono, me contestaba con tanta naturalidad como si le hubiera estado leyendo la letra pequeña de una póliza de seguros.

—« Medios para la prolongación artificial de la vida que rechazo explícitamente —le leía—: a) La reactivación eléctrica o mecánica de mi corazón cuando haya dejado de latir » .

—Ajá —dijo él.

—« b) La alimentación por intubación nasogástrica » , que lo alimentan a uno por la nariz, « en caso de hallarme paralizado o incapaz de alimentarme por la

boca» .

—Ajá, sí.

—«c) La respiración asistida cuando ya no pueda respirar por mis propios medios» .

—Ajá.

Seguí hasta el párrafo por el que mi hermano y yo quedábamos autorizados para tomar las decisiones médicas pertinentes, en caso de que él ya no pudiera tomarlas. Luego le dije:

—¿Qué? ¿Qué te parece?

—Mándamelo y te lo firmo.

Y eso fue todo. Ahora, en lugar de sentirme hijo de agente de seguros, me sentía yo agente de seguros, como si acabara de venderle una póliza a un cliente que sólo muriéndose podía salir ganando.

Cuando, semanas más tarde, un viernes de mayo, fuimos Claire y yo a cenar a casa de mi padre, la atracción principal era, o así me lo parecía a mí, la maravillosa bullabesa de Ingrid, plato que mi padre era perfectamente capaz de comerse, pero perfectamente incapaz de pronunciar. Por salir del paso, decía *ballaboosteh*, una aproximación funcional y más o menos ingeniosa, porque viene a ser una manera encomiástica de denominar al «ama de casa», a la persona que lleva la casa, y parecía vehicular tanto la cordialidad del plato que Ingrid nos servía como el balsámico papel de organizadora que en muy poco tiempo había conseguido en la casa.

A pesar de que ahora tenía que ir apoyándose en las paredes, para no perder el equilibrio, cuando iba de una habitación a otra —y andando con unos pasitos diminutos, para no caerse—, la presencia de Ingrid había aliviado considerablemente su sensación de vulnerabilidad, y ello, en contra de lo que habría cabido esperar (en contra de lo que yo, ingenuamente, había esperado), le permitió *redoblar* sus críticas de Lil. Nunca creí que fuera a ser capaz de descubrir aún más fallos en su comportamiento, pero el caso es que para las imperfecciones de Lil poseía una visión verdaderamente microscópica, aun con un solo ojo.

—No sabe ni comprar un melón —me dijo por teléfono una mañana, muy disgustado; y como se daba la circunstancia de que ya estaba harto de oírle hablar de las cosas que Lil era incapaz de hacer, le contesté:

—Mira, los melones son difícilísimos de comprar. Quizá lo más difícil de comprar que hay, si te paras a pensarlo. No pasa como con las manzanas, no hay modo de saber lo que tienen por dentro. A mí me cuesta menos trabajo comprar un coche que un melón. Una *casa*, que un melón. Si una de cada diez veces salgo de la tienda con un buen melón en las manos, me doy con un canto en los dientes.

Lo huelo de cerca y de menos cerca, lo aprieto por las dos puntas con el dedo gordo, agarro otro, lo huelo, lo aprieto por las puntas... Así hasta ocho o diez melones, antes de decidirme por uno de ellos, y luego me lo llevo a casa y lo abro para la cena y resulta que no sabe a nada y que está duro como una piedra. Qué quieres que te diga: todos nos equivocamos con los melones. El ser humano no está hecho para comprar melones... Hazme un favor, Herm, deja de darle la lata a la pobre mujer, porque no es ella la única que compra melones asquerosos: *es un fallo humano*. La estás acosando por algo que ni siquiera una de cada cien personas hace bien, y eso por casualidad, la mitad de las veces, para colmo.

—Bueno —dijo, desconcertado ante la seriedad de mi tono—, el melón es lo de menos...

Pero, por el momento, cesó en sus lamentaciones sobre Lil.

Aquel viernes noche en que cenamos con mi padre, con Lil, con Ingrid, con Seth y con Ruth en Elizabeth, el tema principal de conversación no resultó ser la bullabesa, sino un invitado cuya presencia no conocía yo de antemano. Nuestro huésped, al tomar asiento, me comentó, sorprendentemente, que él ya había cenado antes en casa, con su mujer. Daba la impresión de que había sido invitado, como los bardos medievales o los cómicos ambulantes, para que nos contara su historia mientras cenábamos; y a mí más que a nadie.

Era Walter Herrmann, sobreviviente de dos campos de concentración, que desembarcó en Newark en 1947, hablando sólo alemán. Llegó de Auschwitz, a los veintidós años, con algo de dinero que había conseguido de una forma u otra, y compró, con un socio, una tienda de ultramarinos de la Avenida Chancelor, situada muy cerca de mi instituto. De ahí pasó a comprar el edificio entero, luego el edificio de al lado, y así sucesivamente, para acabar vendiendo todas sus propiedades de Newark a mediados de los cincuenta —justo antes de que empezara a desfondarse el mercado inmobiliario— y pasarse al negocio de las pieles —que era a lo que se dedicaba su familia en Alemania, antes de la guerra—, en el que se hizo rico. Mi padre lo conocía de la YMHA de Elizabeth: allí solían echar sus partidas de naipes, cuando mi padre aún estaba en condiciones de conducir su coche y visitaba la YMHA tres o cuatro veces por semana. Aquella noche lo había invitado para que pudiera hablar conmigo, porque Walter estaba escribiendo un libro sobre su experiencia bélica. No era la primera vez que mi padre ponía en contacto conmigo a un aspirante a escritor. Y tampoco es que me hiciera mucho caso cuando le explicaba que no había absolutamente nada que yo pudiera hacer por una persona cuya obra tratara, pongamos por caso, de hipotecas o fondos de inversión. En tales ocasiones, lo que hacía era pedirme que le diera el teléfono de trabajo de mis amigos editores, Aaron Asher o David Rieff, para hablar directamente con ellos, puenteándome. Unos años atrás, mi padre le había enviado a Aaron un manuscrito de un amigo suyo, algo sobre el negocio inmobiliario, y el libro acabó publicándose con éxito en Harper & Row,

donde trabajaba Aaron por aquel entonces. Mi padre cobró comisión por haber propuesto el libro, y Aaron nos invitó a comer, a él y a mí, en un restaurante de Manhattan. Después de eso ya no hubo modo de pararlo, si es que alguna vez existió semejante posibilidad.

Mientras tomábamos una copa en el cuarto de estar, antes de la cena, —Walter se había presentado con una botella de champán— recordé que mi padre me había hablado de este amigo suyo unas semanas antes, cuando le conté por teléfono que en mi clase de literatura de Hunter acabábamos de leer un libro sobre Auschwitz —el *This Way for the Gas, Ladies and Gentlemen*<sup>[8]</sup> de Tadeusz Borowski— y otro sobre Treblinka —el *Into That Darkness*<sup>[9]</sup> de Gitta Sereny. Mi actividad profesoral, a lo largo de los años, siempre le había resultado un tanto confusa, y de vez en cuando me preguntaba qué era exactamente lo que enseñaba en mis clases, y yo trataba de explicárselo. Cuando le hablé de esos dos libros ambientados en campos de concentración, me dijo:

—Hay un amigo mío de la YMHA que estuvo en Auschwitz. Y está escribiendo un libro sobre el tema. Un tío estupendo.

—Ah, ¿sí?

—Quizá le puedas echar una mano.

—Bastante tengo con sacar adelante mis propios libros.

—Pero podrías enseñarle algún truco de la profesión.

—No, papá, no puedo. No existen los trucos.

—¿Y Aaron Asher?

—¿Qué pasa con Aaron Asher?

—¿Ha vuelto a cambiar de trabajo? ¿Sigue en el mismo sitio?

—¿En Grove? Sí, allí sigue.

—Vuelve a darme su número, anda.

—¿Tu amigo ha terminado ya el libro?

—Acabo de decirte que está escribiéndolo.

—Entonces, ¿por qué no esperas a que lo termine, y entonces llamas a Aaron?

Esto fue lo último que supe de Walter y su libro hasta que hizo aparición en la cena de la bullabesa. Y, ahora, mi padre le estaba diciendo:

—Enséñale tu número, Walter. Enséñaselo.

En ese momento ya estábamos a la mesa, y, como Ingrid se había sentado entre mi padre y Walter (que había agarrado una silla y se había situado justo en frente de mí), y estaba detallándoles a Claire y Ruth, de lado a lado de la mesa, los ingredientes de su sopa, mi padre no tuvo más remedio que hablar *por encima* de tal conversación:

—¡Enséñale tu número, Walter! —volvió a pedirle a su amigo.

Hacia una noche bastante templada, y Walter llevaba una camisa de manga

corta —se había quitado la ligera chaqueta deportiva y la había colocado en el respaldo de su silla—, de manera que sólo tuvo que girar un poco la muñeca para mostrarme los números de su antebrazo. Mientras lo hacía, le dijo a mi padre:

—No será la primera vez que ve algo así.

Cierto. Los padres de mi cuñada eran sobrevivientes del Holocausto, en Israel había conocido a otros sobrevivientes, no era raro encontrarse gente con números de campo de concentración en el brazo, andando por Nueva York. También había estado, el año anterior, por lo menos con una docena de sobrevivientes, durante las semanas que pasé en Jerusalén asistiendo al juicio de John Demjanjuk, el guardia de Treblinka al que llamaban Iván el Terrible. Quizá el sobreviviente que más impresión me produjo fuera el escritor italiano Primo Levi. En 1986 me desplazé a Turín para hacerle una larga entrevista, por encargo del *New York Times*, y en los cuatro días que pasamos juntos llegamos a hacernos amigos íntimos, de un modo inexplicable; tan íntimos, que llegado el momento de despedirnos, Primo me dijo: «No sé quién de los dos es el hermano menor y quién el mayor». Y luego nos dimos un emocionadísimo abrazo, como si no fuéramos a vernos nunca más. Y así ocurrió, en efecto, no volvimos a vernos. Hablamos largo y tendido sobre Auschwitz, sobre los doce meses que allí pasó siendo un muchacho y los dos graves libros que él tenía escritos sobre los campos, y todo ello vino a constituir el verdadero meollo de la entrevista. Ésta se publicó en la sección de libros del *Times* dominical seis meses antes de que Primo se suicidara arrojándose por el hueco de la escalera de su casa de Turín —la misma escalera cuyos cinco pisos había subido yo con tanto entusiasmo todos y cada uno de los días en que fui a visitarlo para la entrevista—. Me pregunté si Primo Levy y Walter Herrmann habrían coincidido en Auschwitz. Habrían tenido ambos la misma edad, más o menos, y habrían podido entenderse en alemán, pensando que así mejorarían sus posibilidades de supervivencia. Primo trabajó duramente, en Auschwitz, para aprender la lengua de la Raza Superior. ¿Cómo explicaba Walter su supervivencia? ¿Qué había aprendido? Aunque el libro fuera una obra de aficionado, escrita con simpleza, en eso esperaba yo que consistiera.

Walter tenía en el regazo un sobre de papel Manila con todo el aspecto de contener un manuscrito. Se pasó la cena hablándome al oído, sobre su niñez burguesa en Berlín, las clases de baile, los estudios latinos, su madre —que salió viva de la guerra por verdadero milagro— y su padre —a quien mataron los nazis—; se refirió a sus lecturas juveniles —«Heine», dijo, besándose las yemas de los dedos para manifestar su aprecio— y me hizo saber lo mucho que le habían gustado las obras de Franz Werfel. Luego me contó que había conseguido mantenerse oculto en Berlín durante varios años, hasta que lo descubrieron los nazis y los enviaron primero a Belsen y luego a Auschwitz, cuando sólo faltaban unos meses para el final de la guerra.

—¿En Berlín? —le pregunté. ¿Cómo podía uno mantenerse oculto en Berlín?

—Mujeres. Con mujeres. Yo era el único hombre que quedaba en Berlín. Tenía dieciocho, diecinueve años. Todos los alemanes estaban sirviendo en el ejército, y todos los judíos se habían marchado. Me escondían las mujeres —sonrió con picardía. Mi libro no es como lo que escribe Elie Wiesel, o Samuel Pisar. Elie Wiesel, para mí, es un genio. Yo no sería capaz de escribir nada tan trágico. Hasta que me metieron en los campos de concentración, la verdad es que viví una guerra feliz.

Walter abrió el sobre que tenía en el regazo y lo que de él extrajo no fue el manuscrito de su libro —todavía no—, sino algo parecido a una credencial que le confería autoridad para escribirlo. Colocó sobre el mantel de lino, junto a mi plato de bullabesa, un trocito de algo muy semejante al pergamino descolorido. Era una cédula de identidad, muy usada, muy doblada y vuelta a doblar, que los alemanes le proporcionaron a finales de los años treinta. Vi que, como hicieron con todos los varones judíos durante el Tercer Reich, las autoridades arias le habían atribuido como segundo nombre el de «Israel». En una esquina del documento se veía la foto de un chico de menos de veinte años, delgado, con los labios gruesos, de piel oscura, con un aspecto vagamente tártaro, y que, desde luego, no era ningún adonis. Aún existía un parecido entre la foto y el hombre que se sentaba a mi derecha, a pesar del medio siglo transcurrido. La diferencia era que en este momento, entre los sesenta y los setenta años, Walter no parecía menos seguro de sí mismo que cualquier otro rico y respetable hombre de negocios de Jersey, en tanto que el muchacho de la foto, por la pinta, más bien habría preferido quedarse en un rincón, leyendo a Franz Werfel, en lugar de verse convertido en el único varón que quedaba en Berlín.

El cabello negro que en la fotografía estrechaba su frente y que, a juzgar por las apariencias, se peinaba en tupé, se le cayó una semana después de la guerra; lo perdió de la noche a la mañana, me contó, como consecuencia de un tifus que casi le cuesta la vida, tras haber sido liberado del campo de concentración. Este relato de sí mismo, que nos contó cuando apenas hacía un par de minutos que nos lo había presentado mi padre, fue para mí la primera indicación de que Walter no era uno de esos sobrevivientes que prefieren mantener sus recuerdos por debajo de la superficie.

Aún le quedaba otra credencial por exhibir antes de pasar al manuscrito. Era, según me explicó, el envoltorio exterior de un paquete de cigarrillos, a cuyo dorso había escrito una diminuta carta para su madre, estando en Auschwitz. Ella estaba en Alemania, escondida en alguna parte, y no debió de ser nada fácil que le llegara la carta. Pero el caso fue que, evidentemente, le llegó, que la conservó y que se la trajo consigo a Estados Unidos, porque aquí teníamos, en Nueva Jersey, en el año de 1989, lo que bien podrían haber sido las últimas palabras de su hijo en 1944.

—Pásalo, que lo veamos todos —me dijo mi padre; de modo que la tarjeta de identidad emitida por el Tercer Reich a nombre de Walter, junto con la carta a su madre, pasó de mis manos a las de Claire, y de las de Claire a las de Seth y Ruth, nacidos, respectivamente, en 1957 y 1961, a quienes, al parecer, ambos documentos se les antojaban tan desconcertantes como aquel extraño charlatán con un número en el brazo. Cuando le llegaron a Lil, ésta hizo un comentario sobre la foto:

—Pareces el típico chico de *yesibá*, Walter —y se los pasó a mi padre.

—Yo ya los vi en la YMHA —y se los pasó a la muy práctica Ingrid, que examinó ambas cosas de modo neutral, como si hubieran sido documentos de identidad que alguien le presentara para que aceptase un cheque. Al final, los documentos volvieron a manos de su dueño, que los guardó otra vez en el sobre, para extraer a continuación, en vez de las páginas del manuscrito, como habría cabido esperar, unas cuantas fotografías de sus nietos, hechas en formato Polaroid durante una fiesta de cumpleaños. También éstas hicieron la ronda de la mesa, al cabo de la cual, por fin, Walter vio llegado el momento de sacar del sobre una carpeta de plástico transparente en la que venía una muestra de seis o siete folios de su libro, que me tendió.

—Trabajo con Macintosh —me dijo. ¿Y tú?

—Yo sigo con la máquina de escribir —le contesté.

Para mí estaba claro que a Claire no le resultaba precisamente encantadora la personalidad de Walter —durante el camino de regreso a casa, en el coche, le pregunté qué le había parecido, y me contestó que era un exhibicionista morboso—, pero, de todos los comensales, ella era la única que había seguido mi conversación con él. Mi padre, en plan maestro de ceremonias, empeñado en hablar con todo el mundo al mismo tiempo, se había limitado a sintonizar con nosotros de vez en cuando, y a los demás les importaba tan poco Walter como a Walter le importaban ellos. Tampoco yo sabía qué pensar, si era así de resuelto con todo el mundo, en lo tocante a su pasado en Auschwitz, o si lo que a Claire le pareció exhibicionismo morboso no era, en fin de cuentas, sino consecuencia de que mi padre le hubiera prometido ayuda de su hijo el escritor, el que proponía a sus alumnos que leyesen libros sobre los campos de concentración.

—Lo escribí primero en alemán —explicó, mientras yo sacaba los folios de la carpeta—, y yo mismo lo he traducido al inglés. Pero mi alemán no es muy bueno, y mi inglés, cuando escribo, tampoco va muy allá. Pienso dárselo a mi hija para que lo adecente.

Luego, en voz más baja, sólo para mí, añadió:

—No sé qué le parecerá esto a mi hija. Ella no sabe cómo me las apañé para sobrevivir en Berlín. Los hijos nunca conciben estas cosas de los padres. Está casada, desde luego, pero, claro, no dejo de ser su padre...

Esto es lo que leí:

*Mi miembro había vuelto a adquirir un tamaño descomunal, y acabábamos de empezar... Mi fontana vertió de nuevo su elixir en su delicioso cuenco... Sus labios se cernían sobre mi inflamada verga... Házmelo otra vez, me dijo, otra vez, amado mío... Cayó su vestido, dejándome admirar unas tetas aún más espléndidas que las de Barbara, aún mayores que las Helen... Me corrí... Se corrió ella... Fue el delirio.*

Y mientras, venga morir judíos en el Holocausto, pensé yo.

—Bueno, Phil, ¿qué te parece? —me preguntó mi padre. Todos los allí presentes me miraban, pero ninguno con la seriedad de Walter.

—No he terminado —dije.

*Tenia esa hambre de varón que sólo una mujer de treinta y cinco años, en tiempos de guerra, puede tener. Me sumergió en su bañera. Mientras se iba vaciando el agua, me eché hacia atrás. Como tomándolo por un festín de diez manjares, se arrojó sobre mi pene. Hijito, me decía, hijito. Nunca antes me habían devorado así. Sólo Katrina le había andado cerca. Pero míralo, me decía, mira qué cosa tan maravillosa. Me corrí otra vez. Se corrió ella otra vez. Me volví a correr.*

Y así sucesivamente.

Cuando hube leído todos los folios, se los devolví a su dueño sin comentario.

—Es sólo una muestra —dijo Walter.

—Porque hay más.

—Mucho más. ¿Crees que alguien me lo publicaría?

—Tú primero terminalo, y luego piensa en publicarlo.

—Ya lo he terminado. Lo único que falta es que mi hija me corrija el inglés.

—¿Qué me dices de Asher? —me preguntó mi padre.

Me encogí de hombros. A Walter, por supuesto, ni se le había pasado por la cabeza enseñarle esos folios a mi padre, ni al otro se le había ocurrido pedirselos. Lo único que pretendía mi padre era ayudar a un judío víctima de Hitler, y compañero de la YMCA.

Me di cuenta de que había irritado —y desconcertado también— a mi padre con el encogimiento de hombros. ¿Me interesaban o no me interesaban los libros sobre el Holocausto?

—Dámelo a mí, Walter —dijo. Ya me ocuparé yo de Aaron Asher. ¿Qué me dices de David Rieff?— añadió, dirigiéndose a mí.

—Sí —dije yo—, siempre se puede recurrir a David.

—¿Tengo su número de teléfono? —me preguntó. ¿Sigue siendo el mismo?

—Sigue siendo el mismo.

—Vale, sí, pero ¿qué te ha parecido? —volvió a preguntar, sin molestarse ya en ocultar su irritación.

Utilicé ambas manos para hacer un gesto que nada quería decir, pero que acompañé de una sonrisa agradable.

—Tu hijo no es de los que se comprometen —dijo Walter, con amabilidad, a mi padre.

—Sí —masculló él, muy disgustado; y la emprendió de nuevo con su bullabesa.

Un par de días más tarde, por teléfono, mi padre me dijo:

—Voy a mandarte una cosa por correo. Walter estuvo aquí esta tarde. Tiene algo para ti.

—Papá, por favor, no quiero ni una sola página más de ese libro.

—Es el abrigo de que te hablé. Me trajo una foto, con información. Quiere que te lo mande todo por correo.

Tras los postres, Walter nos había comunicado a Claire y a mí que tenía el abrigo perfecto para una estrella de cine:

—Es de la colección de invierno de este año. Tan especial, que sólo unas pocas mujeres del mundo podrían lucirlo. Marta cebellina, hasta los pies. La marta cebellina más suave y más ligera que en vuestra vida hayáis visto. Y un cuello espléndido, de armiño de verano. Yo mismo se lo puedo arreglar a la señora Bloom, y quedará de maravilla.

Y siguió informándonos: el precio andaría, sin duda alguna, por encima de los cien mil dólares, pero él hablaría con su hermano, y nos harían una oferta interesante.

—Son tan especiales, estas pieles —añadió—, que sólo se han hecho dos abrigos semejantes.

—Pues para mí los dos —le dije yo.

—Me temo que ya sólo nos queda uno —replicó Walter.

Ese forzado entusiasmo por regalarnos, a precio de saldo, un abrigo largo de armiño de verano y marta cebellina, del que sólo quedaba un ejemplar en el mundo, y que era justamente lo que nos estaba haciendo falta, me hizo pensar en el capítulo de *Survival in Auschwitz*<sup>[10]</sup>, de Primo Levy, en que se describen los trapicheos y el trueque de cosas entre los prisioneros, prohibidos por los guardianes: una ración de pan venía a ser la unidad de intercambio más aceptada, pero —en el rincón más alejado de los puestos de vigilancia de las SS— se negociaba con todo, todo el tiempo, desde un jirón de camisa a un diente de oro que aún seguía en la boca de su dueño. Nada impedía que Walter, en su juventud, hubiera formado parte del más osado grupo de mercaderes de Auschwitz pero también era posible que su celo capitalista le hubiera venido más tarde, ya en Estados Unidos. Le dije a mi padre:

—Tu amigo no se desanima con facilidad.

—¿Sabes que ha estado cuarenta y cinco veces en Israel?

—Y ¿qué les vende? —le pregunté.

—Qué listo eres.

—No más que Walter, si no te molesta que lo diga. Es un judío la mar de pícaro. Gracias a Dios, la picaresca judía también sobrevivió a los campos de concentración. A ver si adivinas de qué va su libro.

—Voy a mandarte la foto del abrigo.

—Quédatela tú y cómprale el abrigo a Lil. Te digo que a ver si adivinas de qué va el libro.

—Bueno, pues de su encarcelamiento.

—No, no —dije yo.

—¿Es sobre su época en Alemania?

—Es pornográfico. ¿Lo sabías?

—Yo no sé nada. No he leído ni una página.

—Va todo de follar. En cada párrafo. A su lado, lo mío es gazmoñería.

—¿Sí? No me digas —por el momento, se le notaba un poco desconcertado.

—Por eso no dije nada cuando me preguntaste. Estaba yo tan tranquilo, cenando con todos vosotros, y el tío me pone eso en las manos: pornografía pura.

Me había echado a reír, y mi padre unió sus carcajadas a las mías.

—No hace ni media hora que se ha marchado —dijo.

—Bueno, pues eso, que ésta me la chupó, que a esta otra me la tiré, que tenía la polla más grande de toda la Alemania nazi.

Seguíamos riendo cuando mi padre dijo:

—Lo mismo es un *best seller*, como tu *Portnoy*.

—Por supuesto. Un *best seller* pornográfico sobre el Holocausto.

—Eso.

—Sería el primero —dije yo.

—Se lo va a corregir la hija —dijo mi padre.

—Pues menuda sorpresa le espera.

Seguía riéndose un poco cuando dijo:

—Hoy me he comprado un bastón.

—¿Qué clase de bastón?

—Sandy quería que me lo comprase. Con cuatro puntos de apoyo.

—Y ¿lo has probado ya?

—Sí. No me gusta, porque se acostumbra uno en seguida. No quiero depender de él.

—¿La has utilizado en tu paseo de hoy? ¿Te sirvió de algo?

—Sí, claro. Me sirvió. No tengo que ir agarrándome de Abe. Porque es que él también está empezando a flaquear.

—Y vosotros dos, ¿de qué habláis durante esos paseos?

—De los viejos tiempos. De los cómicos de entonces. Los hermanos Howard. Lou Holtz. Cantor. Benny.

Y cantamos. Abe se pone muy contento. ¿Te acuerdas tú de Lou Holtz?

Decía: « ¿Estabas tú ahí, Chollie?» , con un tremendo acento *yiddish*.

—¿Era él quien decía eso? Muchas veces me lo he preguntado. Me paso el día diciéndoselo a Claire, pero nunca sé de qué cómico se trataba. Era de antes de mis tiempos, Lou Holtz. « ¿Estabas tú ahí, Chollie?» .

—Pues eso. También hablamos de Harry Lauder. Luego le canto una canción sobre Harry Lauder, y Abe la canta conmigo. Así damos el paseo, cada día. A Abe le encantaba Harry Lauder, el cómico escocés. Yo lo veía de vez en cuando, cuando iba al Palace de Newark Salía y cantaba esa canción. Tendría que recordarla ahora, pero no. Salía con un cayado y cantaba esa canción escocesa, que a Abe lo vuelve loco. Siempre la canta. Era un humor la mar de sano.

—Bueno, pues ahí tienes, en eso se distinguen el Viejo Berlín y el Viejo Newark

—Sí. Pobre Walter.

—Pues que no te dé tanta pena Walter. Él solo se las apaña muy bien. Y no lo pasó nada mal, en sus tiempos.

—Ya. ¿Y tú te lo crees? ¿Te crees todo lo que cuenta?

—¿Tú no?

—Vete a saber. Igual es sólo un libro.

Teníamos previsto, la familia, celebrar su cumpleaños en Connecticut, como llevábamos haciendo todos los meses de agosto desde la muerte de mi madre, ocho años antes; pero hubo que cancelarlo, ya iniciado el verano, porque su estado de salud empeoró aún más. Incluso con el bastón de cuatro apoyos, ya resultaba extremadamente peligroso que intentara moverse por su cuenta, y ello sin salir de su casa —no digamos si pretendía dar un paseo. Los cánticos con Abe, cogidos del bracete, tocaron de pronto a su fin; y luego, empezó a tener problemas intermitentes para tragar, porque le sobrevenía una tos muy fuerte, y se atragantaba, sobre todo cuando intentaba tragar algo líquido. Él asoció estas dificultades con un resfriado que no acababa de quitársele, pero el caso era que el tumor ya había empezado a interferir con la parte del cerebro que controla los mecanismos de deglución.

Mi padre no estaba preparado para todo aquello, pero yo sí, porque el doctor Benjamín me había advertido, con algo más de un año de antelación, cuando dije que no, en el hospital, a la operación quirúrgica, que, seguramente, lo primero que se vería afectado sería el mecanismo de deglución. Me puse en contacto con el doctor Wasserman para preguntarle si había algo que pudiera hacerse por mi padre. Unas cuantas pruebas confirmaron que había empezado a aspirar lo que comía y que corría el riesgo de contraer una pulmonía bronquial si algo de comida o de líquido iba a parar a sus pulmones, pasando por la tráquea.

—Sería mejor que no comiera —me sugirió Harold Wasserman. Cuando,

sorprendido ante sus palabras, le pregunté qué quería decir con eso, me explicó que el peligro de neumonía podía evitarse insertándole un tubo en el estómago y alimentándolo por esa vía. El procedimiento se llamaba gastrostomía.

—Y ¿qué hace con la saliva? —le pregunté.

—Escupirla —me dijo él. También se puede extraer con una máquina.

Ahora, pensé, nos toca pagar las consecuencias de haber decidido no operar.

—La cosa empieza a ponerse horrible —le dije a mi hermano. Y nos pasamos las dos semanas siguientes dejando que mi padre se despachara a gusto, echándole la culpa de sus nuevas dificultades al resfriado que tenía. Hasta que la dificultad se hiciera mucho más grave —algo que no tardaría en suceder, según nos habían avisado—, no íbamos a contribuir a que se deprimiera todavía más explicándole el verdadero origen del problema. Él, por su parte, parecía darse cuenta de que aquello era grave, porque, cuando le pregunté por teléfono si ya comía mejor, empezó negándose que nunca hubiera existido semejante dificultad: « lo único que pasa es que no puedo beber cosas dulces », « sólo ocurre cuando la comida está demasiado caliente » , etcétera.

—Tengo flemas —decía— por culpa del resfriado. No voy a dejar que me operen de la garganta.

—Nadie pretende que te operes. Pero sí que parece tener un pequeño problema de deglución.

—No tengo ningún problema. Estoy bien.

Era verano, y yo salía todas las mañanas, con la fresca, a hacerme cuatro millas a paso rápido por las colinas de Connecticut. Luego, a última hora de la tarde, tras una jornada completa de trabajo en la novela que acababa de terminar, me pasaba media hora nadando en la piscina. A pesar de lo preocupado que me tenía mi padre, hacía años que no me sentía tan bien; y el hecho de que la revisión de *Engaño*, la nueva novela, estuviese tocando a su fin, me aportaba también ese dulce alivio que siempre nos viene al terminar un libro. Pero, a principios de agosto, durante mi sesión vespertina de natación, vino a ocurrir algo inesperado, sólo que no a mi padre, esta vez, sino a mí: tras haber cubierto fácilmente el primer largo, sentí un desgarrado dolor de cabeza, el corazón me empezó a latir furiosamente y apenas lograba recuperar el aliento. Aferrado al borde de la piscina, me dije: « es la ansiedad. ¿Por qué estás tan angustiado? », la típica pregunta que una persona que pasa por un mal momento físico nunca habría cometido la tontería de preguntarse, antes del advenimiento de los psicomatistas. Lo que le esperaba a mi padre había hecho algo más que debilitarme la moral: me estaba sintiendo tan terriblemente mal porque todos esos meses de padecimientos por culpa del tumor cerebral iban a hallar culminación, ahora, en que mi padre tuviera que alimentarse, ya para siempre, mediante un tubo insertado en el estómago.

Mi diagnóstico no era correcto. Me sentía tan terriblemente mal, tras un solo

largo de piscina, porque, en el transcurso de mis cincuenta y seis años, prácticamente todas mis arterias principales se habían ido ocluyendo, hasta el ochenta o cien por ciento, y ahora me encontraba al borde de un tremendo ataque al corazón. Transcurridas veinticuatro horas desde el momento en que salí como pude de la piscina, jadeante, un urgente bypass quintuple me salvó de un ataque al corazón –y de preceder a mi padre en la tumba–, evitando además que mi padre tuviera que asistir a mi entierro.

A las dos de la madrugada previa a la operación, mientras el cuadro empeoraba de modo alarmante y media docena de internos, residentes y enfermeras se afanaban en torno a los instrumentos que monitorizaban mi estado, enviaron recado a mi cirujano preguntándole si no preferiría modificar sus planes y meterme inmediatamente en el quirófano. Me di cuenta de que nunca había estado tan unido a mi padre como en aquel momento; ni siquiera en el *college*, cuando metía de tapadillo en mis clases a aquel homúnculo intelectual de cuyo crecimiento me sentía tan responsable como del mío propio, llegaron nuestras vidas a estar tan... no digamos identificadas, pero sí engranadas, hasta alcanzar un espeluznante grado de permutabilidad. Desamparado, en mitad de aquel pequeño barullo médico, la conmoción me hizo percibir de un modo muy claro la condición de enfrentamiento a lo inevitable en que transcurrían ahora todos y cada uno de los segundos de su vida.

La diferencia, claro, estuvo en que *después* de la operación yo me sentí renacido –y, al mismo tiempo, como si hubiera dado a luz. Mi corazón, que, al parecer, llevaba cierto número de años, antes de pasar por el quirófano, funcionando con un veinte por ciento del suministro normal de sangre, disponía ahora de toda la sangre que quería, en abundancia. Sonreía para mí mismo, en la cama del hospital, por las noches, imaginando que mi corazón era un niño pequeño, mamando la sangre que ahora le llegaba, sin obstáculos, por las arterias que el médico acababa de implantarme, extrayéndomelas de una pierna. Algo parecido tenía que ser, pensaba, la emoción que se siente dándole el pecho a un hijo: aquellos latidos estridentes, atamborados, que daba mi corazón tras haber pasado por el quirófano, no era a mí a quien pertenecían, sino *a él*. En un susurro, para que no me oyese la enfermera de noche, le decía a aquel niño: «Mama, sí, sigue mamando, es todo tuyo, todo, todo». Y nunca en mi vida me he sentido más feliz.

No sé hasta qué punto esta fantasía recurrente, con todo su acompañamiento de letanías, era consecuencia de la euforia de haber salvado la vida, o efecto secundario, bastante duradero, de haber permanecido cinco horas bajo los efectos de la anestesia; pero el caso es que durante las primeras noches, cuando aún me resultaba imposible conciliar el sueño, por el dolor en el pecho, la idea de estar dándole de mamar a mi recién nacido corazón me proporcionó horas de intensísimo placer, sesiones en las que no necesitaba recurrir a la imaginación

para sentirme partícipe, andrógicamente, del más delirante gozo maternal. Me doy cuenta ahora, volviendo los ojos atrás, de que en las exuberantes ensoñaciones de aquellas primeras noches posoperatorias me acerqué tanto a convertirme en un doble de mi propia madre, alimentándome, como, durante las horas angustiosas e inciertas que precedieron a la colocación del *bypass*, estuve cerca de sentirme *traspasado* a mi doliente padre, intercambiable con él —incluso como reveso suyo en el sacrificio—, mientras él se atragantaba de mortalidad en la mesa del comedor. Nunca fui, en aquella cama, un solitario paciente de episodio cardíaco: éramos cuatro en familia.

Confiaba en poder ocultar lo sucedido a mi padre, al menos hasta que me hubiese recuperado por completo —o no tener que decirselo nunca, si podía ser—; pero no. La noche del jueves anterior a la operación —unas pocas horas antes de empeorar— lo llamé desde mi cama de la unidad coronaria y, haciendo como que estaba en Connecticut, le dije que acababan de pedirme, en el último minuto, que sustituyera en una conferencia literaria a un escritor que se había puesto enfermo, que estaría en New Haven todo el fin de semana y que seguramente no podría llamarlo hasta mi regreso, el domingo por la noche.

—¿Cuánto te pagan? —me preguntó él.

—Diez mil dólares —le dije, sacándome de la manga una cantidad algo exagerada, pero que seguramente le proporcionaría satisfacción y lo distraería de seguir haciéndome preguntas. Acerté, porque a continuación se limitó a decirme:

—Muy bien —aunque dando a entender, por el tono, que eso era lo menos que yo me merecía. Unas sesenta horas después de la operación, el domingo por la noche, volví a llamarlo. Le expliqué que tenía la voz tan débil porque me había pasado hablando todo el fin de semana de la conferencia.

—¿Te han pagado?

—Figúrate. En billetes de a uno. Me los trajeron en carretilla.

—Bueno —dijo, riéndose—, pues ha sido un fin de semana la mar de rentable.

Durante los días siguientes seguí convenciéndolo, todas las mañanas, por teléfono, de que estaba llevando mi vida habitual, hasta que... Una tarde me llamaron de la oficina de relaciones públicas del hospital para comunicarme que acababan de telefonar del *News* y del *Post*, pidiendo detalles sobre mí. La encargada de relaciones públicas me aseguró que no les había proporcionado información alguna, pero, al mismo tiempo, me pidió que me hiciera a la idea de que a la mañana siguiente saldría algo en los periódicos, casi con toda seguridad. Por miedo a lo que pudiera ocurrirle a mi padre, en su delicada y vulnerable condición, si ahora, de pronto, se enteraba de todo en una columna de sociedad —o por alguien que lo llamara por teléfono para comentárselo, tras haberlo leído en el periódico— concité todas mis fuerzas y lo llamé a Nueva Jersey.

Cuando le dije que acababa de superar con éxito una operación coronaria (por el momento, decidí no mencionar lo del quintuple bypass), se quedó, al principio, totalmente desorientado.

—Pero, entonces, ¿con quién he hablado yo?

Le expliqué que conmigo, que lo había llamado desde la cama del hospital, como estaba haciendo en ese momento, y le aseguré que me estaba recuperando estupendamente y que, según decía el médico, estaría ya en casa al cabo de una semana.

Entonces, para mi sorpresa, se enfadó:

—¿Te acuerdas de cuando estabas en el *college*, y hubo que operar a tu madre, y no te lo dijimos? ¿Te acuerdas de lo que dijiste al enterarte?

—No, no me acuerdo.

—Pues dijiste: «¿Somos una familia, o no somos una familia?». Y dijiste: «Ni se os ocurra volver a “protegerme”». Nos pusiste como trapos.

—Mira, no te ha pasado nada malo por no tener que andar preocupándote mientras yo salía del quirófano.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el quirófano?

Se lo dije, rebajando un par de horas.

—Y, la verdad, no te hacía ninguna falta estar ahí, todo ese tiempo, esperando —proseguí. Bastante tienes con lo tuyo.

—Eso no eres tú quién para decidirlo.

—Pues el caso es que lo decidí, Herm —le dije, riéndome, para aliviar la tensión.

Pero él siguió en serio, en un tono que rayaba en lo amenazador:

—Bueno, pues no vuelvas a hacerlo —me advirtió, como si aún tuviéramos toda la vida por delante.

Noche y día, mientras permanecí en el hospital, y todavía durante las primeras semanas de convalecencia, ya en casa, le enviaba directamente mis plegarias: «No te mueras. No te mueras hasta que me recupere. No te mueras hasta que pueda estar a la altura. No te mueras mientras yo no pueda valerme». A veces, hablando por teléfono desde el hospital, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no decirselo en voz alta. Ahora estoy convencido de que llegó a comprender lo que en silencio le pedía.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntaba.

—¿Yo? —replicaba él. Estupendamente. Le he montado una fiesta a Abe, que acaba de cumplir noventa y cuatro años. Ingrid hizo un rollo de carne de cerdo y patatas con perejil. Estuvieron Seth y Ruth, Rita, Abe, Ingrid, Lil y yo. Lo pasamos muy bien. Abe, Dios lo bendiga, todavía puede comer. Puede andar, puede comer y al día siguiente incluso se acordaba de la fiesta.

Seis semanas más tarde, cuando ya pude desplazarme hasta su casa, me volvió a sorprender, pero esta vez con una actitud de arrepentimiento casi infantil.

No fui capaz de imaginar qué era lo que podía tenerlo tan contrito, en parte porque me habían desanimado enormemente los cambios observables en él desde mi última visita. Era como si hubiera transcurrido todo un año, o toda una vida, incluso. La misma persona que le había organizado una fiesta a Abe por su nonagésimo cuarto cumpleaños se había trocado en uno de esos ancianos de edad indiscernible, poco más que un montón de arrugas con el rostro aplastado, con un parche negro en un ojo y ahí sentado, completamente inerte, casi irreconocible, incluso para mí. A juzgar por cómo se le veía apuntalado, en su sitio habitual del sofá, resultaba poco concebible que pudiera moverse de ahí sin que alguien lo levantara. El dedo del pie que se había roto el mes pasado, lastimándose muchísimo —se había vuelto a desmayar en el cuarto de baño—, sólo ahora empezaba a curársele. Más tarde pude comprobar que ni siquiera con ayuda de su flamante bastón cuadrúpedo alcanzaba a desplazarse solo más allá de un pasito.

En la cómoda de enfrente del sofá seguía la ampliación de una foto tomada cincuenta y dos años antes, con una cámara de cajón, en el litoral de Jersey, que mi hermano y yo también teníamos en lugares destacados de nuestras casas, con su correspondiente marco. Estamos todos en traje de baño, un Roth detrás de otro, en escalera, en el jardín de delante del albergue de Bradley Beach donde mi familia alquilaba todos los años, durante un mes, un dormitorio con derecho a cocina. Es agosto de 1937. Tenemos cuatro, nueve y treinta y seis años. Los tres nos empinamos para formar una V, cuya base puntiaguda son mis diminutas sandalias, mientras la anchura de los sólidos hombros de mi padre —entre los cuales está exactamente centrada la resplandeciente carita de elfo de Sandy— conforma los dos impresionantes remates de la letra. Sí, la V de la Victoria aparece por todas partes en la foto: de la Victoria, de Vacaciones, de Verticalidad enhiesta y erguida. ¡Ahí está, el linaje masculino, intacto y feliz, ascendiendo de la cuna a la madurez!

Aunar en una sola imagen la robusta solidez del hombre del retrato con la fragilidad enferma del hombre del sofá era y no era una imposibilidad. Intentar con todas mis fuerzas mentales unir los dos padres y trocarlos en uno fue un esfuerzo desconcertante, por no decir diabólico. Y, sin embargo, de pronto me convencí (o logré convencirme) de que recordaba perfectamente (o lograba convencerme de que recordaba) el momento mismo en que se tomó esa foto, más de medio siglo antes. Incluso pensé (o logré hacerme pensar) que nuestras vidas sólo daban la impresión de haberse filtrado a través del tiempo, pero que todo ocurría simultáneamente, y que tanto me encontraba en Bradley, con mi padre cerniéndose sobre mí, como aquí en Elizabeth, con mi padre casi deshecho a mis pies.

—¿Qué pasa? —le pregunté, cuando me di cuenta de que el mero hecho de verme lo había alterado hasta el borde de las lágrimas. Ya estoy bien, papá. Se

me nota. Mírame. *Mírame*, papá. ¿Qué te pasa?

—Tendría que haber estado allí —me dijo, rompiéndosele la voz, en palabras que apenas llegaban a tales, por los estragos que la parálisis había causado en su boca. ¡Tendría que haber estado allí!— repitió, esta vez con furia.

A mi lado, en el hospital, quería decir.

Murió tres semanas después. Durante una terrible prueba de doce horas, que se inició cuando iban a dar las doce de la noche del día 24 de octubre de 1989 y terminó poco después de las doce de la mañana del día siguiente, estuvo luchando por cada bocanada de aire, en una espantable muestra final de la tenaz obstinación que marcó su vida. Fue algo digno de ver.

A primera hora de la mañana del día de su muerte, cuando llegué a la sala de urgencias del hospital adonde lo habían llevado a toda prisa desde su dormitorio, me recibió un médico de guardia dispuesto a adoptar «medidas extraordinarias» y ponerlo en respiración asistida. Sin eso, ninguna esperanza había, aunque, no hacía falta decirlo —añadió el médico—, la máquina no iba a invertir el desarrollo del tumor, que, al parecer, estaba empezando a afectar la función respiratoria. Me dijo también el médico que, de conformidad con la ley, una vez conectado a la máquina, no podría desconectarse en ningún momento, salvo en el caso de que recuperara su capacidad para respirar sin asistencia. Había que tomar la decisión inmediatamente y, dado que mi hermano estaba en ese momento en el aire, acudiendo desde Chicago, tenía que tomarla yo.

Y yo, que le había explicado a mi padre las provisiones del testamento vital, logrando que lo firmara, no sabía qué hacer. ¿Cómo iba a negarle la máquina, si con ella se ponía fin a su asombrosa batalla por respirar? ¿Cómo iba a tomar yo la decisión de que mi padre fuese apartado de la vida, esa vida que sólo una vez conocemos? Lejos de invocar el testamento vital, estaba a punto de ignorarlo y decir: « ¡Haga usted lo que sea, haga usted lo que sea! » .

Le pedí al médico que me dejara solo con mi padre, o tan solo como pudiéramos quedarnos en el ajeteo de una sala de urgencias. Mientras lo miraba esforzarse en seguir viviendo, traté de concentrarme en los daños que el tumor ya le había hecho. No era difícil, porque ahí, en la camilla, era como si acabaran de traerlo de una pelea a cien asaltos con Joe Louis. Pensé en los padecimientos que aún le quedarían por pasar, suponiendo que la respiración asistida lograra mantenerlo vivo. Lo vi todo, todo, pero seguí ahí sentado, durante muy largo rato, hasta que me incliné para acercarme a él cuando pude y, con los labios muy cerca de su hundido rostro en ruinas, alcancé finalmente a decirle:

—Voy a tener que dejarte ir, papá.

Llevaba varias horas inconsciente y no podía oírme, pero yo, conmocionado, asombrado, llorando, estuve repitiéndole la frase una y otra vez, hasta creérmela.

Tras ello, lo único que me quedaba era ir en pos de su camilla, hasta la habitación donde lo pusieron, y sentarme a su lado. Morir cuesta trabajo, y él era un buen trabajador. Morir era horrible, y mi padre se estaba muriendo. Le cogí la mano, que, ella sí, aún conservaba el tacto de su mano; le palpé la frente, que, ella sí, aún conservaba el aspecto de su frente; y le dije todas las cosas que ya no podía recibir. Afortunadamente, nada le dije, aquella mañana, que él no supiera ya de antes.

Aquel mismo día, algo más adelante, en el dormitorio de mi padre, al fondo de un cajón de la cómoda, mi hermano encontró una caja plana con dos cobertores de oración minuciosamente plegados. De éstos no se había deshecho. Éstos no los había escaqueado en una taquilla de la YMHA, ni regalado a alguno de sus sobrinos nietos. El cobertor más antiguo me lo llevé conmigo a casa, y con el otro enterramos a mi padre. Cuando el encargado de pompas fúnebres, en casa, nos pidió que eligiéramos un traje, yo le dije a mi hermano:

—¿Un traje? Como si fuera a la oficina. No, nada de trajes. No tiene sentido.

Dije que había que enterrarlo envuelto en un sudario, pensando que así era como fueron enterrados sus padres, que así era como se enterraba tradicionalmente a los judíos. Pero, mientras lo decía, se me ocurrió que quizá el sudario careciera también de sentido: mi padre no era ortodoxo, ni sus hijos eran religiosos, desde ningún punto de vista; y podía ser que todo ello incidiera en lo pretenciosamente literario, por no decir en una especie de histeria gazmoña. Me di cuenta de hasta qué punto resultaría estrafalario, y poco apropiado a su persona, el hecho de amortajar en un sudario a un hijo de este planeta urbanizado, que trabajaba en una compañía de seguros, como mi padre, a un hombre de una pieza, que vivió permanentemente anclado en la cotidianidad – aunque ello no me impedía comprender, al mismo tiempo, que ésa era la idea. Pero, como nadie se me opuso, ni yo tuve el valor de decir que lo enterráramos desnudo, utilizamos el sudario de nuestros antepasados para envolver su cuerpo.

Soñé que me hallaba en un embarcadero, con un impreciso grupo de niños sin personas mayores, que quizá aguardaran el momento de ser evacuados, y quizá no. El embarcadero era en Port Newark, pero en el Port Newark de hacía cincuenta años, donde estuve con mi padre y con mi tío Ed, que me llevaron a ver los barcos anclados en la bahía, con la estatua de la Libertad y el Atlántico en la distancia. Nunca dejaba de sorprenderme, cuando era pequeño, el hecho de que Newark fuese una ciudad costera, porque el puerto se encontraba más allá de la marisma, en la parte más alejada del campo de aviación, muy apartada de la vida vecinal. Estar en el puerto y los embarcaderos, con los ojos alzados hacia los barcos o puestos en la bahía, me ponía en contacto momentáneo con una vastedad geográfica que uno no alcanzaba a imaginar mientras jugaba al *stoop*

ball<sup>[11]</sup> con los demás niños de la panda, en nuestra recoleta y muy familiar calle de dos casas familiares y media.

En el sueño, un buque de tamaño medio, muy acorazado, color gris de combate, una especie de viejo navío de guerra norteamericano, despojado de todo su armamento y totalmente fuera de servicio, derivaba imperceptiblemente hacia la orilla. Yo esperaba que mi padre estuviese en el barco, formando parte de la tripulación, o algo así, pero no había signos de vida a bordo, ni indicios de que nadie estuviese al mando. La callada imagen, que parecía retratar el momento inmediatamente posterior a un desastre, era aterradora y fantasmagórica: una carraca espectral, sin vida a bordo, por culpa de alguna catástrofe, dirigiéndose hacia la costa sin otra guía que la corriente; y nosotros, los niños, en el embarcadero, esperando, o no esperando, que nos evacuaran. Era una atmósfera tan descorazonadora –idéntica– como la que reinaba el día de mis doce años en que, cuando sólo faltaban unas semanas para la Victoria, una hemorragia cerebral acabó con la vida del presidente Roosevelt. Cubierto de negras banderas, el tren que transportaba el féretro de F. D. R. de Washington a Hyde Park pasó con grávida solemnidad por entre la desconsolada multitud que se apiñaba junto a las vías, en el centro de la ciudad, durante los silenciosos segundos de su viaje hacia el norte, consagrando con ello a una ciudad tan de trabajo cotidiano como Newark. En última instancia, el sueño se hizo insoportable y me desperté, sin ánimo, amedrentado, triste –lo cual me dio a entender que no era que mi padre fuese en el barco, sino que el barco *era mi padre*. Y ser evacuado es, en el sentido fisiológico, exactamente eso: ser expelido, ser expulsado, ser traído al mundo.

Permanecí despierto hasta el alba. La pesadilla me había alterado el sueño, y ello sólo unas horas antes de la mañana de finales de julio en que mi padre iba a pasar por la segunda resonancia magnética del cerebro. El doctor Benjamín encargó las imágenes tras haberle yo pedido a Harold Wasserman que le hiciera una consulta sobre los problemas de deglución que padecía mi padre. Lo llamé por teléfono cuando acababa de regresar a su casa, tras haberse hecho la resonancia; y cuando le pregunté qué tal había ido todo, me contestó:

—Viejos, jóvenes, con pinta de sanos, con pinta de enfermos... Y todos con algo raro dentro.

Haber soñado con la muerte de mi padre en vísperas de su segunda resonancia no tenía nada de extraordinario, ni tampoco el modo en que su cuerpo se encarnaba, dentro del sueño. Seguí en la cama hasta las primeras luces, pensando en cómo se resumía toda la historia de la familia en aquel fragmento onírico de película muda: en él se encapsulaban todos los grandes temas de su vida, todo lo que tenía alguna significación para él y para mí, empezando por el modo en que sus padres, inmigrantes, cruzaron el Atlántico, en la bodega de un barco, pasando por su extenuante esfuerzo por salir adelante, la batalla por

imponerse a tantos y tan fuertes impedimentos –el pobre chico que se queda sin verdadera instrucción, el trabajador judío metido en el coloso gentil de una compañía de seguros–, y terminando en su transformación, por culpa del tumor cerebral, en un despojo sin fuerzas.

El buque de guerra difunto, derivando ciegamente hacia la orilla... No era ése un retrato de mi padre, al final de su vida, que, de haber estado plenamente despierta, hubiera trazado nunca mi mente, con su resistencia a la metáfora quejumbrosa y la analogía poetizada. Era más bien el hecho de estar dormido lo que, sabiamente, tenía la bondad de entregarme esa visión tan simple y tan llena de verdad, cristalizando así mi dolor, con cuánto acierto, en la figura de un pequeño evacuado sin padre, en el puerto de Newark, tan aturrido y desamparado como la nación entera se sintió mientras veía pasar el cadáver de su heroico presidente.

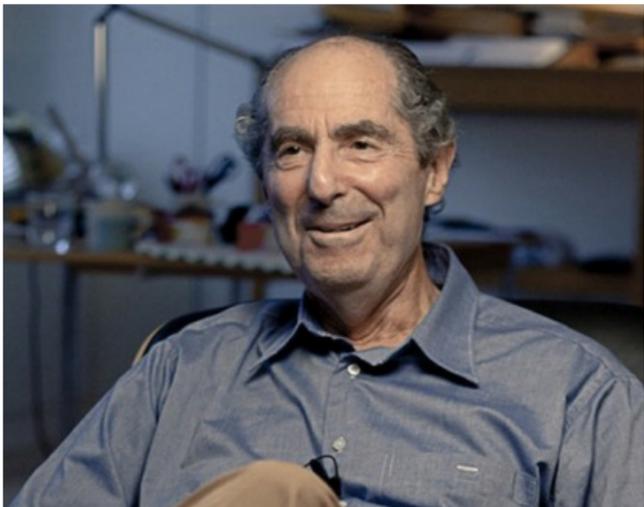
Luego, una noche, más o menos seis semanas después, a eso de las cuatro de la madrugada, se me presentó con un sudario de capucha, para reprocharme:

—Debería haber llevado traje. Te equivocaste.

Me desperté en un aullido. Lo único visible bajo el sudario era el disgusto de su rostro muerto. Y sus únicas palabras fueron para reprenderme: lo había enviado a la eternidad con la ropa equivocada.

Por la mañana me di cuenta de que se refería a este libro, que, como corresponde a la falta de decoro propia de mi profesión, estuve escribiendo durante toda su enfermedad y su agonía. El sueño me decía que –ya que no en mis libros ni en mi vida–, al menos en mis sueños yo seguiría siendo para siempre el hijo niño de mi padre, con la conciencia de un hijo niño, y que él seguiría vivo no sólo como padre mío, sino como *padre*, en permanente juicio de todas mis acciones.

No hay que olvidar nada.



PHILIP MILTON ROTH (Newark, NJ, Estados Unidos, 1933). Philip Roth es un escritor norteamericano proveniente de una familia judía emigrada de la región europea de Galitzia (Ucrania). Cursó estudios en las universidades de Rutgers, Bucknell y Chicago donde obtuvo el grado de Master en Letras, y trabajó como profesor de Literatura Inglesa. Después, en Iowa y Princeton, enseñó escritura creativa y fue profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Pennsylvania. En 1992 abandonó la enseñanza y se dedicó por completo a la literatura.

Su primera obra, *Goodby, Columbus* (Adiós, Colón) (1959), escrita después de dos años de servicio en el Ejército, es un libro de relatos sobre la vida de los judíos en Estados Unidos, ganó en 1960 el National Book Award.

Sus textos reflejan preocupación e interés por la identidad personal, cultural y étnica con una escritura con capacidad para mostrar una compleja visión de la realidad. Por lo general, cada uno de sus libros es recibido con duras acusaciones de los sectores más conservadores y tradicionales de la comunidad judía; una comunidad a la que el propio escritor americano pertenece.

Philip Roth ha ganado los principales premios literarios de Estados Unidos: el National Book Critics Circle Award (1987 y 1992), el Faulkner Award (1993 y 2000) y el National Book Award (1960 y 1995). En 1997 se le concedió el Pulitzer por la obra *Pastoral americana*. Además ha obtenido los premios Karel Capek (1994) y Franz Kafka (2001), de la República Checa, el Premio Médicis a la

mejor novela extranjera (Francia, 2002), el Premio Sidewise para historias alternativas (Reino Unido, 2005) y el Premio Nabokov (EE. UU., 2006). En 2007 recibió el PEN/Faulkner Award for Fiction, por *Everyman*, y el PEN/Bellow Award. El 2011 recibió el Man Booker International Prize y el 2012 el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Propuesto para el Premio Nobel de Literatura en numerosas ocasiones, sus obras forman parte de la « Library of America », uno de los mayores reconocimientos a que puede acceder un escritor en Estados Unidos.

## Notas

[1] Young Men's Hebrew Association, Asociación Hebraica de Jóvenes. (*N. del T.*) <<

[2] Rosquillas glaseadas. (*N. del T.*) <<

[3] ¿Estás solo o sola esta noche? (*N. del T.*) <<

[4] Gorditas. (*N. del T.*) <<

[5] Tefelin es « filacteria» : « Cada una de las dos pequeñas envolturas de cuero que contienen tiras de pergamino con ciertos pasajes de la Escritura, y que los judíos, durante ciertos rezos, llevan atadas, una al brazo izquierdo, y otra a la frente...» . (DRAE). El término es ya plural en hebreo, de modo que no deberíamos decir « tefelines» , pero el caso es que así lo usan los sefardíes de habla castellana. (*N. del T.*) <<

[6] Ley sobre igualdad de oportunidades laborales. (*N. del T.*) <<

[7] Los más famosos boxeadores judíos. (*N. del T.*) <<

[8] Por aquí se va al gas, señoras y caballeros. (*N. del T.*) <<

[9] En aquella oscuridad. (*N. del T.*) <<

[10] Titolo norteamericano del libro *Se questo è un uomo, Si esto es un hombre*.  
(N. del T) <<

[11] Juego inspirado en el beisbol, consistente en lanzar una pelota contra una pared e ir haciendo tantos según el número de rebotes. <<